



**UNR** Universidad  
Nacional de Rosario



FACULTAD DE CIENCIA POLITICA  
Y RELACIONES INTERNACIONALES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

## ***Cambiemos. Un análisis en torno a sus condiciones de posibilidad hegemónicas (2015-2019)***

**Tesina de grado:** Licenciatura en Ciencia Política

**Estudiante:** Ignacio Adanero

**Legajo:** A-1317/1

**Correo electrónico:** nachoadanero@hotmail.com

**Director:** Emilio Lo Valvo

**Codirector:** Pablo Barberis

## Resumen

Entre el período que media entre la primera vuelta electoral a las elecciones presidenciales de 2015 y fines de 2019, asistimos a un conjunto de expresiones provenientes de la alianza Cambiemos cuyos ejes se basaron, por un lado, en la profundización de una serie de antagonismos que tendían a dividir a la sociedad argentina en dos campos; por el otro, en la propuesta de una serie de imágenes apelativas a la “esperanza” de “cerrar la grieta” y “unir a los argentinos”. Mientras que la primera vía despertaba cierta expectativa “fundacional” de un republicanismo disociado de la “herencia” kirchnerista, la segunda vertiente era parte de una clave de éxito más asociada a una pretensión hegemónica de expansión política. Partiremos desde una re-lectura a la elección presidencial argentina de 2015 para mostrar aquella *dualidad* con que se inauguró el discurso cambiemita. Seguidamente, identificaremos tanto los elementos que apelaban a una construcción antagónica de la identidad simbólica cambiemita como aquellos pasibles de apelar a una interioridad u homogeneización identitaria de su fuerza. Finalmente, tomando como *espejo* la elección de 2019, la tesina cerrará con un análisis en torno al grado de eficacia de aquellos elementos retóricos cuya vocación hegemónica presumimos. Sostendremos que a medida que fue transcurriendo el gobierno la necesaria ambigüedad de aquella estrategia *dual* comenzó a mostrar sus límites.

**Palabras clave:** Identidad, Hegemonía, antagonismo, peronismo, anti-peronismo.

*Agradezco...*

*A mi madre, por acompañarme siempre.*

*A mi padre, por su optimismo.*

*A la familia lucyfuercista, en especial a los compañeros de Mantenimiento Eléctrico.*

*A la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UNR), por mostrarme siempre sus puertas abiertas.*

*A Emilio y a Pablo. Por su paciencia.*

## Índice

<b>Introducción</b> .....	1
<b>Capítulo I</b> .....	6
El escenario del ballottage .....	6
La dimensión antagónica: el purismo de la alianza y el consenso negativo .....	10
La dimensión de interioridad: «Nueva Política», Republicanismo y liderazgo new- age. Las nuevas caras de la derecha. ....	15
Síntesis del problema.....	18
<b>Capítulo II</b> .....	20
Las dos marchas.....	20
La argentina blanca y el “nuevo” Macri.....	23
El antagonismo ante la elección legislativa de 2017.....	29
<b>Capítulo III</b> .....	32
La nueva política y el hombre algoritmo .....	32
La Revolución de la Alegría .....	36
El emprendedorismo (y la meritocracia) .....	38
El (neo) liberalismo de Cambiemos.....	40
El republicanismo de Cambiemos .....	43
La dimensión de interioridad .....	45
<b>Capítulo IV</b> .....	46
La elección de 2019 .....	46
La Reforma Previsional: el peronismo como condición de posibilidad e imposibilidad...50	
La gestión enfrentada a sí misma: el acuerdo con el FMI .....	55
La derrota .....	59

<b>Conclusiones .....</b>	<b>61</b>
<b>Bibliografía General .....</b>	<b>68</b>
<b>Anexo Metodológico .....</b>	<b>79</b>

## Introducción

En el actual escenario político, económico y social del país (caracterizado entre otras cosas por un principio de acuerdo entre el Gobierno y el Fondo Monetario Internacional, fisuras internas en el oficialista *Frente de Todos*,<sup>1</sup> una inflación pronosticada que ronda entre el 50-60% para el año 2022, y un relativo retorno a la “normalidad” luego de los efectos más duros de la pandemia mundial por Covid-19); parece haber perdido centralidad la inquietud analítica que antaño despertaba el estudio de ese *animal* político novedoso que fue Cambiemos. Colocar el foco en la comprensible trascendencia que tienen las problemáticas primeras hace olvidar que en paralelo se asiste a un reacomodamiento interno de la principal fuerza política opositora (hoy denominada *Juntos por el Cambio*), donde priman tanto procesos de reconstitución de liderazgos (una competencia solapada entre el Jefe de Gobierno porteño Horacio Rodríguez Larreta y la inextinguible *celebrity* política Mauricio Macri), como diferencias táctico-estratégicas entre los llamados “halcones” (representados en figuras como la ex ministra de seguridad Patricia Bullrich o el diputado Fernando Iglesias) *versus* las “palomas” (encarnadas en figuras como la ex gobernadora de la provincia de Buenos Aires María Eugenia Vidal o el actual gobernador de la provincia de Jujuy y presidente de la UCR Gerardo Morales). Mientras que los primeros sostienen una férrea oposición a colaborar con el gobierno *frentetodista* desde la hora cero (rechazando las medidas de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio contra el Covid-19 u oponiéndose a dar apoyo en cuestiones tales como la sanción del presupuesto o la discusión del acuerdo con el FMI), los segundos se muestran un tanto más cautelosos y “colaborativos” (no se opusieron a las medidas de prevención sanitaria durante el 2020 ni propulsan alguna especie de bloqueo institucional que impida discutir los términos del acuerdo con el FMI). Mientras que los primeros se oponen a la inclusión de alguna fracción del peronismo dentro de la alianza (defendiendo una suerte de *purismo* cambiemita), los segundos consideran que una expansión identitaria es inevitable para fortalecerse políticamente (y no repetir los supuestos errores sectarios que marcaron su anterior experiencia en el gobierno).

El Juntos por el Cambio de 2022 evidencia varias diferencias en relación al Juntos que emprendió su retirada allá por diciembre de 2019. La figura de Mauricio Macri ha dejado de tener la gravitación incuestionada que desde sus orígenes marcó a Cambiemos. El peso

---

<sup>1</sup> Al momento de escribirse estas páginas, por ejemplo, Máximo Kirchner ha renunciado como Jefe de la bancada oficialista en la Cámara de Diputados. El gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Axel Kicillof, emprende un relanzamiento de su gabinete no sin cierta rispidez con sectores de *La Cámpora*. La principal figura política de la coalición gubernamental, Cristina Fernández, continúa en silencio ante el desarrollo de los acontecimientos posteriores al “acuerdo” con el FMI.

de *la pata peronista* dentro de Juntos es sustancialmente inexistente como parte de su menú ideológico (la solitaria continuidad de Miguel Ángel Pichetto no aporta densidad conceptual a la identidad cambiemita). La fuerza política que hoy ha cobrado envergadura dentro de la alianza –contrariamente a los tanteos originarios del PRO- es el radicalismo: con Facundo Manes como probable candidato dentro del tablero electoral de 2023 (un neurocirujano que levanta la insignia radical reivindicando la memoria de Ricardo Alfonsín o René Favaloro), o con Gerardo Morales declarando sus intenciones de disputar espacios de poder dentro de la Alianza; es lógico pensar que las cartas cambiemitas de 2022-23 son muy distintas de aquellas que tuvo el espacio en 2015. Un último elemento, para nada desdeñable, es la extinción del protagonismo de Elisa Carrió: desde que Juntos perdió las elecciones presidenciales de 2019, la dirigente chaqueña ha mermado su centralidad en las discusiones nacionales, dejando relativamente vacante la posta del guardián que enarbolaba las banderas del *reformismo moral* y los valores ético-republicanos que simbolizan a la fuerza.

Esta ebullición que afecta al principal espacio de representación política no-peronista en Argentina (al que le podríamos sumar más complejidad si contemplamos el crecimiento de líderes como Javier Milei o J. L. Espert con sus relatos “ultra-libertarios” que radicalizan las competencias políticas por derecha y no extinguen posibles nuevas alianzas hacia aquel extremo), es lo que marca un contexto de redefinición identitaria para el polo cambiemita. La salvedad que podríamos agregar es que este proceso no constituye una realidad nueva de la fuerza política que gobernó al país entre 2015 y 2019. Hagamos un poco de historia tomando como referencia ciertos momentos en la trayectoria del PRO y veremos que aquella ebullición es parte constitutiva de una búsqueda que lo caracteriza desde sus primeros días.

El macrismo nació dentro del mantra peronista, a *contrario sensu* de lo que hoy podría creerse. Macri hizo su bautismo de fuego en la política presentándose como candidato a Jefe de Gobierno porteño por el Frente Compromiso para el Cambio (un espacio que estaba comandado por el duhaldismo capitalino) allá por el año 2003. De no haber existido el episodio Cromañón en 2004 (y por ende el consecuente juicio político a Aníbal Ibarra), el escenario político capitalino difícilmente hubiera visto un re-despertar de los discursos conservadores como el que evidenció aquellos días, haciendo de la historia del macrismo *una* entre otras.<sup>2</sup> Desde que Macri se posicionó como un candidato crecientemente más atractivo para aquel re-despertado universo de las demandas políticas por derecha y hasta que el PRO optó por la conveniencia de avanzar autónomamente a

---

<sup>2</sup> El episodio Cromañón derrumbaría la alianza que se había formado entre las fuerzas progresistas y el *kirchnerperonismo* capitalino.

partir de una construcción distrital despegado de la idea de una alianza con algún sector del peronismo, mucha agua corrió debajo del puente. Sería el cimbronazo que produjo la llamada *crisis del campo* en 2008 y la consecuente polarización política nacional lo que trastocaría los carriles por los que PRO barajaba tanto su armado político como aquella labilidad ideológica que lo acompañaba. Los efectos de *la grieta* -combinados con otro conjunto de elementos que exceden el espacio de esta introducción- comenzarían a explicar la “des-peronización” de un sector del macrismo y su exitoso sentido de la oportunidad electoral que dio paso a convertirlo en una alternativa desde un discurso de la «nueva política». Desde que Jaime Durán Barba y el futuro Jefe de Gabinete (*el Golden boy*) Marcos Peña triunfaron como los guías intelectuales de la estrategia electoral del PRO –desde CABA hasta la elección presidencial de 2015- la idea de ofertar una propuesta despegada del «pasado» con un macrismo emancipado de las tradiciones políticas argentinas, fue desestimando otro conjunto de alternativas o posturas estratégicas que competían dentro de la definición identitaria del PRO.

Más adelante, los tanteos heterodoxos del PRO en las elecciones legislativas de 2013 (no jugó en algunos distritos, cerró una alianza confusa con Sergio Massa en Buenos Aires, y ofreció candidatos como Miguel Del Sel en Santa Fe), demuestran que la ambigüedad estratégica del macrismo podía confundirse con una búsqueda que venía cargada de vicisitudes y reacomodamientos coyunturales. Si nos vamos a los *dimes y diretes* del 2015 (operaciones mediáticas donde se medían fórmulas presidenciales inexistentes para censar la intención de voto hacia Macri), la ambigüedad de los zigzagueos previos a la elección (donde el PRO jugaba a varias puntas con el radicalismo por un lado y el Frente Renovador por el otro), o la premura con que se constituyó la alianza (fue una llamativa sorpresa el acuerdo final junto a la UCR y la Coalición Cívica); entenderemos que el anti kirchnerperonismo de Cambiemos en 2015 (basado en la adopción o énfasis tardío de cierto republicanismo ideológico por parte de su principal fuerza que lo unificó con sus aliados) ocupaba más un lugar electoral/instrumental con repercusiones simbólicas importantes para cierta base de votantes, que una pretensión de abrir la historia a la génesis de un movimiento social de derecha.

Los slogans con que Juntos finalizaría su gobierno durante la campaña del #Sisepuede en 2019 («Populismo vs. Democracia», «Autoritarismo vs. República», «Pasado vs. Futuro»), la batería de elementos simbólicos que Cambiemos echó a rodar durante su gobierno, el fresco sabor de la victoria en noviembre de 2021 durante las elecciones legislativas (donde Juntos por el Cambio obtuvo un 41,9% de los votos a nivel nacional contra un 33, 5% del Frente de Todos), sumado al piso de apoyo electoral que desde hace tres elecciones no desciende del 40%; son datos que obligan a tomar con seriedad el vigor

político de la alianza que hoy redefine sus liderazgos. De hecho, no parece descabellado pensar que una *revancha* cambiemita pueda darse en las elecciones presidenciales argentinas de 2023. El ejemplo del PRO evidencia ciertamente que una precariedad de origen afecta y marca el pulso de Juntos, pero si consideramos los elementos anteriores – sobre todo la vigencia de la radicalidad de los slogans que se sostienen desde 2019- veremos que hay pistas potentes para preguntarse si estos son meros síntomas del agudizado olfato electoral de Juntos, o si por el contrario se trata de avances en la dirección a una sólida construcción identitaria (lo que abrirá diversas dinámicas en caso de darse un retorno cambiemita al poder).

Toda predicción o respuesta certera al interrogante sobre un futuro gobierno cambiemita dependerá, entre otras cosas, de los avances que hayamos logrado en el estudio de algunos problemas troncales que afectaron a la fuerza durante su gobierno. Continúa siendo inexistente un diagnóstico dominante respecto de la naturaleza y el contenido político de la alianza Cambiemos, de sus confines representativos, de las identidades políticas interpeladas o de sus novedosos dispositivos comunicacionales. Es evidente que hay al respecto cierta pugna e indeterminación conceptual, lo cual abre un desafío de trabajo para la politología. Es en esta dirección donde apunta nuestro trabajo, el cual propone analizar las condiciones de posibilidad de Cambiemos como proyecto de construcción hegemónica (las posibilidades de encarnación comunitaria que re-presenta una identidad política), siendo referencia el período 2015-2019.

Tenemos más de un modo de abordar la última y breve experiencia de un gobierno de centro derecha que no nos limite a las modalidades imperantes en torno a los resultados del período: “éxito” (noción ironista que se focaliza en la efectividad que tuvo Cambiemos para consolidar una matriz dependiente basada en la sideral incrementación de los niveles de acumulación elitista mediante el mecanismo deuda-fuga) o “fracaso” (noción que tiende a enfatizar en los niveles de desilusión e inconcreción de las promesas electorales del inicial Cambiemos). Preguntarse en torno a las condiciones de posibilidad hegemónicas de un proyecto político implica tomar una vía que parta de la presunción de que todo grupo o clase que construye poder político pretende conservarlo, aspirando a prefigurar cierta dirección conforme a sus intereses en un proceso que compromete a otros actores, dimensiones, temporalidades, etc.

Para acompañar el objetivo general contamos con una serie de interrogantes específicos que irán guiando capítulo a capítulo la indagación en torno al gobierno de Mauricio Macri: ¿Cuáles fueron las consignas o ejes electorales de la campaña de 2015? ¿Cuáles fueron los elementos de antagonismo que apelaron a una construcción antagónica

de la identidad simbólica cambiemita? ¿Cuáles fueron los elementos pasibles de apelar a una interioridad u homogeneización identitaria? Parafraseando una pregunta de Ana Soledad Montero (2018b), ¿había mitos o tópicos dentro de la narrativa cambiemita que pudieran abrirse a pensar un “nosotros” basado en elementos agregativos o en identidades colectivas comunes por fuera del anti populismo? En el capítulo I haremos una re-lectura de la elección presidencial argentina de 2015 a los fines de construir la situación problemática. En el Capítulo II buscaremos identificar –tomando como referencia cierto momento específico del gobierno- los elementos que apelaron a una construcción antagónica de la identidad simbólica cambiemita. En el capítulo III buscaremos señalar la existencia de aportes o elementos novedosos entre las consignas cambiemitas, pasibles de apelar a una interioridad u homogeneización identitaria: desde slogans y concepciones puestas a jugar en el proceso de construcción de su liderazgo, hasta la aparición de símbolos, elementos ideológicos y tradiciones reivindicadas por su “discurso”. Finalmente, en el capítulo IV analizaremos el devenir de aquellos elementos (el devenir de aquel “nosotros” cambiemita), a partir del *pívor* que ofrecen los ejes u slogans de campaña con que Juntos emprendió su retirada en la elección de 2019.

La hipótesis es que si tomamos las características específicas de Cambiemos (un espacio compuesto de partidos no peronistas), la expectativa que despertó en algunos grupos sociales y cierta “radicalidad” que fue adquiriendo progresivamente su trama argumental (el carácter fundacionalista del «Cambio» y la “épica” republicana), podremos identificar ciertas dificultades de la alianza para conjugar el carácter excluyente y divisorio que marcó su modulación fundacionalista junto con la pretensión original de expandir sus horizontes hegemónicos. El anti kirchnerperonismo (o anti populismo) de Cambiemos, en este punto, parece haber resultado en definitiva la única vía de consistencia política para un gobierno que, sin rumbo económico preciso, naufragó en la negatividad de su precario discurso,<sup>3</sup> siendo incapaz de producir una identidad política anclada en elementos de cohesión social más vastos.

---

<sup>3</sup> A lo largo de este trabajo se utilizará la noción de discurso, siendo pertinente aclarar que con ella remitimos al plano más acotado de la producción simbólico-lingüística, y no a una categoría ontológica como la de Ernesto Laclau (1985, 1996, 2005), donde el discurso se extiende al conjunto de los fenómenos de la producción social de sentido que constituyen la sociedad como tal. En este trabajo la noción es equiparable a relato, trama narrativa, lenguaje, etc.

# Capítulo I

## El escenario del ballottage

El 19 de Octubre del año 2015, días antes de la elección presidencial que llevaría a competir a Daniel Scioli (Frente Para la Victoria) contra Mauricio Macri (UCR-Cambiamos) y Sergio Massa (Frente Renovador), el analista político Jorge Asís daría la siguiente definición de un condicionante político que caracterizaba la posición del candidato Mauricio Macri: “Entre el 60 por ciento de los no-votantes del kirchnerismo... están los peronistas críticos del kirchnerismo y los anti-kirchneristas”. A la pregunta que le realizara el periodista sobre si un anti peronista es también un anti kirchnerista, el escritor contestó lo siguiente:

Macri, a su pesar, está sostenido por un anti-kirchnerismo que es mucho más duro que el propio Macri. Hay un 30% de un anti kirchnerismo pasional, feroz, que es el que verdaderamente lo sostiene. Es un anti-kirchnerismo que se transforma en anti peronismo. (jmortiz77, 2015,13m34s)

Bajo la lógica de esta argumentación, el analista consideraba que un ballottage Macri versus Scioli implicaba una derrota para el primero, pues aunque hubiese una porción de votantes peronistas que mostraran reparos hacia la candidatura de Daniel Scioli, su peronismo primaría en un escenario de ballottage contra un candidato como Macri (a priori históricamente lejos de la cultura peronista). El escritor creía que el peronismo no kirchnerista que apoyaba la fórmula Massa - De la Sota optaría, en una situación definitoria, por aquella opción.

Más allá de que *post festum* conocemos el yerro de dicho pronóstico, lo que nos interesa problematizar son aquellas omisiones que abre una sentencia de este tipo: la idea de que Mauricio Macri era un candidato sostenido por el antikirchnerismo olvida, a nuestro juicio, que la potencia electoral cambiemita no sólo radicaba en una estrategia inclinada a la polarización sino en un conjunto de promesas más “dialoguistas” o inclusivas basadas en la promesa de “unir a los argentinos” y “cerrar la grieta” (donde no era descabellado un acuerdo macrismo/peronismo). Si por un lado era observable cierta acentuación de la dimensión antagonista redituable para el precario discurso cambiemita (antikirchnerismo, antichavismo, antipopulismo, etc.), no menos cierto era la existencia de una pata expansionista basada en la apelación a novedosas imágenes esperanzadoras (“pobreza cero”, “fin del narcotráfico” o “revolución de la alegría”, por citar recordados slogans). Si por un lado se presentaba como el Cambio con respecto a un pasado ominoso de corrupción

neo-peronista, por el otro barajaba la tentativa de un Gran Acuerdo que incluyera partidos como el Frente Renovador de Sergio Massa.

Por muy lejano que hoy parezca, debe recordarse que durante el tramo final de la campaña de 2015 el macrismo logró desenfocar la discusión socioeconómica y salir del *corset* del acusado en que suele enquistarse habitualmente una fuerza de derecha. Si bien reactualizó la disputa en una lógica antagónica (kirchnerismo vs. antikirchnerismo / pobres vs. clases medias / estatismo vs. mercado), no menos cierto es que apostó a presentarse como una coalición encarnadora de la nueva política con sus *Chief Executive Officers* (CEOS) y sus “virtudes” conciliadoras eyectadas del ámbito privado.<sup>4</sup> Si por un lado era reconocible que canalizaba el voto de una masa electoral identificada tradicionalmente con partidos no peronistas, también era cierto que podía ser el refugio para una parte de eso que Juan Carlos Torre (2017) llama los “huérfanos de la política de partidos”. Se puede pensar, entonces, que la clave de la buena performance consistía tanto en retener al núcleo duro social antikirchnerista (que venía acumulando odios desde la Resolución 125) como en figurarse ser el partido de la no-ideología, buscando sumar un electorado flotante.

Para abonar al “éxito” de la estrategia de polarización, Natanson (2018, p.48-49) sostiene que Cambiemos obtuvo sus votos –al menos en 2015- por tres componentes sociales. El primero es de clase: sus mejores resultados electorales se cosecharon entre los sectores con estudios terciarios o universitarios (indicador de clase social media y alta) y los peores entre aquellos que sólo contaban con primaria completa, en una correlación que se invirtió en el caso del peronismo, pero que no era absoluta.<sup>5</sup> El segundo es etario: la base social macrista se inclinó hacia lo que la literatura especializada denomina “adultos mayores”, atraídos quizá por las apelaciones al orden, la normalización y la cultura del esfuerzo que formaron parte de aquel discurso de campaña. El tercer componente es geográfico: la adhesión se concentró mucho en la “zona núcleo”, a tal punto que el mapa del

---

<sup>4</sup> Parte de estas formas de *appeal* de la “nueva política” de CEOS estaba acompañada por prácticas como la manera de vestir o hablar, la biografía personal, etc., que reconstruyeron los principales medios de difusión. Las transformaciones físicas visualizables en el Macri presidenciable (sin bigote ni corbata, un CEO moderno que practica budismo en sus tiempos libres) o un futuro Jefe de Gabinete que concurría a trabajar en bicicleta y no tenía ahorros en el exterior (características compatibles con una persona de clase media), son ejemplos de aquello. Todas esas formas de llamamiento que Cambiemos acentuó en el último tramo de la campaña política constituyeron modos de identificación con un núcleo social determinado.

<sup>5</sup> Pierre Ostiguy, por ejemplo, sostiene que en nuestro país la identidad política es indisoluble de identidades sociales fuertemente sustentadas. ¿Cómo se relacionan o interactúan estos dos planos? Pasando a primer plano la importancia de diferentes modos de representación, donde los atributos sociales (aparente o reales) de un representante implican símbolos que facilitan la acción intercomunicativa: son manifestaciones públicas de aspectos sociales reconocibles de sí mismo en sociedad, que contribuyen a crear una sensación social de confianza, basada en el supuesto de la identidad, o al menos de un entenderse codificado hacia los representantes de “gente como nosotros”. Peronismo y anti peronismo son, en esta visión, identidades socio culturales que se dirimen en el campo político (1997, p180).

voto al macrismo y el de siembra de soja coincidían casi matemáticamente. Tras años de disputa con el kirchnerismo, los segmentos sociales vinculados a ese sector ultra dinámico se dejaron seducir por un macrismo que le proponía apertura, menos retenciones y “sacarle el Estado de encima”.

En paralelo a la estrategia de la polarización, Cambiemos también ofrecía un nuevo aire contrastado con un kirchnerismo agotado, y se mostraba como un salvoconducto para recuperar la paz ante los desbordes de la “grieta” y la “batalla cultural”. En lugar de presentarse como el refundador de un nuevo Orden, prometía corregir el vigente “manteniendo lo bueno” del gobierno saliente (“No vas a perder nada de lo que ya tenés”, decía el spot de María Eugenia Vidal). Cambiemos se presentaba como el partido que mejor acompañaría las transformaciones sociales del moderno sistema capitalista: subrayaba los valores arquetípicos de la figura del emprendedor y apelaba al uso de las nuevas herramientas y tecnologías del Siglo XXI como claves para “insertarse al mundo”. Fue allí que Macri, paradójicamente, se convirtió tanto en la última esperanza de purificación republicana (Natanson, 2019, p. 45) como en el portavoz de un *ethos* gerencial receptivo a “escuchar a la gente” (Montero, 2018a, p. 58) y ayudar a los argentinos “a ser felices”.<sup>6</sup> A partir de estos slogans Macri definió que su gobierno no iba a ser sólo “un cambio de modelo, sino un cambio cultural”, con lo cual trazaba una doble vía que auguraba un conjunto de ambiciones ambivalentes: por un lado marcar una línea divisoria con respecto al kirchnerismo y por el otro configurar lazos representativos más sólidos que el de un mero administrador de odios.

Ahora bien, es a partir de esta especie de tensión entre dos estrategias de interpelación desde donde podríamos partir para construir la situación problemática. Si la estrategia de campaña cambiemitita presentaba una dimensión rupturista que apelaba a la división del campo político (kirchnerismo/antikirchnerismo) y en paralelo contenía la inevitable pretensión representativa inherente a toda fuerza que busca asumir el gobierno, estamos en presencia de una *dualidad* que una lectura apresurada del experimento macrista tiende a olvidar: aquella que existe *entre* la búsqueda de la propia identidad diferencial y la tentación de expandirse más allá de los propios límites. En este sentido, la experiencia de Cambiemos no escapa a la matriz política que según Gerardo Aboy Carlés (2005, p.144) caracteriza a los procesos políticos argentinos de las últimas décadas (y cuya herencia se remonta a los populismos del siglo pasado): la existencia de una promesa de

---

<sup>6</sup> “Yo concibo al Gobernante como el canchero de un club: corta el pasto, pinta las rayas y pone los arcos...y ¿qué hace el canchero? El domingo disfruta viendo como la gente juega. Si vos querés ponerte una Pyme de electrónica, yo te consigo que vos puedas abrirla, que puedas tener un sistema impositivo razonable, apoyo de crédito, capacitación...” decía el ex – presidente de Boca Juniors (BOTELOS ROSARIO, s.f., 14m05s).

carácter fundacionalista acompañada de una rémora de tinte hegemónico que busca universalizar el campo de la representación social. Esa matriz -definida como *hegemonismo*- constituye una articulación que trata de combinar, en un mismo discurso, un doble movimiento: la construcción de una frontera dicotómica de exclusión respecto de otro, y en paralelo la pretensión de encarnar la representación general de la Nación. Mientras que en el primer movimiento todo nuevo gobierno establece una frontera de ruptura/exclusión con alguna suerte de pasado, en el segundo se apela a la constitución de solidaridades políticas más vastas. Y si bien la pretensión hegemónica se ha atemperado desde el retorno a la democracia en el '83, es de destacarse la vitalidad que evidencia el cíclico y recurrente fundacionalismo de las experiencias políticas recientes.

El mecanismo para procesar el movimiento pendular que dicha ambigüedad implica es la alternativa entre exclusión/inclusión del adversario en el propio campo de representación, lo que conlleva la instauración de un juego en dos tiempos: por un lado establecer una frontera de ruptura con algún *otro* que afirme la propia identidad diferencial, pero por el otro la búsqueda de algún mecanismo de ampliación o construcción identitaria que permita establecer cierta posibilidad de comandar un proyecto político. Ahora bien, si entendemos que toda hegemonía presupone la presentación de la identidad política como encarnación de la universalidad de la comunidad (Laclau, 1996, p.83; Aboy Carlés, 2001, p.12), nuestro interrogante central descansa sobre el problema para pensar las condiciones de posibilidad de Cambiemos como proyecto de construcción hegemónica: ¿hasta qué punto el experimento macrista implicó la apertura a cierta posibilidad de una construcción identitaria?

Una identidad<sup>7</sup> se compone de diversas dimensiones o elementos: la alteridad (basada en la existencia de un antagonismo respecto de un exterior constitutivo), un espacio de representación (compuesto por aquellos aportes que pueden brindar la ideología, el liderazgo o los símbolos que cohesionan la interioridad identitaria), y una dimensión que podríamos llamar la perspectiva de la tradición (basada en la reinterpretación del pasado necesaria para otorgar sentido a la orientación del presente). A partir de lo dicho, podemos parafrasear la pregunta que hiciera Ana Soledad Montero (2018b): ¿De qué modo Cambiemos se presentó a sí mismo, qué horizontes temporales estableció y cómo pensó las agregaciones colectivas que se proponía representar?

---

<sup>7</sup> Seguimos aquí la línea de Aboy Carlés (2001, p.64), quien define a las identidades políticas como prácticas sedimentadas configuradoras de sentido que definen orientaciones gregarias de la acción a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogenización interna.

Lo primero que podríamos atisbar es que Cambiemos arrastró cierta precariedad de origen: la coalición fue un desenlace un tanto sorpresivo del último tramo de la campaña presidencial argentina del año 2015, una alianza política que tuvo básicamente tres fuerzas, el PRO (Propuesta Republicana), la Unión Cívica Radical y la Coalición Cívica, aunque su constitución no se puede entender sin hacer referencia a un consenso negativo que signó el período 2013-15. Entre el *Macri será candidato del PJ Porteño* –como decía el título de La Nación el 25 de Junio de 2003- y aquel que en la Convención de Gualaguaychú de 2015 pactaría una alianza con un radicalismo que lo colocaría como representante ideal de una fuerza política básicamente antikirchnerista, existió un camino cargado de reacomodamientos y coyunturas específicas (p. ej. la crisis del campo en 2008 o la muerte del fiscal Alberto Nisman en 2015) donde iría sedimentándose una progresiva oposición al kirchnerismo y sus “excesos”. Por ende, lo primero que haremos será rastrear eso que llamamos una dualidad en el incierto discurso de Cambiemos en 2015: una dimensión de alteridad (donde no faltaron estrategias ambivalentes orientadas a la inclusión del adversario), complementada por una dimensión de representación o interioridad compuesta por una fraseología de imaginarios esperanzadores.

Entendemos que al rastrear los contenidos de aquella dualidad podremos esbozar algún diagnóstico en relación a la búsqueda identitaria cambiemita, lo cual permitirá responder en torno a las condiciones de posibilidad hegemónicas de un novedoso partido de centro-derecha. El hegemonismo, entendido como una articulación específica dentro del cuadro de probabilidades que abre la lógica hegemónica, debe ser contemplado como *una* de las posibilidades iniciales de aquella búsqueda identitaria: le permitió a Cambiemos combinar un discurso de la polarización con un conjunto de consignas de tono universalista –«pobreza cero», «unir a los argentinos», etc.- capaces de extender los horizontes de la representación social y mantener latente la definición de los contenidos identitarios de su fuerza política.

### **La dimensión antagónica: el purismo de la alianza y el consenso negativo.**

A primera vista, no parece extraño afirmar que la carta de presentación de Cambiemos fue figurarse a sí mismo como “lo otro” del kirchnerismo y sus desprendimientos: durante el escenario del proceso electoral 2015 la Alianza Cambiemos terminaría por ser la única opción electoral posible dentro del no-peronismo con chances de vencer a dos fuerzas políticas de extracción justicialista. A medida que se fue acercando la primera vuelta electoral, el tridente Macri-Carrió-Sanz pasó a ser el único significativo no peronista de la oferta electoral, convirtiendo al «Cambio» -la palabra clave de dicha fuerza política- en una referencia que se posicionaba con respecto a un exterior que lo negaba.

La conformación de una alianza que eligió una fórmula pura de no peronistas es toda una referencia:<sup>8</sup> si algo no se le puede imputar a Elisa Carrió, por ejemplo, es haber trascendido alguna vez el clivaje peronismo – antiperonismo. A lo largo de su carrera política se ha posicionado siempre en la segunda vereda: como anti-menemista en los '90, anti-duhaldista luego y decididamente anti-kirchnerista, la ex diputada oriunda del Chaco siempre se autodefinió por su férrea e histórica misión “republicana”. Todo el reformismo moral que ella imploraba era parte de la escenografía necesaria para una alianza pretendida como la carnadura de la ética. Observemos su discurso oficial de campaña, una vez formalizada su alianza con Mauricio Macri:

Hoy es un día muy especial para la Argentina. Y es un día especial...porque mañana se inicia la campaña presidencial por quien va a presidir la próxima República después de Octubre. *No va a ser nadie del PJ* [énfasis agregado]. No va a ganar quien no tenga dignidad. (...) Quizás hoy empezamos a caminar de una manera distinta. Quizás hoy cada uno de los millones de argentinos desee o sienta que puede dejar atrás sus culpas. Que puede dejar atrás sus errores. (...) Hoy se puede empezar a caminar sin miedo. (Elisa Carrió, s.f., 0m34s)

El “próximo presidente no va a ser del PJ” es una afirmación predictiva que tiene como valor destacar un mensaje acerca del futuro y que adquiere relevancia en boca de un enunciador no peronista. Carentes de tiempo para profundizar el trasfondo discursivo de las frases que hablan de una posibilidad de “expiación de la culpa” y los “errores” por parte de los argentinos, sólo nos interesa rescatar que semejante noción no es ajena a una interpretación que coloca a la identidad peronista como una identidad culpable o avergonzante:<sup>9</sup> tanto en el discurso de Carrió como en los de Macri comenzó a perfilarse cierto sentido de la oportunidad histórica. De allí datan frases como “ahora o nunca”, “vamos a devolver lo robado”, donde el significante Cambio se va perfilando como el cambio contra un tiempo “oscuro”, “corrupto” que coincide con el “tiempo del PJ” en Carrió o con el del “Estado que persigue” y “divide a los argentinos” en Macri. Cuando se le preguntaba a éste

---

<sup>8</sup> Cambiemos se compuso, igualmente, de una cantidad no menor de cuadros políticos provenientes del peronismo: Emilio Monzó, Diego Santilli, Horacio Rodríguez Larreta o Patricia Bultrich son ejemplos de ello. Sin embargo, ninguno de estos cuadros se referencia en dicho universo ni reivindica su pasado.

<sup>9</sup> Una frase de corte biologicista como la del ex Secretario de Medios y Contenidos Públicos de Cambiemos, Hernán Lombardi (2016), lo demuestra: “Es necesario un proceso de sanación de este cuerpo [TV Pública] tan infectado por la mala ideología...No quiero pensar que toda la gente que adhirió al kirchnerismo lo hizo por temas económicos. Hay gente que tiene convicciones pero ha perdido cierta libertad de pensamiento. Tienen colonizada una parte del pensamiento, como si les impidiera pensar” (como se citó en Isabella, 2019, p.314).

último el por qué no eligió a Sergio Massa como aliado electoral y optó por otro frente, el candidato contestaba lo siguiente:

Yo creo que nosotros teníamos una idea clara de lo que significa la renovación, el cambio que necesita la Argentina, y es difícil plantear un cambio si los que ya gobernaron vuelven a estar otra vez en el escenario para Gobernar. (...) *Nosotros creíamos que teníamos que armar algo con aquellos que no habían sido protagonistas centrales estos 25 años* [énfasis agregado] (...) y teníamos que respetar la independencia de los poderes, no andar corriendo a los jueces que quieren investigar, no hostigar al que piensa distinto. (...) Tuvimos un Presidente iluminado que era Frondizi, cuando él empezó a ver todo esto... (América TV; 2015, 0m40s)<sup>10</sup>

El PRO optó por una decisión estratégica de cara a las elecciones. Una apuesta ideológica basada en un acto de identificación dentro del polo *no peyotista* (constatado, además, por la reivindicación de un presidente radical), con un exterior constituyente claramente delimitado (el peronismo en sus diversas ofertas electorales), y con una noción de la ruptura temporal para nada azarosa (pues en la noción de “los últimos 25 años” se le otorgaba mayor peso a los dos mandatos de Menem y a los tres gobiernos Kirchneristas, pasando por alto el interregno del gobierno de la Alianza conducido por Fernando De la Rúa).

Ahora bien, no menos cierto es que hasta meses antes de las PASO, y aún a pesar de la mesa abierta de negociación entre Macri y la UCR, la posibilidad de un acuerdo macrismo–*peronismo disidente*<sup>11</sup> tuvo señales de vida. El período 2013-15 demuestra tanto la ambigüedad estratégica del macrismo como el revés favorable de la fortuna: mientras aprovechó el período para transformarse gradualmente en la “encarnación” de la crítica republicana al kirchnerismo, no descartó las sugerencias de un acuerdo con un sector del peronismo (recuérdese que Sergio Massa, por ejemplo, se había alejado del kirchnerismo y era un interlocutor factible como alternativa). En febrero del 2015, por ejemplo, Macri hizo

---

<sup>10</sup> Cuando se le preguntaba por las posibilidades de expansión del frente electoral, Macri contestaba esto: “El límite es hasta acá [por referencia a Sergio Massa]. Buscamos la coherencia de nunca haber sido parte del kirchnerismo ni haber sido responsables de gobernar estos últimos 25 años” (*Macri. A partir del 11 de Diciembre no hay más cepo*, 2015).

<sup>11</sup> Llamamos peronismo disidente a todo armado electoral o político que se reivindica como justicialista pero se opone al liderazgo conceptual del kirchnerismo. Es una expresión que ha reunido a diversos dirigentes – y en diversos momentos- como Ramón Puerta, Eduardo Duhalde o C. Alberto Reutemann, entre otros.

público un acuerdo con un dirigente justicialista que se perfilaba como posible vice: Carlos Alberto Reutemann. Sin embargo, en medio del repiqueteo agotador de las denuncias por corrupción (cuyas víctimas principales eran Julio de Vido, Amado Boudou, Lázaro Báez) y la conmoción por la muerte del fiscal Alberto Nisman, el macrismo sintonizó mejor con una demanda de transparencia que adquiriría más y más fuerza conforme se deterioraba la situación económica.

Lo cierto es que en Marzo de 2015 el radicalismo había dado su visto bueno a un Frente Opositor que incluyera al PRO y al Frente Renovador de Sergio Massa. Sin embargo, y a pesar de aquella posibilidad, sobre la última hora se definirían otras cartas a jugar: en el PRO triunfaría la perspectiva del asesor de campaña y de aquellos que desestimaban una alianza con el peronismo, complementada con una jugada sugerida por otro sector del PRO (comandado por el ingenioso Emilio Monzó) que le propuso a Macri un acuerdo con el radicalismo, lo cual éste aceptó por ser un negocio mutuamente beneficioso: le ofrecía a Macri una plataforma organizativa de la cual adolecía el PRO, permitiéndole a este último llegar al interior del país -territorializar al PRO- tanto para la movilización electoral como para el desempeño gubernamental, y le otorgaba a los propios cuadros dirigenciales del radicalismo la posibilidad de supervivencia ante un horizonte electoral promisorio (Iglesias y Lucca, 2019. p, 120). Fue allí que, protegido por buena parte de los medios que hicieron lo imposible por obviar sus responsabilidades empresariales pasadas, Macri consiguió el aval indispensable de Carrió, quien le aportó a la coalición un apoyo decisivo, no tanto por el peso electoral siempre fluctuante de su figura como por la supuesta garantía de transparencia que suponía su aval. Carrió funcionó como una mano de cal (le aportó la “chapa” de la transparencia), como señal para un sector de la sociedad que por algún motivo misterioso confiaba en ella como en un *ombudsman* moral infalible. El golpe final de aquel periplo sería la serie de movimientos táctico-estratégicos de algunos cuadros del PRO y la UCR (en especial de Emilio Monzó y del gobernador de Jujuy Gerardo Morales), que convirtieron al ex presidente de Boca Juniors en el pre-candidato mejor posicionado de una Alianza que, vista en retrospectiva, aparecía como improbable (dada la brecha ideológica que los había enfrentado en las anteriores elecciones por la ciudad de Bs As): el partido de centro derecha PRO, la Unión Cívica Radical y la Coalición Cívica ARI.

Mauricio Macri, Elisa Carrió y Ernesto Sanz reeditaban una alianza para nada novedosa en la política argentina (‹todos contra el peronismo›), pero que era entendible –y electoralmente redituable- dado el momento de agrietamiento político-discursivo de la

Argentina: para fines de 2015 una exacerbación de los discursos *gorilas*<sup>12</sup> –encarnados en la oposición a Cristina Fernández de Kirchner– abrieron un escenario de expectativa, donde una suerte de agrietamiento político social hizo coincidir la oportunidad electoral del macrismo con la tradición anti peronista de Carrio y el republicanismo de Ernesto Sanz. Macri llegaba -inesperadamente- para colmar cierto hartazgo social que no hallaba representación y Cambiemos terminaría –en cierto modo- por revitalizar algunas consignas del gorilismo.<sup>13</sup> Son recordadas de aquellos días las fervientes militancias que tanto intelectuales como cuadros del empresariado le ofrecieron a la Alianza:

Yo creo que la economía populista ha destrozado al país. De hecho, la inflación, que genera más desigualdad y más miseria, es un invento del populismo. La primera inflación la tuvimos en 1950, *en plena fiesta peronista* [énfasis agregado]. Pero después a la fiesta hay que pagarla, y ahí es donde empiezan los problemas. A mí me gustaría un cambio radicalizado, por eso mi único momento alegre, desde la muerte de Nisman, fue la foto de Lilita y Macri. (Sebreli, como se citó en Isabella, 2019, p.261)

Podemos arriesgar que la elección de 2015 parecía una suerte de cierre o reedición de un proceso que había nacido en 2008 con la llamada crisis del campo. Este había sido tanto el nacimiento del lenguaje antikirchnerista como una reactualización del lenguaje anti peronista. Durante aquellos días –como en el 2015- Estado, punteros, planes, militantes y subsidios... habían pasado a ser lo mismo: parte de una cadena de significantes que indignaban a chacareros y vecinos de las grandes ciudades que pedían que “se vaya el Estado” y la “yegua montonera” que conducía al mismo (Rodríguez y Touson, 2019, p. 41).

---

<sup>12</sup> El neologismo *gorila* nació en marzo de 1955, meses antes del primer intento de golpe contra el gobierno de Juan Perón. Durante aquellos días se emitía un programa de radio llamado *La revista dislocada* donde se hacía una parodia de la película *Mogambo*, cuya trama transcurría en África y mostraba la flora y la fauna de ese continente, había serpientes, cocodrilos y gorilas. Cuando los protagonistas del sketch radial se sentían amenazados por un ruido selvático decían: “Deben ser los gorilas, deben ser...que andarán por aquí/que andarán por allá”. El ingenio político-popular adoptaría ese cántico para referirse a los antiperonistas de la Revolución Libertadora. Más tarde, igualmente, serían los propios cuadros del gobierno de facto quienes reivindicarían su mote: “Llene el Congreso de gorilas” decía el Partido de la Libertadora para las elecciones de 1963 (Isabella, 2019, p.8).

<sup>13</sup> Suscribimos a Nállim, quien señala un núcleo de ideas originarias del antiperonismo para el período 1946-55: la identificación del peronismo como gobierno autoritario, ilegal y opuesto a las estructuras constitucionales del país, acusado de ser un movimiento influido por doctrinas fascistas, totalitarias y antiliberales cuyas reformas económicas tenían también un carácter totalitario al servicio de los grupos gobernantes y contra el país (2014, p.21). En este contexto nacieron algunos mitos persistentes, sobre todo dentro de los círculos intelectuales del movimiento antifascista de la época: “aluvión zoológico” o “negros peronistas”, son algunos ejemplos.

Durante las cacerolas del 2008 el partido justicialista era acusado de ser la única estructura sobreviviente y fortalecida luego de la memoria crítica del 2001 y era en dicho contexto donde por primera vez ese *otro* problemático comenzaba a ser el peronismo en el discurso de Macri, básicamente porque era también ese *otro* que representaba el kirchnerismo: un sistema político intervencionista y asfixiante según las demandas opositoras a la '125.

Ahora bien, hasta aquí es cierto que el macrismo de 2015 tenía a sus espaldas un consenso negativo. Además, una mirada panorámica a los discursos de campaña revela la naturaleza antagonista y el carácter reactivo de sus propuestas. Había que dar por terminado el cepo cambiario, las retenciones a las exportaciones, los subsidios a las tarifas de los servicios públicos y eliminar los excesos de un “populismo desmedido” (el excedente de “grasa militante” según Alfonso Prat Gay): ir en una dirección antitética a la del ciclo populista. Sin embargo, vale preguntarse por la existencia de condiciones que permitan hallar otros elementos más allá de la alteridad que aporten a la dimensión de representación o interioridad de aquella vitalidad del no-peronismo que se gestó en 2015. Revisemos aquellos tópicos o mitos que la narrativa cambiemita hizo de sí mismo.

### **La dimensión de interioridad: «Nueva Política», Republicanismo y liderazgo new- age. Las nuevas caras de la derecha.**

Hemos dicho que el antagonismo (como límite externo) tiene un papel constitutivo sobre la conformación de una identidad política. Nos ha faltado definir qué entendemos por la interioridad o los contenidos de homogeneización interna que le dan forma a la misma: aquí tenemos como elementos centrales bien los procesos de constitución de un liderazgo, bien la conformación de lo que se ha denominado generalmente una ideología política, o bien la existencia de ciertos símbolos que operan como elementos cohesivos de una identidad (A. Carlés, 2001, p. 66). A su vez, y como parte de la pregunta por la existencia de elementos congregantes e identificatorios formadores de solidaridades, deberíamos agregar que toda identidad se inscribe en una tradición de la que se dice heredera o parte: un legado o memoria discursiva que opera como pasado a recuperar y como promesa de futuro (Montero, 2018b). En este sentido, vale preguntarse por los elementos con que Cambiemos se definió a sí mismo, allende su dimensión antagónica.

Una de las credenciales con que la fuerza liderada por Mauricio Macri se presentó a sí mismo fue su bandera de la «nueva política». Difícil saber hasta qué nivel caló en electorados apáticos semejante simbología. Más pertinente es rumiar por el lado de las prácticas que desplegaron los dirigentes de Cambiemos, sobre todo de aquellos que provenían del PRO: la puesta en escena de un *ethos* gerencial voluntarista e informal que implicó un nuevo vínculo tanto con la ciudadanía (los “vecinos” o la “gente” en lenguaje

cambiemita), como con aquellos dispositivos que componían el circuito tradicional de la comunicación política (un reemplazo de la televisión por las nuevas plataformas de comunicación o por mecanismos directos como el timbreo).

El modelo macrista mostraba credenciales de novedad remitiéndose a su modelo de gestión pública en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires: suficientemente plástico desde lo discursivo y sin responder a demandas específicas, el macrismo se presentaba como el portador de una serie de valores de gestión (cercanía, eficacia, honestidad) que contrastaban con la política tradicional (lejana, ineficiente, corrupta). La nueva política de la que aparentaba ser portavoz el primer macrismo –y que sería también estandarte en la elección de 2015- se encarnaba en la creación de bicisendas y nuevos espacios públicos, en la puesta en marcha del Metrobús y en la lucha por crear una policía autárquica (la palpable Policía Metropolitana); todo ello acompañado por la apelación a valores posmateriales relacionados con el cuidado del medio ambiente y la instalación de centros de “vida sana”. Una gestión que priorizaba lo público por sobre lo estatal desde un discurso liberal de la «nueva política»: ideal para quienes disfrutaban de la ciudad pero no necesitan del Estado.

Partiendo del diagnóstico duranbarbiano de que los ciudadanos actuales se alejan de los partidos y se muestran indiferentes a los asuntos políticos (en especial a los político-partidarios), el insustancial discurso cambiemita se jactaba de ser el partido que mejor comprendía al elector, respetando sus visiones del mundo, sus ambiciones y mitos. Es de ese modo como puede re-leerse parte del discurso *doxal* (Montero, 2018a) con que Cambiemos se nutrió de saberes y representaciones del sentido común obtenidas bajo técnicas de *focus groups* que luego devolvía en forma de imágenes o espejo en los spots de campaña reforzando las representaciones sociales existentes (promoviendo políticas como las mascotas en el subte o los menores de 16 años en las cárceles). Esa “filosofía política” del *focus* partía de que los ciudadanos son sujetos consumidores, permeables, de identidades flotantes, que se realizan en lo privado y cuya única red institucional la constituye el mercado. Entendemos que en esa clave puede leerse la inmanencia de la *alegría*, palabra que una y otra vez repitió el inicial discurso cambiemita.

Paradójicamente, este tipo de relato convivía con otro elemento del cual Cambiemos se hacía un presumible heredero entre las banderas de la campaña: la tradición republicana, una mochila que Macri, Carrió y Sanz cargaban desde los días de la '125. Recordemos algo: durante la crisis del campo en 2008 y la consecuente estrategia agresiva

del kirchnerismo en el poder<sup>14</sup> se había inaugurado no sólo el nacimiento del lenguaje antikirchnerista sino también una nueva modulación macrista que –más por fortuna que por virtud- lograría captar una especie de “republicanismo desde abajo” que había permanecido agazapado bajo el dominio kirchnerista y que además había encontrado en Venezuela su *bête noire* regional, su tenebrosa distopía (Natanson, 2019, p.45). Aquel giro anti estatista nucleado tras el gran Frente Agrario había disuelto la articulación simbólico-imaginaria del 2001 (el piquete junto a la cacerola) y había hecho del *lockout* agrario un nuevo momento del lenguaje de indignación moral y anti-estatalismo. Esas reactualizadas cacerolas capitalinas explican porque durante aquellos días el macrismo recogió el guante del oportunismo electoral, se acopló al discurso mediático y explotó su faceta republicana basada en la crítica a la concentración del poder, desdeñando los desequilibrios institucionales que –según su narrativa- causaban los gobiernos “populistas” (o populares); faceta que lo acercaba a Ernesto Sanz, un representante de la corriente más conservadora del radicalismo. Fue a partir de tal hito que el macrismo adoptó una retórica basada en la necesidad de moralizar la política y abogar por la limitación del poder ejecutivo.

Ese estético –y no tan ético- mito del republicanismo macrista se fortalecía por la educación mayormente empresarial de su dirigencia: el PRO era un partido con pretensiones de renovar el grado de participación que esas elites “virtuosas” tendrían en los destinos de la patria. Esa “nueva” clase política, incluso, ofrecía una nueva narrativa para explicar las desigualdades sociales: partiendo desde su cercanía a una espiritualidad neo-hinduista expandida mayormente entre las clases medias y altas de las zonas urbanas, proponía nuevos sentidos para valorar la prosperidad económica individual, sosteniendo a la posesión de riqueza económica como testimonio de la calidad natural del alma poseedora y no como producto de la vida en sociedad. Una espiritualidad *new age* acorde al mito duranbarbiano del vecino despolitizado: una espiritualidad pensada para una “sociedad de vecinos”; para una “clase media universalizada” portadora de todos los derechos de la ciudadanía desde donde “cualquiera” podía emprender el camino de la regeneración meritocrática (obtener la felicidad “aquí y ahora”), hacerse rico y exitoso si lograba romper el “ciclo del sufrimiento” y alcanzar la “armonía del espíritu” en el repliegue sobre sí mismo.

Así las cosas, el regeneracionismo también tenía un faro desde dónde alimentarse: el ex presidente de Boca Juniors era un experimento político “novedoso”, un consagrado

---

<sup>14</sup> A partir del 2008, Néstor Kirchner asumirá de manera explícita el rol de jefe partidario, revitalizando su rol y el de las organizaciones sindicales y sociales afines a él. Ante la debilidad y la crisis política desatada, el gobierno decidió blindarse volviendo a “las fuentes”, sobre todo a las representaciones territoriales (principalmente el conurbano) y a la estructura partidaria del PJ.

empresario/dirigente eyectado del mundo del fútbol que constituía una suerte de *outsider*, alguien “incapaz” de caer en los viejos vicios de la clase política.

### Síntesis del problema

Hasta aquí hemos visto cómo el lenguaje macrista y cambiemita manejaba una doble modulación para alimentar aquellos significantes flotantes de su campaña: por ejemplo, el «cambio cultural» era parte de una consigna válida tanto para alimentar el cíclico y recurrente fundacionalismo antagónico de la política argentina, como una vía para dotar de contenidos propios a una nueva derecha que recurría a novedosas herramientas de interpelación. Si por un lado Cambiemos delimitaba progresivamente una frontera antagónica respecto del *kirchnerperonismo*, por el otro no explicitaba cuáles serían los contenidos o límites de ese “nosotros” que expandiría sus horizontes hegemónicos. Si por un lado despejaba un enigma de primer orden (su primera condición de posibilidad identitaria era una reacción negativa), por el otro mantenía en suspenso cómo pilotearía aquella dualidad que caracterizó su propuesta de campaña original: la pretensión de un «gran acuerdo político», el discurso de la reconciliación y el pluralismo democrático<sup>15</sup> junto a la empresa de reforma moral que metafóricamente implicaba una frontera de ruptura con ese *otro* llamado peronismo. Hemos visto someramente los cimientos de cada una de las dimensiones con que Cambiemos partía su gobierno: era el depositario de la queja, el sujeto de la bronca que agudizaba la ruptura cognitiva de la opinión pública en torno a dos bloques; y a su vez el lugar de una experimentación optimista donde se inespecificaba el contenido del Cambio y no se ausentaban aportes innovadores para construir articulaciones hegemónicas.

Ahora bien, ¿cuáles eran los elementos de antagonismo dentro de la búsqueda identitaria del universo Cambiemos? ¿Qué mitos y que tópicos se activaron en esa narrativa de la polarización? ¿Cómo re-concibió al pasado la alianza triunfante y que sucedería con la noción de peronismo dentro de esa narrativa? Creemos que los primeros tiempos del gobierno y en especial la primera gran convocatoria social en su favor (la marcha de la *argentina blanca* en 2017), ayudarán a responderlo en el Capítulo II.

En relación a la dimensión de representación, vale preguntarse con qué contenidos el imaginario macrista colmó los elementos pasibles de apelar a una interioridad identitaria. ¿Cómo pensar *la alegría* y sus derivados? ¿Qué relación se puede establecer entre esta y

---

<sup>15</sup> Esos valores, igualmente, no fueron ajenos a un anti peronismo que siempre los utilizó bajo máscaras radicales o de facto para velar por la ansiada disolución o transformación del adversario. Pluralismo democrático y «fin de la barbarie», por ejemplo, fueron credenciales del radicalismo Alvearista (con sus raíces patricias y anti populares), de la Unión Democrática en los '40; e incluso de la Unión Cívica Radical del Pueblo en los '60 (Lucca, 2019, p.122).

cierta propensión a desdibujar la trama socio-histórica de los conflictos sociales? ¿Qué aporta el liderazgo cambiante de la «nueva política» a la dimensión de representación? ¿Cómo repensar elementos ideológicos como el (neo) liberalismo o el republicanismo? ¿Qué lugar ocupará la narrativa del sinceramiento económico, el marketing y la meritocracia? Éstos y otros interrogantes serán respondidos en el Capítulo III.

## Capítulo II

### Las dos marchas

¿Cuáles son los elementos de antagonismo que compusieron el “discurso” cambiemita, y que marcarían una pendiente ascendente dentro del mismo? Para responder a esa pregunta recurriremos a lo que, según nuestro juicio, fue el momento bisagra dentro de la polarización simbólica del Gobierno de Mauricio Macri: el otoño de 2017. A partir de -y sobre todo en- 2017, se puede observar cierta radicalización en la retórica de Cambiemos que iría marcando una ampliación de la frontera dicotómica en relación a un pasado indefinido en sus contenidos, pero nunca inocentemente recortado desde el relato oficialista. La decisión de conformar nuevamente alianzas electorales puras e incontaminadas de peronistas para las elecciones legislativas de medio término, será una consecuencia de esa pendiente asumida.

Si el escenario del ballottage había podido pensarse como un posible puente a la “reconciliación nacional”, la polarización del 2017 dejaría atrás ciertas tentativas hegemónicas que habían caracterizado tanto aquellos días como los tiempos dialoguistas del 2016: recuérdese aquel “vengo a proponerles un Gran Acuerdo Nacional” con el que el Presidente se dirigió a la clase política durante la apertura de las sesiones ordinarias legislativas en Marzo de 2016. Recuérdese también el viaje que Mauricio Macri y Sergio Massa hicieron al Foro Económico Mundial (más conocido como Foro de Davos) en Enero de aquel año, donde el ex presidente de Boca Juniors presentaba a Sergio Massa como el futuro líder del peronismo: una presentación que tenía como horizonte demostrar tanto la voluntad de diálogo y “unión de los argentinos” como dar una señal a los capitales extranjeros de que “el populismo” había sido extirpado para siempre.

La peculiaridad del 2017 estaba dada por una serie de elementos que 2016 no tenía: la elección legislativa de mediano término, la aparición de una sorprendente ola de movilizaciones a favor –y en contra- del gobierno, la intervención represiva como respuesta a las manifestaciones (ejemplo de esto será la desaparición de Santiago Maldonado a manos de la Gendarmería), la acentuación del conflicto docente en la provincia de Buenos Aires (que contará con un enfrentamiento modélico entre María Eugenia Vidal y Roberto Baradel, dirigente gremial de SUTEBA) y sobre todo, la experiencia frustrante de Cambiemos en el ejercicio del gobierno: magros resultados económicos, incremento del endeudamiento con los acreedores privados, cierre de Pymes, *tarifazos*, despidos en el sector público y privado, etc. La única salida de aquellos días parecía ser la apelación oficial

a la esperanza de un tiempo por venir (un “segundo semestre”, una “luz al final del túnel”, en los términos de la ex vicepresidenta Gabriela Michetti).

En este contexto de profundización de la crisis económica y a más de un año de gobierno, desde distintos lugares (medios de comunicación tradicionales, facebook, redes sociales en general) se divulgaría la realización de una marcha “auto convocada” para el Sábado 1 de Abril de 2017 bajo la leyenda “por la democracia” y en defensa “de las instituciones”, que terminaría por ser la primera (y multitudinaria) marcha de apoyo al gobierno. Desde el lado de los/as dirigentes de Cambiemos, se desestimaría la necesidad de marchar o movilizarse, considerando innecesaria<sup>16</sup> –sobre todo para Carrió y Macri- la demostración de fuerzas para responder a las “amenazas” que dirigentes kirchneristas le realizaran al Presidente en funciones.<sup>17</sup>

La marcha del 1 de Abril sería, sin embargo, un acontecimiento bisagra. Constituirá, en primer lugar, un evento clave para envalentonar al gobierno (cuya imagen iba en descenso a causa del empeoramiento de la situación económica) y en paralelo será la posibilidad de radicalizar el discurso anti kirchnerista, siendo por tanto la acentuación de una de las dimensiones de la dualidad originaria. El tweet del propio presidente la misma noche de la movilización es elocuente al respecto: “No hubo colectivos ni choripán”<sup>18</sup> (Dovo, 2017), siendo la primera vez que el gobierno empezaría a oficializar su épica de “combate contra las mafias”:

Vi muchos mensajes de apoyo el fin de semana, pero hubo uno que resume muchas cosas: “Voté a Macri porque no quiero más mafias”. Tienen razón. No podemos aceptar más comportamientos mafiosos en la Argentina, mafias que están en los Sindicatos, en las empresas, en la política y en la justicia. No se puede aceptar que

---

<sup>16</sup> Quizá la falta de entusiasmo se deba a que Cambiemos concebía una postal de ciudadanos movilizados como una imagen de “lo viejo”, una imagen del Siglo XX, que no se correspondía con la supuesta nueva política que ellos vendrían a representar. Por otro lado, Elisa Carrió había dicho que “el gobierno no necesita de la manifestación porque tiene La República” (*El regreso de los caceroles, 2017*).

<sup>17</sup> La semana había comenzado a agitarse con los dichos de Hebe de Bonafini en Plaza de Mayo durante la marcha del 24 de marzo por el día de la Memoria Verdad y Justicia en repudio al golpe de Estado de 1976. La comparación entre Macri y la Dictadura que realizó parte de la oposición en la marcha (conocido el cántico “Macri, basura, vos sos la dictadura”) y la práctica negación del día de la memoria por parte del Gobierno, estimularon el fuego cruzado (*Basta de ser democráticos para ser buenitos, 2017; El Gobierno no necesita de manifestaciones, 2017*).

<sup>18</sup> El *chori* como anzuelo para atraer gente a los actos políticos remite a la supuesta manipulación que impera en los actos peronistas, un llamador perverso que se aprovecharía de la irracionalidad de los pobres que sólo irían por comida o si los llevan en micro. Este neologismo interno se deriva de otro que nació en el siglo XXI como forma peyorativa de dirigirse a quienes reciben asistencia social por parte del Estado: es el término *choriplanero* (Seman, 2021, p. 233).

alguien se crea el dueño de este país (...) y ponga palos en la rueda sistemáticamente (*Voy a dar la batalla*, 2017).

Por otra parte, y en paralelo a la marcha del #1A, la primera semana de abril de 2017 se caracterizó por la convocatoria al primer paro general de los trabajadores contra el gobierno de Mauricio Macri (paro que tuvo un acatamiento de más del 70% de los Gremios, incluido los gremios del transporte nucleados en UTA). Seis días después de la marcha oficialista, se daba entonces una contramarcha opositora nacida de un paro general decretado por la CGT y la CTA que convocó a militantes sociales, políticos, trabajadores/as y a los partidos de izquierda.

La particularidad del paro general, además, estaba dada porque los peronistas que se mostraron colaborativos en el inicio del gobierno ahora se plegaban a la crítica pública de las políticas que llevaba a cabo el gobierno de Cambiemos (Sergio Massa, Gerardo Martínez, Hugo Moyano o José Manuel de la Sota, fueron ejemplos de ello). La movilización abría paso, entonces, a derribar el mote de “oposición responsable” que Marcos Peña –el Jefe de Gabinete de Macri- le dirigiera a Sergio Massa y a los peronistas “perdonables”. La ruptura con los “dadores de gobernabilidad” colocaba a Cambiemos en un escenario claramente agonal: el peronismo “culposos” que había acompañado el liderazgo de Cristina Fernández de Kirchner y quiso moderarse en el inicio de la gestión de Cambiemos, daba un salto aparentemente sorpresivo y determinante para justificar la acentuada radicalización discursiva de la retórica anti kichnerperonista de Cambiemos.

La marcha del #1A daría lugar a la aparición de nuevos contenidos para la “épica” fundacional. Cambiemos asumía lo que nosotros llamamos metafóricamente una *cruzada republicana*: consignas como “Argentina vs Venezuela” o “Democracia vs Autoritarismo” (jmortiz77, 2017, 24m28s), donde Cambiemos representaría la encarnación del primer polo, llenarían las diversas plazas del país. Es el origen de la consigna “Si, se puede”: metáfora interesante para pensar en elementos de índole subjetiva de una voluntad que se manifiesta contra una adversidad por momentos inexorable. Una imploración a vencer el derrotismo de supuestos oprimidos ante una situación de hastío o agotamiento, ante un tiempo que se quiere enterrar, dar por perimido. La consigna invoca una apelación al sacrificio, al esfuerzo, como si se reconociera que el tiempo presente contiene adversidades (*tarifazos* y “sinceramientos” de precios) pero se ratifica el rumbo elegido: para dejar atrás al peronismo hay que atravesar “momentos difíciles” y continuar apostando al Cambio. Una frase de aquellos días, perteneciente a María Eugenia Vidal, resulta elocuente al respecto: “Si te

bancaste el maltrato durante 25 años [por referencia a los gobiernos provinciales peronistas] ¿cómo no vas a apostar a una nueva oportunidad?" (Montero, 2018a, p.54).

Otras consignas de la marcha del #1A (como se la llamó), fueron las siguientes: "dejen gobernar", noción que remite a cierta memoria colectiva o mito de los/as manifestantes según el cual el peronismo "volteó" los gobiernos radicales de Raúl Alfonsín o de Fernando De La Rúa y podría aplicarle el mismo destino a Cambiemos. Y en segundo lugar, carteles o remeras con la siguiente frase: "no vuelven más", expresión que denota la presencia de un Otro indefinido pero que en el contexto de una victoria relativamente reciente contra el candidato justicialista Daniel Scioli y de una marcha que se tornó crítica y opositora días atrás (la marcha del 24 de Marzo de 2017) hacía referencia al kirchnerismo, y por ende al peronismo.

La contramarcha del 6 de Abril sería, a su vez, el momento fundante de la tendencia oficial a interpretar toda demanda opositora como reclamo de un colectivo manipulado por la fe conspirativa de mafias, todas las cuales tienen –según esa lógica- algún tipo de relación con el kirchnerismo. La parálisis económica, desde el discurso oficial, ya no sería el resultado simplemente de "errores" estratégicos del enfoque gubernamental (gradualismo vs aceleramiento en el ajuste), sino de la presencia de fuerzas malignas y desestabilizadoras de actores acostumbrados a manejarse bajo la lógica de un país del "pasado" (cual el caso de los docentes que bregan por una paritaria justa o de los miembros de la comunidad mapuche que reclamarán la aparición con vida de Santiago Maldonado). La estrategia de la paranoia es también parte de la connivencia de otros actores propensos al relato antiperonista: medios de comunicación jugados al exceso por el recetario de Cambiemos, insistentes en instalar que el kirchnerismo tuvo planeado para Macri, desde su derrota en 2015, el mismo destino que el peronismo para De La Rúa.

### **La argentina blanca y el "nuevo" Macri**

El segundo año de gobierno planteaba mayor claridad a los horizontes de futuro que incoaban los slogans electorales de la campaña presidencial de 2015. En la gestión de gobierno se ponían en juego nuevas dinámicas para construir ese nosotros y articular con mayor "solidez" ese lazo representativo entre Cambiemos y su público. En este sentido, dentro del marco de una opositora movilización cegetista que contó con su masividad correspondiente (y con el apoyo de una izquierda que tuvo un rol preponderante para activar el olvidado mecanismo de la represión gubernamental), la respuesta del gobierno a la creciente pluralidad de demandas insatisfechas fue recostarse en las consignas identitarias del #1A: hacer caso omiso a las demandas de la marcha obrero-sindical y optar

por una deriva que englobe a toda oposición bajo el rótulo del pasado, enfatizando la estrategia de la polarización. Aquella denostación al heterogéneo conjunto de demandas sociales opositoras, si bien le bloquearía a Cambiemos la búsqueda de un espacio de mayor apertura y negociación con actores sociales y políticos que ampliara las bases de sustentación de su gobierno, si permitiría definir los contornos del magma de discursos sociales sobre los que Cambiemos montó su maquinaria representativa: la *Argentina blanca* de los miles de ciudadanos/as que en los grandes centros urbanos del país salieron a brindarle el espaldarazo mediante un conjunto de consignas que ya estaban activas –como mitos o narrativas- dentro del precario discurso cambiemita.

La Argentina blanca nos permite definir los límites más globales de la identificación simbólica de ese “nosotros” cambiemita: la mayoría de los manifestantes del #1A eran argentinos/as blancos de la región pampeana, de los grandes centros urbanos, que decían “pagar sus impuestos” porque “trabajan”, en oposición a los habitantes de un país que, según la perspectiva de los manifestantes, “no trabajan”. Esta Argentina blanca se compone, fundamentalmente, por seriales pagadores de impuestos (sería pertinente agregar que pagan y consumen porque forman parte del sector formal de la economía al menos en un grado considerable). Por lo que se recoge de las marchas, son personas que recalcan haber dedicado “su vida a trabajar” y que por ende “merecen” todo fruto o ganancia del trabajo (por más especulativa o extraordinaria que esta fuere), independientemente de la actividad que realizan (si son maestras de nivel inicial, profesionales de clase media, productores rurales o corredores inmobiliarios). Suelen definirse como personas “apolíticas”, ajenas a la intromisión en los asuntos públicos. Portadores de una moral estrictamente liberal del espacio público, los argentinos blancos repelen toda obturación del espacio público, sobre todo si proviene de seres de piel oscura. En términos de Mario Benedetti (2015) en *Los Pitucos*: “Una bocina, un grito, a veces una huelga... les arruinan el alma”.

Aquellas movilizaciones pro-cambiemitas aportaron a un proceso de construcción identitaria socio-simbólica donde se reforzaba la identidad blanca de los manifestantes, remarcando la frustración de los que “trabajan” y “merecen lo propio” sin prebendas del Estado (resonando por detrás la meta de recuperar *algún* ideario del ascenso social), reconstruyendo una fuerte “cultura de clase media” (tanto urbana como rural) portadora de valores propios de la moralidad liberal, y re-significando viejas consignas: la “cultura del trabajo”, por ejemplo, es parte de un imaginario de ascenso social que se re-formula en el conjunto de los símbolos pro-cambiemitas. Más que apelar al esfuerzo de un sujeto que forma parte de un núcleo social colectivo y solidario (como lo era en el ideario inmigrante),

es concebido como una apuesta al desentendimiento de las relaciones sociales que enmarcan las trayectorias individuales.

El otoño de 2017 consolidaba una identidad que encontraba la ocasión para oponerse a que los de abajo (la *negritud*) compitan dentro de aquel ideario de valores y ascenso social. De allí que entendamos que la marcha del #1A constituyó una oportunidad para gestionar un tipo de subjetividad política constituida al calor del descontento y la indignación de los tiempos del kirchnerismo, dando lugar a esa forma de “acción ciudadana” que si bien muchas veces se canalizaba en un “voto rechazo”, ahora pasaba a ser el vehículo de una *negatividad* que sedimentaba un ethos, una modalidad discursiva y un posicionamiento político que Cambiemos supo capturar muy finamente. De allí que resulte necesario agregar que, al interior de esos bordes de negatividad, esos sujetos aparentemente desafectados de lo público, lo estatal y lo institucional, tampoco desatendieron las consignas de carácter más abstracto que el gobierno les ofrecía: “División de Poderes”, “Justicia” (entendida como castigo a los corruptos) o “República”, fueron parte de las primeras marchas de apoyo al gobierno de Cambiemos.

Lo gravitante de aquellas jornadas es que con la aprobación del sector tonificante de la sociedad blanca, el macrismo renovó sus energías, consolidando una “confianza” que se trasuntó en una oralidad radicalizada a los efectos de embestir contra los fantasmas imaginarios de los mafiosos que “pretendían” derrocarlos. Del “unir a los argentinos” se pasó a la faena titánica de tener que “cambiar culturalmente” al país (San Martín, 2016) para “insertarse al mundo” (y esta vez sin grandes acuerdos consensuados con la oposición). De la prometida “lluvia de dólares” augurada por el Presidente se arribaría a una suerte de campaña del miedo (“los inversores temen que después de Macri volvamos al pasado” decía el ex Ministro del Interior Rogelio Frigerio). No es casual que durante aquellos días muchos comunicadores instalaran la idea del “nuevo” Macri: un “transformado” presidente que hablaba cada vez menos de cerrar la grieta y que se encaminaba a combatir a las mafias para “cambiar culturalmente a la argentina”. De aquellos días datan la algarabía del *staff* gubernamental ante la orden de detención a Julio de Vido, ex Ministro de Planificación kirchnerista; y el fin del *romance* con Hugo Moyano, quien a partir de ese momento pasará a ocupar el rol del adversario social predilecto: prototipo de la *negritud* peronista y Secretario General del Gremio de Camioneros, uno de los pocos sindicatos con poder de fuego para dirimir la puja distributiva.

Es este marco de polarización el que da pie al acrecentamiento de la épica fundacionalista dentro del relato oficial: comienzan las insistencias en atribuir la totalidad de las desgracias al populismo (como forma elíptica de nominar al peronismo), siendo cada vez

más extenso el límite de la frontera dicotómica. De los “25 años” se pasó a una lucha contra “los 70 años de oscura decadencia”, pasando a ser la “transparencia republicana” y la “lucha contra la corrupción” los principales ejes para afrontar la elección legislativa de mediano término.<sup>19</sup> Gracias a la vaguedad que adquiere semejante frontera, el punto de ruptura (“los 70 años de inflación e irrealidad”) y los polos de la antinomia creciente (kirchnerismo vs antikirchnerismo / garantismo vs punitivismo / populismo vs república / transparencia vs corrupción, etc.), se consolidará el *kirchnerperonismo* como el lugar del antagonismo, como la amenaza en el más allá de la frontera de inclusión identitaria.

Antes que un adversario legítimo, el kirchnerismo era una suerte de enemigo moral (Canelo, 2019, p.69) construido sobre emociones y sentimientos, dotado de todos los defectos, culpas y maldades. Podía ser acusado no sólo de “robarse un PBI” sino de ser el responsable de todas las penurias de la sociedad. Era tanto el responsable de la existencia de piquetes, protestas y manifestaciones, como el hacedor de la cultura narco y los punteros. De allí que el relato cambiemita alimentara la esperanza blanca mediante una *señalética* de imaginarios que funcionaban como elementos de alteridad: el gobierno de los ricos y exitosos (“el mejor equipo económico de los últimos 50 años”, dijera Macri) debía considerarse como un “sacrificio” a la comodidad de los negocios privados para “bajar” al barro de la política y gestionar el “desorden” heredado de una clase política “corrupta e ineficiente”. Era un sacrificio destinado a combatir el derroche y la mala gestión de la clase política en general (“los políticos”, en términos de los manifestantes del #1A). Se recordará que uno de los argumentos más usados para brindar apoyo era el siguiente: “éstos no van a robar porque son ricos”.

La contracara de esta construcción era la desvalorización, la culpabilidad y el castigo para aquellos que se encuentran en situaciones económicas desfavorables. Aunque podamos afirmar que una parte del ex gobierno (representada en Carolina Stanley, sobre todo) halló acuerdos y vías de diálogo con los movimientos sociales, la política dominante era la de vigilar y reprimir huelgas, paros u organizaciones sociales, pues estas eran vistas como estructuras filo-criminales que obturaban el derecho de “los que trabajan”:

---

<sup>19</sup> Curiosamente, durante la campaña estallarían internas empresarias que comprometerían a parte del gobierno en el famoso caso “Lava-Jato” que denunció la cadena de coimas y sobrepagos en la empresa Odebrecht. El fuego cruzado entre Macri y Paolo Rocca, por ejemplo, debe ser comprendido dentro de esa tensión: el ímpetu denunciador del gobierno macrista afectó la sensibilidad de un conjunto de empresarios que *en off* recriminaban la doble moral de un macrismo que antaño era aliado en la Capital Federal.

Nosotros lo vemos: la gente que todos los días está en la calle es siempre la misma gente. Siempre las mismas organizaciones, las mismas banderas. Es un público estable. [...] Se organizan para salir. Y se organizan con aparato. Y con plata [...].

La relación entre el puntero político de la villa y el narco es muy estrecha, y muchas veces es la misma persona. (Patricia Bullrich, como se citó en Canelo, 2019, p 71).

Esa doctrina de la normalización orientada a poner “cada cosa en su lugar” apelaba a la reminiscencia de un Orden corrompido o viciado por una política que estaba desde hacía “ochenta años en el robo” (Carrió, 2019). Se trataba de una frontera donde según Cambiemos todo se salió de lugar y la Argentina se quedó sin ley: un lugar de anormalidad agobiante que ahora se tenía la chance de refundar.<sup>20</sup> La marcha del #1A permitía, entonces, poner en claro una de las posibilidades abiertas por el lazo representativo cambiemita: poner un coto a las posibilidades de que la negritud peronista obture, con cortes de mangas y de esquinas, la vida cotidiana, las aspiraciones, y las expectativas de aquellos argentinos que ponen mucho “merito” en la consagración de sus proyectos individuales, y que “poseen pleno derecho” a gozar de los mismos.

Aquella jornada del #1A permitía definir sobre todo lo que el gobierno decía no-ser. Recuérdese que Macri posteó en redes sociales una foto de su jornada de trabajo en la Casa Rosada el mismo día que la CGT convocaba a un paro nacional: la simbología del enfrentamiento entre “los que trabajan todos los días para sacar el país adelante” versus “los vagos de siempre”, entre aquellos “que trabajan y pagan impuestos a las ganancias” versus los que “viven de prebendas”, entre los humanos derechos versus “el curro de los derechos humanos”, que “son sólo para los delincuentes”, etc. Una antinomia entre una promesa de capitalismo meritocrático de sujetos individuales y emprendedores, versus un capitalismo “prebendario, atrasado y corporativista”, “acostumbrado a los subsidios” y al apriete.

La contramarcha cegetista –como faro antagónico de la marcha oficialista- ayudaba a construir las representaciones del relato cambiemita: en Moyano y los suyos había una memoria de clase y de poder que se resistía a morir. Una demostración de fuerza que alojaba un testimonio del pasado, de una clase obrera con su gloria, su poder, sus hoteles

---

<sup>20</sup> Mientras que el ala radical de Cambiemos hablará de 1930 y del hito fundacional de la era de los Golpes de Estado como factor explicativo de la decadencia argentina, el macrismo lo fechará más bien en 1945 y en la asunción de Juan Domingo Perón: ese hecho que abrió la puerta a la “corrupción” y el “avasallamiento del Estado de Derecho.

en la Costa Atlántica, y por ende su “desmesura”; porque en los tiempos “nuevos” del sacrificio y el emprendedorismo (del *Rappi* y la tercerización de la vida privada), el relato peronista era descrito como el lugar de los “privilegios” (de la “aristocracia obrera”) según la Ceocracia cambiemita. Si la Argentina ya no era un país industrial sino uno proyectado a constituirse en el “supermercado del mundo” y donde cada ciudadano debía autogenerarse su propio trabajo (pues el gobierno estaba para “ayudar a los argentinos a ser felices”)<sup>21</sup>, el sindicalismo aparecía como una rémora del pasado obstruyendo el embrión del “progreso”.

Detrás del sindicalismo y de Moyano estaban todos sus derivados (mayor cercanía entre clases, derechos laborales, vacaciones, aguinaldo, etc.). De allí que en la “nueva” Argentina de Cambiemos no había excusas para desaprovechar cualquier oportunidad que habilite un descargo de clase: desde un recordado conflicto en el barrio privado de Nordelta donde una vecina denunciaba el uso de reposeras y mates dentro del *country* porque afectaban “sus códigos de estética visual y moral”; hasta una prohibición al uso compartido del transporte con las trabajadoras domésticas porque según los vecinos del *country* estas “tenían olor” y no se les “entendía la lengua” (Rodríguez, 2019, p.165). Desde Venezuela y el chavismo hasta el “atrevimiento” de las trabajadoras domésticas, desde el Golpe del ‘30 hasta el 2015 (como sostenía el diputado cambiemita Fernando Iglesias), desde la falta de inversiones hasta la inflación, desde el plan social hasta los piquetes y desde el trabajador sindicalizado hasta el militante universitario... había una suerte de *otro* espectralmente peligroso para el discurso cambiemita. Desde allí, siempre “podía verse” la carta astral del peronismo metiendo su cola: una suerte de modelo antagónico de argentinidad que imploraba una radical refundación.

Tras el slogan de que Argentina iba a contramano del Siglo XXI, Cambiemos apuntaba tanto al combate de un sindicalismo con cierto poder como a las formas “anómalas” de acción colectiva: no casualmente ese combate arrancó por la detención de Milagro Sala,<sup>22</sup> un rostro de los bordes de la política, en la frontera y el extremo. Sala representaba esa suerte de “exceso” de “impulsos violentos” en una acción de masas que convocaba urgentemente al gobierno a intervenir para controlar, moldear o “pulir” cualquier

---

<sup>21</sup> El Ministro de Educación Esteban Bultrich sostenía que: “Lo que nosotros buscamos es que la gente deje de buscar trabajo y lo genere. Que cada uno pueda tener sus propios emprendimientos” (Levy, 2020, p.178).

<sup>22</sup> La dirigente tupacamaru fue arrestada en 2016 debido a un acampe que realizaron diferentes cooperativas en reclamo contra el gobernador Gerardo Morales. Si bien el Grupo de Trabajo sobre Detención Arbitraria del Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas (GTDA) consideró que la detención era arbitraria y realizó un llamamiento urgente al Gobierno de Mauricio Macri para que la libere, el Gobierno avaló ante las Naciones Unidas el proceder del Poder Judicial de Jujuy e informó los argumentos por los que sostenía que no se habrían violado los derechos humanos de Milagro Sala.

símil. Era el *otro* prototipo de la negritud intolerable... el *otro* lugar de la desmesura de clase.

### **El antagonismo ante la elección legislativa de 2017**

En el marco de aquel trasfondo de combatividad y polarización donde la objetividad de los indicadores económicos golpeaba la confianza en el Gobierno, Cambiemos afrontaría la elección legislativa combinando nuevamente una doble estrategia (aunque progresivamente desnivelada): cercenados los caminos a una pretensión hegemónica de corte aliancista (y dado el “éxito” de la relevancia que cobró el machacar un antagonismo respecto de un Otro cada vez más difuso y “amenazante”), la preeminente retórica dedicada a los convencidos ahora se combinaba con un relato de la aparente “objetividad” del progreso. Si por un lado las condiciones de posibilidad identitarias tenían como cimiento los puntales de una subjetividad política que afirmaba su no-ser, por el otro se complementaban con una empresa de fe en la que había que creer:

Hace un año les dije que teníamos que construir las bases para que Argentina pudiera crecer 20 años en forma consecutiva para eliminar la pobreza. Eso es lo que hicimos. *Ese crecimiento invisible sucedió* [énfasis agregado]. Es como cuando empezamos un edificio: en el pozo no se ve lo que estamos haciendo, pero esa base existe, está y sobre ella se construye el resto (Macri, como se citó en Isabella, 2019, p.385).

En este contexto, la dualidad de la campaña de 2017 giraba en torno a la posibilidad de retener a los convencidos (mediante frases acartonadas que alimentaran la confianza en el fundacionalismo cambiemita) y a su vez en re-inspirar la confianza de los votantes “neutros” o desencantados que habían brindado su apoyo durante la pasada elección de 2015. Como parte de lo primero, los spots de campaña cambiemita colocaron al kirchnerperonismo (que a esa altura podía abarcar desde la resiliente Milagro Sala hasta la figura de un díscolo gobernador) como aquel dique anacrónico que se oponía a la “modernización” vía la “inserción” del país al “primer mundo”. Como parte de lo segundo, tenemos toda la batería de formas de interpelación basadas en novedosas herramientas utilizadas para la comunicación política: desde el intercambio epistolar que Macri tenía con los votantes “decepcionados” (como cuando difundía sus cartas con “Sergio”, un vendedor ambulante que le recriminaba el incumplimiento de las promesas del derrame de 2015), hasta la técnica de los timbreos (donde Cambiemos “escuchaba” en forma directa las

preocupaciones cotidianas de los vecinos ante un ajuste que se tornaba exasperante). En este sentido, si por un lado los confines identitarios se hallaban en la profundización de la grieta, por el otro aparecía el apotegma duranbarbiano de que a “la gente no le interesa la política”. Esta debía admitir, relatar y entender a la sociedad, llevando por ejemplo al Presidente a tomar mates con un panadero emocionado (como si estos fueran iguales) o sentando a su perro en el sillón de Rivadavia. Desdramatizar la política.

Como parte de la persistente estrategia del antagonismo Cambiemos alimentaba su empresa de fe con spots específicamente dirigidos a los adherentes: recurría a preguntas retóricas que revolvían una memoria colectiva en torno a la difundida idea de que los gobiernos no peronistas son incapaces de gobernar el país, de que carecen del poder para hacerlo, etc:

¿Podrán ganar en la provincia de Buenos Aires? / ¿Podrán gobernar? / ¿Podrán lograr el diálogo? / ¿Podrán contra las mafias? / ¿Podrán enfrentar la corrupción? / ¿Podrán sacar este país adelante en serio? / ¿Podrán con todo lo que hay que hacer? Sí. Juntos podemos.

Todo parece imposible hasta que lo hacemos. Sigamos haciendo. Juntos.  
(Alderete, 2017, 0m8s)

La desnivelada estrategia de la campaña de 2017 nos permite recapitular la pregunta con que abrimos el capítulo. ¿Cuáles eran los elementos de antagonismo que caracterizaron el “discurso” cambiemita y que marcarían una pendiente ascendente dentro del mismo?: el kirchnerperonismo, Venezuela, la corrupción, los piqueteros, los violentos y los ladrones; los pueblos originarios, los vagos, los marginales, los asesinos comunes y los “pibes chorros”; los movimientos sociales “politizados”, los narcos; ex presidentes, sindicalistas y empresarios opositores; delincuentes en general, motochorros, migrantes y cuando no, guerrillas o “batallones militantes armados por Cristina”, según la definición de Duran Barba (2019). Cristina, Maduro y el Autoritarismo, los símbolos donde se incubaba ese Otro: un enemigo social y moral cuyos tentáculos se expandían velozmente según el diagnóstico cambiemita.

Ahora bien, hemos dicho que en otro nivel distinto al de la polarización, Cambiemos continuaba apelando a sus adherentes y potenciales simpatizantes con otros elementos para dotar de contenidos aquella empresa de fe basada en cimientos antagónicos: es allí que tenemos la persistente huella de una búsqueda identitaria tras el retomado mantra de

contenidos y slogans un tanto heterogéneos: desde la Alegría (y su “revolución”), pasando por la filosofía del Focus Group, la espiritualidad new age y el ethos gerencial de «la nueva política»; hasta el republicanismo y el liberalismo como elementos ideológicos. Nos queda por retomar, entonces, una interrogación en torno a esos valores e ideas pasibles de considerarse elementos agregativos de aquella interioridad identitaria. Sobre eso iremos en el próximo capítulo.

## Capítulo III

### La nueva política y el hombre algoritmo

“No tengo idea si [los desaparecidos] fueron nueve mil o treinta mil, si son los que están anotados en un muro o muchos más. La guerra sucia fue una horrible tragedia” (Ginzberg, 2016). Con estas palabras del expresidente Mauricio Macri queremos abrir un abordaje distinto para entender un nuevo capítulo del *cambiemismo*: aquella frase con desprecio y desinterés contiene más hebras que el negacionismo en torno a la última dictadura cívico-militar. Registra otras marcas, además de ser un síntoma de eso que algunos han llamado un “populismo punitivo” en Cambiemos (Canelo, 2019, p.101).

Sabemos que Cambiemos puso en marcha una política negacionista que buscó poner en duda la veracidad de las memorias sociales sobre nuestro pasado reciente, sobre todo el referido al accionar de las Fuerzas Armadas durante el terrorismo de Estado, y en consecuencia a la legitimidad de los reclamos de los organismos de derechos humanos: Darío Lopérfido, el ex ministro de Cultura de CABA, llegó a afirmar que los 30.000 desaparecidos eran “una mentira arreglada en una mesa cerrada para conseguir subsidios” (*Repudio a las declaraciones de Lopérfido*, 2016). Es recordado que parte del ex gobierno buscó activamente favorecer a los ex-represores condenados por delitos de lesa humanidad mediante un fallo de la Corte Suprema de Justicia que prometía acortar los plazos de cumplimiento de la pena (basado en la ley 24.390 conocida como ley del 2x1). Es recordado que Cambiemos buscó en general modificar los acuerdos democráticos existentes sobre los vínculos entre la sociedad argentina, las fuerzas represivas y el gobierno, que habían sido consensuados con mucho esfuerzo por los más diversos actores sociales y políticos desde la transición a la democracia: buscó modificar la concepción de nuestra sociedad en torno a las fuerzas de seguridad y consumó una política orientada a darles mayor grado de autonomía y jerarquización de sus roles. Durante su gobierno, estas pasaron a ser un instrumento represivo concreto para contener “amenazas” en el ámbito interno (la muerte y desaparición de Santiago Maldonado a manos de la gendarmería y el asesinato por la espalda a Rafael Nahuel en Chubut a manos de la Prefectura; lo ratifican).

Aquí buscaremos, sin embargo, otra huella... otra señalética escondida en el comienzo de la frase con que abrimos el apartado: “No tengo idea...” decía el ex-presidente en torno a uno de los tópicos más incuestionados del marco normativo de la clase política argentina. Creemos que tras el “no tengo idea” se encuentran las hebras de aquellos elementos que todo análisis en torno a Cambiemos no debe olvidar: la banalidad, la insustancialidad, el atrevimiento a ese peligroso camino que Canelo (2019, p.50) llama la

infantilización de la sociedad, velado tras una concepción de la política orientada a la “gente común”, el sentido común, allí donde imperaría el “olvido” y donde, según el asesor estrella de Mauricio Macri (Jaime Durán Barba) a los electores no les interesa la política, sino lo lúdico y emocional. Allí donde “las personas no soportan vivir sin televisor ni celular” y responden más a “imágenes que transmiten sentimientos que a palabras que transmiten ideas” (Duran Barba y Nieto, 2017, p.99; p. 68).

Tras el “no tengo idea” del ex presidente Mauricio Macri hay más que un cinismo negacionista en torno a la vida y los cuerpos de las víctimas del terrorismo de Estado. Hay un mensaje, una concepción, un *approach* de la «nueva política» por acercarse a los supuestos problemas reales de la gente. Tras el no tengo idea aparece el desinterés por aquello que Cambiemos llamaba «la vieja política». Tras el no tengo idea hay también una propuesta acorde al slogan del cambio cultural propugnado por el macrismo y sus partenaires: frases, símbolos y prácticas de sujetos modernos que, según el relato cambiemita poco tienen que ver con las identidades políticas del siglo XX. Tras la frase de Macri hay una señalética dirigida a simpatizar con subjetividades provenientes del mundo de la no-política y sobre todo con el *ethos* gerencial de CEOs que “encarnan valores” como el diálogo, el éxito, la transparencia y la eficiencia (aquello que “hacía tanta falta en la política” según el corriente versar del sentido común), los cuales funcionan como “garantía” de la nueva política orientada al “hombre común”. Por ello un presidente/empresario puede “olvidar” e incluso no saber la cifra exacta del número de desaparecidos en la última dictadura cívico-militar. Su misión es administrar, reconciliar, acercar posiciones, “gestionar los recursos y las cosas”. Nunca mirar al pasado, revolver conflictos añejos, disputar cuestiones urticantes.

El macrismo ganador en 2015, sostiene Martín Rodríguez (2019, p.127), parte de un diagnóstico inicial: los males principales de Argentina consisten en su “inadecuación” al mundo contemporáneo, en la extravagancia de su idiosincrasia política, en sus insistencias en peronismos, radicalismos, industrias nacionales... dictaduras, desaparecidos. Su diagnóstico es que la nueva política debe dar por tierra con todo ese pasado, y debe plantear la necesidad de superación de toda esa argentinidad a costas. Debe banalizar una visita presidencial a la ESMA,<sup>23</sup> debe mostrar a un Presidente sin decir nada ante el principal centro clandestino de detención. Debe enfatizar que fue su primera vez, que la visita es tan rauda como cualquier acto protocolar. La ESMA ocupa, según el desafiante y

---

<sup>23</sup> El 15 de Febrero de 2016, a pocos meses de asumir, Mauricio Macri y Horacio Rodríguez Larreta visitaban el principal centro clandestino de la última dictadura militar: la ex Escuela de Mecánica de la Armada. Esa fue la primera y última vez que el expresidente de Boca Juniors fue a dicho lugar (al menos durante su gobierno). Un conflicto salarial afectaba a los trabajadores de la Institución durante aquellos días, lo que tiñó de insultos a la comitiva presidencial.

escueto discurso cambiemita, el mismo lugar que la imagen de los próceres argentinos en los billetes: algo que perfectamente puede ser modificado, desacralizado. Precisamente, la indiferencia cambiemita ante el peso de la Historia no es un acto azaroso: esa indiferencia “lo humaniza”, lo homologa al hombre común, a la mayoría de “los ciudadanos de a pie” que no tienen tiempo de “ponerse a pensar” en la Historia. En el “no tengo idea” con que abrimos el apartado, Macri aparece como “uno más”, al igual que en su visita a la ESMA, al igual que al sentar a su perro en el sacralizado sillón de Rivadavia. En esos actos proyecta un acto de identificación, una representación “por proximidad”, un fenómeno muy visible en la técnica de los timbreos durante las elecciones legislativas de 2017: funcionarios de Cambiemos con perfiles que inspiraban mayor cercanía, empatía o confianza (María Eugenia Vidal, Carolina Stanley o Alfredo de Angeli, por citar algunos casos) se proponían encuentros “cara a cara” para remendar simbólicamente la distancia entre representantes y representados a que nos tenía habituados “la vieja política”.

En este sentido, el desconocimiento, el desprecio o el deliberado negacionismo de las voces oficiales en torno a la dictadura, no contradicen el horizonte. Para Cambiemos los desaparecidos pueden ocupar el mismo lugar que la señal de la Cruz en el Tedeum<sup>24</sup> o el valor de una jubilación mínima:<sup>25</sup> símbolos de esa metafísica que llamamos Patria y que forman parte de la “pesada herencia” de la argentinidad. Una amalgama de elementos trágicos que el relato cambiemita se propone dar por tierra, pues para este puede haber una Argentina sin historia argentina: un cuerpo desaparecido hallado sin vida en democracia puede compararse con el recuerdo de Walt Disney, como hiciera Elisa Carrió para referirse a Santiago Maldonado. (Todo Noticias, 2017, 0m, 32s).

Una de las claves de esta señalética del olvido reside en la cosmovisión duranbarbiana que impregnó al partido dominante de la alianza: la *Big Data*, ese sistema algorítmico que permite pensar una política para el “hombre común”; un conjunto de técnicas para procesar, ordenar y hacer legibles la billonaria cantidad de datos que todos producimos hoy por el mero hecho de estar en el mundo contemporáneo. El equipo del asesor político Jaime Duran Barba y la estructura dependiente del ex Jefe de Gabinete Marcos Peña proponían ir a Facebook, Instagram o YouTube, para hacer cálculos, sistematizar la información y formular qué quiere, qué desea y cuáles son los “problemas de

---

<sup>24</sup> Durante los actos por el 25 de Mayo de 2018, una cámara televisiva retrató como el ex presidente no supo hacer la señal de la cruz durante el rezo, lo que generó razones para la burla en medios de comunicación y redes sociales.

<sup>25</sup> Durante una cena televisada en vivo en el programa de Mirtha Legrand –y reproducida luego en la mayoría de los medios de comunicación- Macri dio una cifra exageradamente incorrecta cuándo le preguntaron cuanto era el valor de la jubilación mínima, vital y móvil; en el contexto de una batería de críticas que la anfitriona de la cena le realizaba.

la gente”. El diagnóstico de la principal usina del pensamiento del ex gobierno partía de una suerte de predicción digital: exploraba –y luego explotaba- las formas de subjetivación que suponen las dinámicas virtuales que afectan a lo público (*trolls*, comentaristas de internet, insultadores de twitter o *likers*). La Big Data permitía entender no sólo aquello que la gente compraba, sino lo que compraría en el futuro: no sólo lo que votó, sino lo que votará; y allí estaba la clave de la destrucción que el cambiemismo quería aplicarle a todo el arrastre de símbolos de una “política tradicional” que, según su criterio, ya no le hablaba a los individuos-consumidores globalizados de la nueva era. No casualmente algunos autores/as hablaron de Cambiemos como un “partido de redes” (Montero, 2018a, p.43; Castro Rojas, 2019, p.104).

La “representación” cambiemita se orientaba, en este sentido, a derribar intermediarios, lógicas, a las que nos tenían acostumbrados “viejas” formas de representación: sindicatos, iglesias, partidos, etc. Su innovación o aporte consistía en cierto *vaciamiento* del lugar del poder formal: des-corporeizar la condensación entre saber, ley y líder fuerte. Su lógica era una lógica de figuras, de marcas, como en las empresas (*Mauricio* y no Macri, *Mariu* en lugar de Vidal; *Horacio* y no Rodríguez Larreta). La innovación del liderazgo cambiemita consistía, sobre todo, en una sutil operación que hacía aparecer a sus figuras como circunstanciales ejecutores de algo que estaba en otro lado: *el mundo, los mercados, las inversiones*. Su aporte era el desembarco de lo privado en las costas de lo público (Souroujon, 2019, p.34): valores, prácticas y virtudes propias del ámbito privado que pasaban a erigirse como principios de legitimidad desde los cuales medir el accionar público, donde la presentación de rasgos de bondad y sensibilidad emocional funcionaban como atributos de liderazgo. De allí que la «nueva política» podía pedir perdón o argüir “errores” ante tarifazos y aumentos de precios. Era la moralidad imperante entre las personas de buenas intenciones. Era una propuesta de liderazgo en equipo pensada para “escuchar a los argentinos y ayudarlos a ser felices”, según reiteraba el slogan de la campaña de 2015.

La nueva política, en este sentido, podía entenderse como una especie de nueva gramática: no era de izquierda ni de derecha, en los términos duranbarbianos. Olvidaba y despreciaba el caudal de símbolos a que estamos habituados. Vaciaba los billetes de próceres para poner flora y fauna de un país que ofrecía su naturaleza y turismo al mundo. Podía pensarse como la antesala a la emergencia de elementos agregativos de una búsqueda identitaria porque abandonaba el campo de batalla de los “viejos símbolos”. La nueva política no proponía cerrar Tecnópolis, sino abandonar sus instalaciones y robots (mediante recortes de presupuesto) por un cierto tiempo. La nueva política proponía un baile de cumbia en el balcón de la Casa Rosada porque no aspiraba a emular a Perón ni a

Alfonsín, sino a olvidarlos. Y requería de otros slogans que no por insustanciales eran menos trascendentes en su afán de desdibujar las tramas socio-históricas. Por ejemplo, la Alegría.

### **La Revolución de la Alegría**

El baile al compás de una melodía de Gilda, la multiplicidad de globos, las ropas descontracturadas y la música *pop* en los mítines cambiemitas suelen tomarse como actos meramente grotescos del inicio del gobierno de Mauricio Macri. El “concepto” de Revolución de la Alegría fue introducido por Cambiemos durante las semanas previas a la primera elección presidencial que afrontó y fue una de las patas de aquella nueva política que venía a “cambiarle la vida a la gente”. Era una suerte de valor que operaba como distanciamiento respecto del militante político tradicional acostumbrado a sostener un discurso agobiante, combativo, pesado... triste; según la narrativa cambiemita.

La Alegría era, entre otras cosas, una solución duranbarbiana a la crisis de la representación política: un nuevo pacto de confianza entre representantes y representados, un nuevo momento fundacional quince años después de la crisis del 2001 y el “que se vayan todos”; una nueva esperanza de aquellos que se sentían fuera del orden kirchnerista, pero también una apelación universal (¿quién puede oponerse al valor de la alegría?): la alegría del 2015 era una puerta de entrada a una promesa de “transformación” que “merecía” ser “vivida y disfrutada” ante el agobio de la batalla cultural y los discursos duros del kirchnerismo. Una cualidad distintiva, un valor que distinguía al cambiemismo en su cosmovisión de la vida y que por dicha cualidad, invitaba a todos y todas a sumarse a su inmanencia. Porque era otro “fiel” reflejo de la sociedad posmoderna: invitaba a “dejar atrás”, a “disfrutar la vida” y “ser feliz”, a “desprenderse” y “soltar”, según rezan los slogans de la espiritualidad *new age*<sup>26</sup>. Un significante que cada uno podía dotar con sus propios contenidos y biografía.

---

<sup>26</sup> Los movimientos del *new age* –principalmente el neo hinduismo– apuntan a la reducción de las angustias y el stress de la vida urbana (nunca hay que pensar en negativo porque eso “atrae energías negativas” reza su filosofía). No casualmente esta cosmovisión religiosa es practicada entre las clases medias y altas argentinas: la filosofía neo hinduista estima la prosperidad económica y la obtención del confort personal como símbolos de la plenitud espiritual (reflejo de la acción del *karma*). Concibe a la riqueza económica no como el resultado de relaciones sociales, sino como parte del conjunto de “cualidades” que son el resultado de una serie de decisiones que fueron iniciadas por el hombre a través de una acción intencionada cualquiera; lo que hace de la distribución desigual de la riqueza una suerte de orden natural de las cosas. Tanto Macri como muchos eyectados del Colegio Cardenal Newman que pasaron a ocupar puestos de gobierno eran adeptos a estas filosofías (Guaglianone, 2017; Lindner, 2017; Cerruti, 2010).

La Alegría era parte de esa señalética de una nueva forma de liderazgo: un chiste del Presidente en medio de una cumbre con las potencias mundiales (La Política Online, 2017, Om11s), una invocación a rezar por parte del Ministro de Medio Ambiente ante una ola de incendios en Rio Negro (*Para el verano, lo más útil que podemos hacer es rezar*, 2016). La inmanencia de la Alegría tenía la potencia de interrumpir, negar la temporalidad de las tramas históricas: una suerte de amnesia en torno al pasado que sabe crear la sensación de haber “inaugurado una nueva era de redención, en la que todas las antinomias solo pueden reconciliarse” (Barberis, 2020, p. 23). El artificio de la «revolución de la alegría» apelaba a olvidar y subestimar las fracturas de la sociedad argentina: a no pensar en la grieta. En este sentido, era un elemento “agregativo” que apelaba a fundar nuevas identidades nacidas tanto de la supresión de identidades previas como de la racionalidad con que habitualmente escrutamos lo político. Un elemento agregativo que invitaba a constituir un “nosotros” muy peculiar: anclado en la felicidad individual que desconoce las grandes narrativas del conflicto social (un *collage* de relatos de optimismo individual), el nosotros cambiemita se basaba en una felicidad de micro-historias, en un mero presente (como la felicidad de las redes sociales); no en uno que arrastre luchas, pasado, grandes discursos; porque ese tipo de felicidad obligaría a introducir fragmentos de otras temporalidades y desanclaría la felicidad unificada en tiempo y espacio que implica todo acto de identificación que se pretende feliz y revolucionario al mismo tiempo.

Las grandes epopeyas empiezan en historias mínimas (“el cambio empieza por uno” reza parte de la espiritualidad dominante), por ello se debe mirar hacia adelante, “no pensar demasiado” (grita otro de los slogans de la espiritualidad contemporánea): que el individuo emprenda y viva con alegría. El periodismo oficialista de la época, no casualmente, comenzaba sus editoriales abandonando su habitual seriedad y poder de *accountability*: “Hay algo de lo que estoy absolutamente seguro. Todos los días hay una buena noticia”, decía Alfredo Leuco; “¿está mal contar buenas noticias?”, preguntaba la periodista oficialista Mariana Fabbiani (DR, s.f., 3m17s).

Como toda Revolución, la de la Alegría invitaba a despertar subjetividades ansiosas de lo fundacional (¿quién no desea “superarse” o “encontrarse” a sí mismo? ¿quién no desea dejar atrás “la mala onda”?). El slogan de la Revolución de la Alegría, en este sentido, es el mejor dispositivo de la amnesia: rompe y genera la ilusión de quebrar el pasado inaugurando su año cero. Por ello a partir de 2018; cuando la realidad de un dólar alto, pérdida de reservas, aumento del desempleo, inflación e indicadores económicos alarmantes castiguen al Gobierno; este podrá seguir apelando a un mundo de felicidad, aunque ahora con el argumento de que la alegría “se postergará”: en la metáfora del ex jefe de Gabinete, habrá que “terminar de cruzar un río, un río con muchos riesgos”. En palabras

del ex presidente, será “un camino largo, pero es el que nos lleva a la felicidad” (Walter PV HLVS !, 2019, 1m43s).

Como toda Revolución, la de la Alegría también tiende a la centralización del poder simbólico: hace de este dispositivo una propiedad exclusiva de Cambiemos, de su *ethos*, y acrecienta su poder pues le extirpa su uso a otras derechas. Hace de la alegría su pertenencia como otras revoluciones hicieron de sus consignas. Y lo curioso es que en la potencia amnésica de la «nueva política» y la alegría, Cambiemos logra vaciar los orígenes - la historia- de su clase. La alegría logra que los Macri, los Rodríguez Larreta y Caputo, los Bultrich Luro Pueyrredón y los Braun, vacíen el bronce de su clase, transfiguren sus orígenes rentistas de protección estatal, patricios y oligárquicos; en relatos de exitosos servidores públicos emergidos al calor de méritos competitivos provenientes del más variado mundo. Un dispositivo que alimenta el mito de los Marcos Galperin y las empresas de *garaje*: el mito del sujeto que se hizo empresario desde su lugar de emprendedor, un capitalismo que empieza con una mínima inversión y finaliza en el imperio de Mercado Libre.

La Alegría logra, paradójicamente, que esa promesa aspiracional no demande concretarse en lo inmediato (como no demanda pruebas del mérito al staff gobernante): su potencia radica en que es un horizonte de éxito, un camino, antes que una realidad del presente (Canelo, 2019, p.34). Debe ser concebida, a nuestro juicio, como el bastión emocional indispensable para propender a una *tabula rasa* de las memorias sociales (en sus globos, sus colores y su estética no hay mates, gauchos, *descamisados*, grandes ex presidentes ni tango: no hay símbolos de la argentinidad), y su mayor contribución es ayudar a formar el ideal arquetípico del emprendedor-empresario como el modelo de subjetividad ideal.

### **El emprendedorismo (y la meritocracia)**

En aquella auto-presentación de Cambiemos como el intérprete del nuevo orden mundial, este no sólo se autodefinía como el mejor relato de lo social (una práctica muy en boga dentro de la política contemporánea), sino como el más apto para entender y resolver los problemas contemporáneos de “la gente” (informalidad laboral, desindustrialización, nuevas modalidades de trabajo, nuevas tecnologías que afectan a la cotidianeidad, etc.). Se proponía ser el relato más optimista de la globalización ofreciendo un ingenioso imaginario del mundo laboral destinado al más variado espectro de sujetos sociales: emprendedores, jóvenes, desencantados, trabajadores *part time*, consumidores, vecinos... “gente como uno”.

En sintonía con ese aura de partido que ofrecía una nueva política y que entendía las demandas del ciudadano contemporáneo (todo lo cual era efectivamente trabajado mediante técnicas comparativas de *Focus Group*), la narrativa de Cambiemos se articulaba en torno a dos imágenes arquetípicas que operaban como rupturas en torno a identidades pasadas: por un lado, la figura del emprendedor como un sujeto social que reflejaba el aspiracional modelo de individuo moderno que compete, se asocia y emprende asumiendo riesgos para convertirse en “empresario de sí mismo”; y por el otro, la figura del CEO: ese sujeto rico, exitoso y consagrado que condensa los méritos de un “nuevo” empresario, cuyo liderazgo se opone al viejo modelo de empresario de grandes corporaciones; cuyo ímpetu “emprendedor”, “eficiente” y “transparente” se opone al viejo modelo de burguesía nacional familiar con protección estatal, etc. Bajo aquellas dos figuras, Cambiemos montaba un imaginario optimista en torno al estadio del capitalismo contemporáneo, enfatizando los valores de la creatividad y la imaginación emprendedora, apostando a un proceso de individuación que rompía la clase, y que hacía de todos los hombres y mujeres hacedores de su destino por mérito propio: los deslocalizaba de la “casta” (Rodríguez, 2019, p.133).

El mito de la *Meritocracia* como parámetro de justicia para medir las formas en que se organiza y distribuye nuestra vida fue introducido por Cambiemos como parte central de su propuesta de cambio cultural. La meritocracia constituía una herramienta poderosa tanto por su apelación a un criterio de lo justo muy extendido en nuestros días (legitimaba las lógicas dominantes en torno al sacrificio, la recompensa y el goce crecientemente individualizado de nuestras sociedades), como por su reminiscencia a un mito muy expandido dentro de la memoria colectiva argentina: el mito de los inmigrantes europeos que en búsqueda de progreso y ascenso huían de la pobreza a fines del siglo XIX para alcanzar (mediante una férrea “cultura del trabajo”) el ascenso social. En tal dirección, ancló en el sentido común de amplios sectores de nuestra sociedad: funcionaba como dispositivo de distanciamiento respecto de los argentinos de *tono moreno* que “viven del Estado” y a su vez operaba como herramienta de homogeneización interna entre los argentinos que consideran que su progreso “depende de sí mismos”: como cualquier regla de justicia, apelaba a un criterio colectivo que debía ser compartido (aunque ese compartir fuera minoritario y selectivo). Equidad e igualdad, en este sentido, se reconvertían bajo los postulados meritocráticos: todos tienen la “igual oportunidad” de trabajar y de alcanzar el “éxito” (“el que no trabaja es porque no quiere” reza el proverbio de la Argentina Blanca). Ello explica porque Cambiemos se atrevió, entre otras cosas, a decretar una eliminación de pensiones y subsidios destinados a personas con capacidades diferentes, aunque posteriormente debiera dar marcha atrás.

Detrás de aquel ideal basado en el imperativo de que se tiene aquello que se merece por trabajar y esforzarse (independientemente de las condiciones en que esto se realice e independientemente de la nacionalidad, la raza, el género), muchos funcionarios de Cambiemos construían una narrativa mediante la difusión de imágenes que operaban como “ejemplos”: la ministra de desarrollo social Carolina Stanley felicitaba a un trabajador desocupado que “abría una parrilla” con elementos precarios a la salida de una obra en construcción y la diputada Natalia Villa a una jubilada que debía trabajar para sostenerse porque, según sus perspectivas, estos sujetos “entendían” lo que significaba la cultura del trabajo (Canelo, 2019, p.33, p.86). Estas microhistorias funcionaban como apoyaturas al imaginario de la promesa aspiracional anclada en la figura del sujeto-emprendedor: cualquiera podía convertirse en empresario de sí mismo, pues los emprendedores son individuos en estado puro. Como rico o como pobre, como *hobby* o como salida para paliar la desocupación, “cualquiera” podía emprender (autogenerarse su propio empleo) con creatividad e innovación para salir de la pobreza, alcanzar el “éxito” o contribuir a la auto superación individual. La figura del emprendedor lograba así desdibujar la distancia entre las clases sociales y dar la sensación de pertenecer a una suerte de clase media universal (una *sociedad de vecinos*) donde cualquiera podía ascender en cualquier momento dependiendo del mérito que haya realizado; donde el éxito y el fracaso debían concebirse como parte de las responsabilidades inherentes al ámbito individual.

### **El (neo) liberalismo de Cambiemos**

Para entender la gravitación ideológica del neo-liberalismo en Cambiemos partimos de lo siguiente: en el corazón de su proyecto hay un conservadurismo económico anclado en la idea de que aplicar políticas que beneficien al capital se trasuntará en beneficio social. Una presunción que adhiere al núcleo central del neo-liberalismo pero que tendrá la peculiaridad de presentarse bajo un aura de proyecto “modernizador” (Tereschuk, 2018) y de servirse esporádicamente de nociones del liberalismo (Schuttenberg, 2018). Tanto uno como otro se articularán de manera un tanto conocida: trayendo imágenes de un “primer mundo” donde se respetarían las libertades individuales, económicas, de prensa y asociación; y al que deberíamos copiar. Se reitera una vez más la condición de “atraso” de nuestros países y se propone un relato “de avanzada” hacia donde deberíamos ir, por eso la importancia de confiarle los destinos del país a CEOs, gerentes, managers, Juniors, ejecutivos.<sup>27</sup> Una estrategia que no representa novedades, pues la idea de que una elite de

---

<sup>27</sup> Por citar algunos ejemplos, Susana Malcorra, primera canciller del Gabinete de Macri, había sido ejecutiva de IBM. Mario Quintana y Gustavo Lopetegui, los coordinadores de políticas públicas, habían sido consultores de McKinsey; Juan José Aranguren, el primer ministro de Energía, era CEO de Shell antes de asumir su función

notables cuya experiencia en el mundo de las grandes empresas y corporaciones –muchas de ellas provenientes del exterior- se *mete* o *baja* a la política para encauzar los destinos del país y “modernizarlo”, ha sido corriente entre las perspectivas tecnocráticas de la década del ‘60, ‘70 y ‘90 (O’Donnell, 2011, p.105).

En Cambiemos todo aquel mantra no constituye un *corpus* coherente y normativo de ideas sistematizadas, sino más bien una amalgama de frases, memorias y empalmes. El aura de “modernización”, por ejemplo, se edificaba mediante imágenes e intervenciones donde siempre había una referencia al ansiado “país normal” que se imponía como meta (y sobre el cual no se explicitaban los contenidos). El argumento nodal del neoliberalismo contemporáneo (basado en la idea de que una desregulación del mercado inclinada en beneficio del capital debe constituir la prioridad de la política) tenía defensores acérrimos en algunos personajes: Federico Sturzenegger en el Banco Central o Carlos Melconión en el Banco Nación, por citar dos casos. Por momentos el neo-liberalismo cambiemita se atemperaba tratando de recoger retazos imaginarios de los tiempos dorados del liberalismo de la generación del ‘80 del siglo XIX (como cuando Macri decía que Argentina debía volver a ser el “supermercado del mundo”, rememorando su rol de proveedor de materias primas dentro de la *División Internacional del Trabajo*). Por momentos constaba del elogio a las políticas de los ‘90 del siglo pasado (sobre todo a sus privatizaciones y desregulaciones) y por momentos se trataba sin cortapisas del contemporáneo recetario neo-liberal de políticas basadas en la combinación de ajuste social y concentración de la riqueza eliminando retenciones a las exportaciones e impuestos a la minería, desmantelando los subsidios y liberando el tipo de cambio como formas de “estimular” la inversión y el “derrame” de la riqueza sobre el resto de la sociedad.<sup>28</sup> Una lógica invertida –o complementaria- a la del emprendedorismo. Iba desde la gran empresa a la pyme. De la multinacional al comerciante.

Con la proa puesta en la normalización, el gobierno macrista hablaba siempre de “volver al mundo”: volver a tomar estrecho contacto con el capital financiero internacional, basándose en la convicción de que liberalizada la economía de las trabas estatales, vendría la “lluvia de inversiones”. Volver al mundo era una forma de tender ese puente al modelo de país donde reinaría el libre y pacífico intercambio de los agentes económicos sin la interferencia estatal. Era una estrategia pensada para alcanzar la libertad que según dicha concepción reinaba en los países modernos, aunque en Argentina coincidiera

---

pública. Ricardo Buryaile, el Ministro de Agricultura, había sido el Presidente de CRA (Confederaciones Rurales Argentinas)

<sup>28</sup> Estas cuatro medidas estuvieron entre las primeras reformas del gobierno de Mauricio Macri. Todas conducidas por el ex ministro de economía Alfonso Prat Gay.

transitoriamente con un ingreso desregulado de bonistas y no con inversiones en la economía real (bonistas que le compraban deuda al estado y trocaban dólares por pesos, lo que permitía –a costa de un incremento de la deuda en dólares- sostener relativamente bajo el precio de la moneda estadounidense). Volver al mundo era una clave o señal para entender un conjunto de sub-políticas optimistas orientadas a la lluvia de inversiones: blanqueo de capitales (incluso para funcionarios públicos o familiares de los mismos), disminución de impuestos a las grandes fortunas, libertad de movimiento a las remesas y ganancias de las grandes empresas.

La concepción de libertad cambiaria se enmarcaba dentro del marco conceptual de la idea neoliberal del Estado: cuando Macri y el *staff* gobernante hablaban del Estado, hablaban de un Estado en vías de achicamiento que sólo debía generar condiciones propicias al clima de negocios realizando obras de infraestructura para brindar soporte a las futuras inversiones privadas.<sup>29</sup> Apuntaban, en su relato, contra el gasto público comprometido en planes sociales, protección de empresas y coberturas ligadas a conquistas sindicales (a las que llamaban “privilegios”) pero presumían de su inversión en cloacas, pavimentación y rutas.<sup>30</sup> Ese enfoque neoliberal no era, igualmente, anti estatista. Criticaba la gestión de Aerolíneas Argentinas pero no llamaba a una privatización de la línea de bandera: promovía vuelos *low cost* arguyendo que estimulaban el “desarrollo” y la “competencia”. Y era “gradualista”, porque entendía que una ortopedia como la de los ‘90 emprendida por una coalición no peronista, conduciría al fracaso (Macri, 2021).

Parte de esta estética heterodoxa se sostenía por el aparente carácter socialdemócrata (y no-ortodoxo) de su primer ministro de economía: Alfonso Prat-Gay. Una imagen que alimentaban voceros de la pata radical de la alianza (Graciela Fernández Meijide y Mario Negri a la cabeza) y que se complementaba con el aparente aura desarrollista de cierto sector del Gabinete (Rogelio Frigerio en primer lugar). Las imágenes desarrollista y socialdemócrata esenciaban una operatoria con diversas facetas: develaban cierta división interna en relación a los horizontes ideológicos del gobierno, desnudaba la incorporeidad de su discurso y menguaba la proa neo-liberal del gobierno. Como si hicieran

---

<sup>29</sup> Apenas asumido el gobierno, Cambiemos difundió un documento llamado *El estado del Estado* donde realizaba un diagnóstico de lo que llamó “la pesada herencia”. El mismo se centraba en el “hallazgo” de que el Estado no había parado de crecer ni brindaba mejores prestaciones desde 2001. Según el documento difundido por el ex ministro de modernización Andrés Ibarra, el período 2003-2015 se caracterizaba por un exceso de controles y trabas, un abuso de las restricciones y los mecanismos burocráticos que complicaban el comercio internacional, reduciendo las exportaciones, las importaciones y el saldo comercial (Schuttenberg, 2017a).

<sup>30</sup> En pleno intento de la oposición por sancionar la Ley de Emergencia Social ante el crecimiento del desempleo y la pobreza, el ex ministro del interior Rogelio Frigerio afirmaba que el gobierno estaba realizando más de seis mil obras públicas en todo el país para “aprovechar las futuras inversiones” (eltrece, 2016, 51m38s).

del neo-liberalismo de Cambiemos un neo-liberalismo *soft*: un *corpus* de ideas lo suficientemente flexible como para referenciarse tanto en consignas del liberalismo decimonónico como en recetarios desarrollistas del siglo veinte. Como si esta amalgama le permitiera al partido dominante de la Alianza escudarse en una agenda más institucionalista orientada a las libertades civiles y de prensa, integrando su programa con medidas de corte “liberal” basadas en la restitución de derechos y garantías constitucionales: el oficialismo defendía la derogación de la Ley de Medios de comunicación audiovisual (y por ende un instrumento que pretendía regular el otorgamiento de cables y licencias al Grupo Clarín), arguyendo que con el nuevo ente autárquico se decretaba “el final de la guerra del Estado contra el periodismo” y una puerta de entrada a la “mayor libertad de expresión” y el “pluralismo” (explícito on line, 2015, 0m10s; *Ratifican derogación de la Ley de Medios*, 2016).

En ese “liberalismo” cambiemita no faltaron las reminiscencias a Arturo Frondizi y a Raúl Alfonsín, pero como era de prever, esos símbolos ingresaban problemáticamente dentro de su narrativa: encajaban incómodamente porque Cambiemos promovía los relatos del capitalismo sin acompañarlo con el consumo popular o la industrialización sustitutiva. La “modernización” basada en el guion del emprendedorismo poco tenía que ver con un modelo basado en la industrialización acelerada como había sido el desarrollismo de los ´60. El securitismo punitivista de reprimir protestas sociales poco tenía que ver con la primavera democrática y el discurso de los derechos humanos de los ´80. El “liberalismo” cambiemita era uno que enfatizaba retóricamente los aspectos relacionados a la libre empresa y el libre-mercado pero que luego se quedaba en la puerta de los derechos sociales (el debate por la ley de interrupción voluntaria del embarazo en 2018 evidenciaría este desfase). Su memoria no hallaba lugar y hasta la Generación del ´80 terminaría por serle esquiva, aunque Macri rescatara la visión geo-estratégica de Julio Argentino Roca. Se podría pensar que la «nueva política» le impedía revolver los nudos de un discurso que en su perspectiva figuraba como añejo.

### **El Republicanismo de Cambiemos**

División de poderes, independencia de la justicia, transparencia y no-corrupción: cuatro pilares de una noción de República que las principales fuerzas del cambiemismo se apropiaron desde los días de la ´125 como forma de antagonizar contra “el populismo”. Una bandera cuya sustancialidad radicaba en la cantidad de tiempo que llevaban flameándola: desde el año 2008 la UCR, el PRO y la Coalición Cívica coincidían en torno a un discurso que enfatizaba en la falta de institucionalidad del país, visualizable según esta perspectiva en la Ley de Medios, la alianza internacional con Venezuela, la política de derechos

humanos y las políticas de cambio al orden judicial que impulsaba el kirchnerismo (como ser el nuevo sistema de conformación del consejo de la magistratura). El republicanismo era una bandera más aglutinante porque, a diferencia de otras, esta no se patentaba como exclusividad del macrismo: su principal guardiana y portavoz era Elisa Carrió, quien luego de las elecciones de 2007 y la consecuente reconfiguración de su partido Afirmación para una República Igualitaria (ARI) emprendería un desplazamiento desde el progresismo hacia la centro-derecha, embarcándose en lo que llamaba la defensa del Estado de Derecho contra el autoritarismo de las “mafias peronistas” (Schuttenberg, 2017b).

El republicanismo cambiemita era un elemento con fuerza dentro de su regeneracionismo. Una suerte de bandera de la “ortopedia moral” (Canelo, 2019, p.46) que su cambio cultural propulsaba. Un elemento que, como sabemos, no carece de tradiciones: se puede hallar republicanismo en el antirrosismo de Sarmiento, en la *Carta Republicana* de la “Revolución Libertadora” y en el anti menemismo de los ´90. En todos los casos, su uso encontraba cierta equivalencia útil al cambiemismo: una clave política para oponerse a las experiencias populares (sean estas de derecha o de izquierda), una impugnación a la demagogia y el autoritarismo, una contraseña para oponerse a la “corrupción” y el “caudillismo” de ciertas experiencias políticas. Cambiemos llegaba, como dijera su primer ministro de economía Alfonso Prat Gay, para evitar que el país se “deje cooptar cada diez años por un caudillo que viene del norte o del sur [dado que] somos una nación con un nivel superior de educación respecto de otros países de la región” (PA Video, 2015, 0m11s). Un republicanismo que, como se ve, retomaba la perspectiva elitista, racista y civilizatoria decimonónica que venía a contrapesar la “barbarie” del interior.

El republicanismo cambiemita nació y se ejerció mediante una retórica basada en la desconfianza hacia el poder concentrado y en la moralización de la política. Su primer aspecto se legitimará, sobre todo, en la proliferación de procesamientos y causas judiciales a ex funcionarios en los cuales el gobierno se jactaba de “no intervenir”. Su segundo aspecto se fortalecerá en la auto-percepción “virtuosa” de su staff gobernante: gente “honesta”, “sin (grandes) causas de corrupción”, con capacidades para negociar y gobernar hallando consensos mediante un debate público que no requeriría abusos de poder. Una épica que resistirá las más flagrantes contradicciones: Macri podrá nombrar dos jueces de la Corte Suprema por decreto y legitimarse en el temor de que un Congreso mayoritariamente peronista le bloquee su proyecto de “normalización” de la Corte (Macri, 2021, p.34). Una integrante de la alianza gobernante denunciará mesas judiciales mafiosas donde hay amigos del poder involucrados –como hacía Elisa Carrió contra Daniel Angelici- y esto se traducirá en una garantía de “honestidad”. Como si el gobierno tuviera sus propios

contrapesos para respetar la división de poderes de una buena república. Como si en el ejercicio de su gobierno estuviera *La República*.

Como todo en Cambiemos, el republicanismo también padecía una suerte de *aggiornamento*. Su vocación regenerativa –su virtud- se basaba en educar a la sociedad en los valores del esfuerzo, la austeridad y la paciencia, complementado en el ejercicio de gobierno “no demagógico” que decía “sincerar” los precios reales de la economía (Galliano, 2017). El mito del *civis* republicano cambiemita aparecía alimentado entre sus marchas multitudinarias al estilo #1A, allí donde fortalecía su concepción de representante de clase media universal, allí donde multitudes que ocupaban el espacio público decían defender la república de amenazas “autoritarias”. Allí donde las consignas se basaban en defender un sistema político que se mostraba orientado a fortalecer la discusión y el debate público “civilizado”; allí donde se hablaba de justicia, libertad, parlamento y formas de ejercer el poder<sup>31</sup>. Como si en esas marchas se fortaleciera –se articulara- la participación de aquel nosotros implícito en la búsqueda identitaria. Un nosotros que coincidía –tomando la metáfora kantiana- con la identidad de ciudadanos *independientes*: ciudadanos blancos, propietarios, calificados, que critican la dependencia (la minoría de edad) de aquellos que viven de las “prebendas del Estado”, de la tutela de otro, de aquellos que según su perspectiva sólo responden al liderazgo impuro de algún caudillo que pretende “eternizarse en el poder”.

### **La dimensión de interioridad**

Nueva Política (y sus presupuestos de la Big Data y el Focus Group), Alegría, meritocracia, liberalismo y republicanismo. Cinco elementos con los cuales Cambiemos se presentó a sí mismo y que eran pasibles de apelar a una interioridad identitaria<sup>32</sup>. Una amalgama de aspectos heterogéneos dentro de su búsqueda simbólico-identitaria, muy potentes en la primera mitad del gobierno. Qué fue del destino de estas concepciones e ideologemas luego de la victoria de las elecciones legislativas de 2017 y una vez desatada la debacle económico-financiera del otoño de 2018 será el tema del último capítulo, atisbando un cierre en torno a la pregunta central por las condiciones de posibilidad hegemónicas con que Cambiemos abrió su ciclo político.

---

<sup>31</sup> No es azaroso que durante esas marchas el ex gobierno realizara un uso más reiterado de la palabra república o se jactara de su virtud para sobrellevar un debate en minoría parlamentaria alcanzando acuerdos con la oposición.

<sup>32</sup> Para una definición conceptual de la dimensión de interioridad identitaria, véase el Capítulo 1, página 15.

## Capítulo IV

### La elección de 2019

El lunes 12 de Agosto de 2019, horas después de que la alianza oficialista quedara rezagada en segundo lugar con un 32 % de los votos ante una coalición opositora que obtuvo casi el 48 % en las elecciones Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias (PASO) de aquel año, el ex presidente Mauricio Macri brindaría una conferencia de prensa que sería recordada por una espiral retórica donde imperó el enojo ante los resultados electorales.

A partir de lo que pasó hoy en los mercados [por referencia a la disparada del dólar], las cosas no van a mejorar [...] Lo que todos tenemos que entender es que el problema mayor que tenemos todos los argentinos es que la alternativa al gobierno, la alternativa kirchnerista, no tiene credibilidad en el mundo. Es algo que yo se los vengo contando hace tres años y medio.

Estamos convencidos de que si seguimos haciendo lo que estamos haciendo, aunque nos haya costado tanto, nos espera un gran futuro [...] Si volvemos al pasado, después vamos a tener que volver a empezar de cero, todo [...] y nunca estuvimos tan cerca de cruzar este río. (Televisión Pública Noticias, 2019, 2m5s)

Aquella intervención condensaba a la perfección el diagnóstico que el Gobierno solía utilizar en sus últimos años para responder a las críticas por la gestión: *el Mundo y los Mercados* temían en apariencia por el retorno de una alternativa populista; la elección de 2019 se dirimía entre una modalidad de crecimiento ficcional e “irresponsable” *versus* las bases reales de crecimiento que en teoría Cambiemos había impulsado. Se responsabilizaba a la oposición por los “traspies” que aquejaban al gobierno en su intento de integración al mundo y su búsqueda de progreso; y se reiteraba que el camino elegido era el único. No era aconsejable, en tal visión, desperdigar tanto esfuerzo (“nunca se estuvo tan cerca de cruzar ese río”).

Aquel tono paternalista de un presidente que “le venía contando” a la sociedad lo que podía sucederle si se enfadaban los mercados, obturaba la empatía que había caracterizado las múltiples formas de interpelación horizontal y alegre que se recuerda de

las campañas cambiemitas de 2015 y 2017. Atrás había quedado la batería de elementos apelativos a la felicidad, y en su lugar imperaba un conjunto de metáforas referidas al sacrificio que la sociedad debía realizar para aguardar los brotes del crecimiento (Canelo, 2019, p.36). La dualidad originaria de Cambiemos (aquella que combinaba el fundacionalismo antagonista con las pretensiones universalistas) se había trasuntado en un conjunto de consignas que sólo daban cauce al primero de los movimientos: «Pasado vs. Futuro», «Alternativa Populista vs. Mayor Democratización», «Ficción vs. Bases reales de crecimiento» y la más antagonista de todas (aquella que surgió luego de las elecciones primarias) «Autoritarismo vs. República», en todas las cuales la fuerza liderada por Mauricio Macri encarnaría el segundo polo. El único resabio de la pretensión universalista parecía radicar en la disolución de la marca Cambiemos y su reemplazo por la leyenda *Juntos por el Cambio*. Una modificación que apelaba tanto a renovar el aire de un vapuleado gobierno como a consumir el postergado deseo de contener una *pata peronista* dentro de la alianza: esto se lograría con la inserción de Miguel Ángel Pichetto (un histórico jefe de bancada oficialista del kirchnerismo en el Congreso) como candidato a vice dentro de la fórmula presidencial que lideraba Mauricio Macri.

Lo paradójico de este proceso fue que la coalición gobernante (que había barajado la posibilidad de constitución de un Frente antikirchnerista más amplio en 2015 y que repetía este intento cuatro años después), ahora veía cómo en 2019 quienes sí efectivizaban la conformación de un Frente Opositor eran las distintas extracciones del peronismo: el 18 de Mayo de 2019 Cristina Fernández anunciaba en un video que no iba a ser candidata a presidenta pero que iba a presentarse como vice de Alberto Fernández, un referente clave del espacio de Sergio Massa desde el 2013 y un ex funcionario del kirchnerismo que se había convertido en una voz crítica de aquel. Poco después el Frente Renovador (la fuerza política que el macrismo quería traccionar a sus costas) terminaría dentro de la coalición en ciernes y Sergio Massa apoyaría la fórmula del peronismo unido encabezando la lista de precandidatos a diputados nacionales del llamado *Frente de Todos*. Fuerzas provinciales peronistas, gobernadores, sindicalistas (Hugo Moyano a la cabeza) y otras organizaciones dieron su apoyo al Frente: el fantasma del peronismo unido (el lugar de lo Otro) ahora no se hallaba sólo en el discurso de Cambiemos, sino que encontraba cuerpo. La única expresión del universo peronista que quedó fuera de este acuerdo fue la representada por Roberto Lavagna y Juan Manuel Urtubey (quien a última hora recibiría una oferta del PRO para que acompañase la fórmula oficialista junto a Mauricio Macri). Ambos conformarían una fórmula presidencial para competir en las elecciones PASO de 2019.

Ante el resultado electoral adverso (y en el marco de una grave recesión económica que afectaba al país desde hacía dos años) el gobierno optó por la estrategia de dirigirse

exclusivamente a los convencidos: usufructuó los efectos de una marcha “auto convocada” en redes sociales para el 24 de Agosto cuyas consignas y cuya estética eran una radicalización de la marcha del #1A dos años antes.<sup>33</sup> “Mauricio no se va”, “No queremos ser Argenzuela”, “No vuelve la yegua”, “No vuelven Más”, “Defendamos la República” (Levy, 2020, p.202). Esa convocatoria multitudinaria que se replicaría en las principales ciudades del país sería el puntapié para una campaña que se denominó la “Caravana del Sí se puede” o “Marcha del Millón”, donde el gobierno recorrería ciudades y provincias de cara a las elecciones de Octubre mediante caravanas donde se alternaban los oradores, con el habitual cierre de discursos de Elisa Carrió y Mauricio Macri arengando para alcanzar la épica remontada que llevaría al *ballotage*.

Lo que interesa destacar de dicho proceso no es la encomiable (aunque insuficiente) remontada<sup>34</sup> que Juntos por el Cambio pudo lograr para las elecciones definitivas del 19 de Octubre de 2019, sino la concentración exclusiva de sus discursos en impedir la vuelta del peronismo y en re-despertar la épica de fe que había caracterizado la marcha del #1A dos años atrás: el mantra del “Si, se puede” acompañado por la épica del sacrificio (sonorizada muchas veces en la conocida frase de que “estamos mal, pero vamos por el buen camino”). Un contexto que operó como mecanismo de apoyo y convencimiento ideológico de algunos núcleos sociales que comulgaban con el Gobierno, dando como efecto una campaña en la cual este se desprendía de las consignas más universalistas que apuntaban a la ampliación de las bases identitarias, abundando por el contrario en frases odiadoras, enojo y consignas antagonistas para “defender la república” ante una nueva “amenaza populista”.<sup>35</sup> Atrás quedó la técnica del timbreo, el artificio de la Big Data y el Focus Group para indagar “qué quiere o desea la gente” de cara a la elección. Atrás habían quedado los golpes de efecto de un candidato a presidente que con metáforas futboleras (como las que utiliza la “gente común”) sentenciaba lo fácil que sería bajar la inflación o atraer las inversiones. Más de un apotegma duranbarbiano (como aquel de que a la gente “no le interesa la política”) fue puesto en tela de juicio y la campaña terminaría por hiper-politizarse en torno al aparente combate del “futuro” versus los “setenta años de arrastre peronista” que enquistaban al país en la decadencia. Desde las consignas pro-mercado hasta el intento por

---

<sup>33</sup> Para rever las consignas antagónicas de la marcha del 1 de Abril de 2017, véase Capítulo II, pagina 22.

<sup>34</sup> Alberto Fernández le ganó la elección a Mauricio Macri por poco más de dos millones de votos en la elección general del 27 de Octubre, cuando la diferencia en las elecciones Primarias había sido de casi cuatro millones de votos a favor del Frente de Todos.

<sup>35</sup> En la Marcha del Millón en la Av. 9 de Julio, por ejemplo, hubo muchos muñecos inflables de “Cristina presa” (que eran calcados de fabricación a los utilizados en Brasil durante las movilizaciones contra Lula Da Silva).

recomponer cierta fisura con el *electorado celeste*,<sup>36</sup> todo fue procesado desde una lente antagonista.

En la campaña del #SiSePuede cuesta hallar elementos de unanimismo contenidos en una simbología nacional (más allá de la predominancia de banderas argentinas flameantes en lugar de insignias partidarias en las marchas) como sí lo hubo en las elecciones anteriores. Lo más curioso es que las pretensiones universalistas de la campaña ya no se componían de una radiografía de optimismo en torno a las posibilidades incoadas del desarrollo argentino, sino que por el contrario las potenciales apelaciones a los votantes a-partidarios ahora sólo constaban de retos o advertencias: en plena escalada del precio del dólar, el candidato a vicepresidente Miguel A. Pichetto se retiraba de la conferencia posterior a las PASO aclarando que “no le echamos la culpa a la gente de cómo ha votado, pero sin duda también es interesante que la gente analice los efectos y consecuencias de ese voto” (Televisión Pública Noticias, 2019, 23m10s). Atrapado en esa lógica, Macri deseó salir rápido de aquel contra-manual de la estrategia electoral 48 hs después de las PASO, sin embargo el discurso dominante de *Juntos* ya estaba enquistado en una lógica paternalista y sacrificial donde pese a todo había que postergar el presente: “les exigí mucho [por referencia a los votantes] y lo que les pedí fue muy difícil. Fue como trepar el Aconcagua y hoy están cansados” (Denegris, 2019).

El discurso de campaña electoral de *Juntos* por el Cambio mostraba dificultades infranqueables para reeditar la estrategia electoral de 2017: de los elementos apelativos a la posibilidad de contribuir a una interioridad identitaria el único que parecía indemne era el significante “República”. Este significante era la consigna central dentro de la estrategia de la polarización porque *Juntos* había relocalizado su fundacionalismo allí. Si volvía “el populismo”, los valores republicanos (cristalizados según la perspectiva cambiemita en la independencia de la justicia, la transparencia y la no-corrupción) se pondrían en jaque. El “Volver al Mundo” y la meritocracia, por otra parte, parecían ser significantes precariamente sobrevivientes y puestos en duda. El primero, conflictuado dentro del discurso oficial ante la dificultad de hablar de un *Mundo* donde fluyeran libremente los capitales y los acuerdos de libre comercio (sobre todo luego de la asunción de Donald Trump). El segundo, reconvertido

---

<sup>36</sup> Con esta alusión nos referimos a los movimientos y grupos que se opusieron al proyecto por la despenalización del aborto (que finalmente no obtendría la mayoría en el Senado) durante el invierno de 2018. Luego de esto, los grupos celestes cobraron un fuerte impulso movilizador de la mano de las iglesias evangélicas, llegando a colmar las calles a fines de ese año para oponerse a la ley de Educación Sexual Integral. Antes de la elección General de 2019, Macri, M. E. Vidal y Horacio Rodríguez Larreta leyeron que parte de ese electorado estaba decepcionado con el presidente Mauricio Macri al haber permitido este que se abriera el debate en torno a la legalización del aborto. Para remediar ese lazo, Macri se entrevistó con la autoridad máxima de las Iglesias Evangélicas y Cristianas de todo el país y algunos candidatos locales de Cambiemos se pusieron el pañuelo celeste durante sus actos de campaña.

en una empresa de fe cuyos frutos debieron re postergarse ante la emergencia de una crisis económica desatada en Abril de 2018. No casualmente, las metáforas climáticas o geográficas (“tormentas” y “Aconcaguas”) para explicar la debacle financiera con impacto social comenzaron a utilizarse en el último bienio del gobierno.

Para explicar este naufragio en que se hundió la “solidez” de los elementos que apelaban a una interioridad identitaria así como el revitalizado fundacionalismo antagonista compuesto por metáforas apelativas al sacrificio, iremos sobre los escombros de dos coyunturas. Primero, la semana de Diciembre de 2017 en la cual se sancionó la reforma previsional; y segundo, la última semana del mes de Abril de 2018, cuando una crisis cambiaria jaqueó financieramente al país y el gobierno decidió recurrir al Fondo Monetario Internacional (FMI).

### **La Reforma Previsional: el peronismo como condición de posibilidad e imposibilidad.**

Desde que Nicolás Dujovne reemplazó a Prat Gay en el Ministerio de Hacienda en enero de 2017, un conjunto de tensiones y cambios se avizoraban en el horizonte del gobierno. Se había acentuado cierto debate al interior de la coalición gobernante en torno a la modalidad (“gradualismo” versus *Shock*)<sup>37</sup> de enfrentar los problemas crónicos del país: el “desmedido” déficit fiscal, el histórico déficit externo, las regulaciones y las “elevadas” cargas impositivas (sobre todo para el capital) que afectaban la llegada de las inversiones. Discusiones que no versaban en torno a los objetivos que debía perseguir el país sino a la velocidad, los modos y las secuencias de los pasos a dar. La salida de Carlos Melconián y el ingreso de Gonzáles Fraga a la presidencia del Banco Nación deben ser entendidos en aquel contexto.

Aquel debate permaneció un tanto solapado y reducido al círculo de los economistas a causa de que la opinión pública, los medios de comunicación más importantes del país (muy ligados al oficialismo) y la trama general del relato cambiemita se concentraban en la elección legislativa de aquel año instalando los tópicos de la polarización (“normalidad” vs. “populismo” kirchnerista; “país libre” vs “modelo venezolano”, etc.). Una elección que se

---

<sup>37</sup> El gradualismo estuvo representado por varios actores. Primero, por aquellos que pertenecían a lo que se conoció como el “ala política” del gobierno: el Ministro del Interior Rogelio Frigerio y el ex presidente de la cámara de diputados, Emilio Monzó. Segundo, por el primer Ministro de Economía Alfonso Prat Gay, quien a pesar de sus medidas impopulares, disintió de aplicar un paquete ortodoxo de medidas desde la hora cero. Por último incluimos al ex Jefe de Gabinete Marcos Peña, quien solía distanciarse de las “advertencias” que los economistas duros le hacían en los momentos de mayor tensión del gobierno, aduciendo que lo prioritario era la buena *performance* electoral. Entre los defensores del shock o ajuste brutal, podríamos citar aquellos actores que componían el “ala económica” del gobierno, siendo destacados Federico Sturzenegger (un cuadro involucrado en el famoso Mega canje de la deuda del 2001) y Carlos Melconián (un afiliado al PRO y legendario cuadro del último Menem, que suele militar mediáticamente la importancia de aplicar una drástica reducción del déficit fiscal como condición “necesaria” para que el país “despegue”).

planteaba como plebiscito de la gestión, pero que había ingresado en la pendiente agonal que el oficialismo le había impreso desde la marcha del 1 de Abril de 2017. Jorge Fernández Díaz (2016), un periodista pro-oficialista de la época, sostenía que la elección se jugaba entre partidos “que debían concurrir a las urnas con certificados de ética” porque era esto lo que se estaba disputando en el país.

La victoria cambiemita en las elecciones legislativas de 2017, sin embargo, modificó sustancialmente el escenario, haciendo de aquel tema *tabú* del ajuste un eje central de la agenda. El espaldarazo que significó un global 41% de votos para Cambiemos en todo el país fue leído como el aval a un nuevo y más acelerado rumbo de cambio: el gobierno apostó al abandono de aquel diagnóstico que enfatizaba su debilidad estructural (minoría parlamentaria, resistencia popular e importante cantidad de gobernadores peronistas con quienes se hacía necesario lograr acuerdos de gobernabilidad), para confiar en una perspectiva de futuro atada a un paquete de medidas de índole neoliberal. En octubre de aquel año Macri propondría un nuevo Acuerdo Nacional basado en una reforma previsional que según los cálculos implicaba un recorte de 100.000 millones de pesos para jubilados y beneficiarios de la Asignación Universal por Hijo (Tereschuk, 2018, p.133), una reforma impositiva que centralmente consistía en una baja del Impuesto a las Ganancias para las grandes empresas y por último, la medida que asestaba el *golpe mortal*: una reforma laboral, ese río en el que se habían ahogado todas las anteriores experiencias no peronistas (Seman, 2021, p.247).<sup>38</sup> A ello se sumaba un mega decreto que desregulaba más actividades económicas y el proyecto de Pacto Fiscal cuyo horizonte era el recorte sustancial a la plantilla de trabajadores del sector público de las Provincias. El “refundacionalismo” cerraba con la confianza en obtener el ansiado trofeo de un acuerdo de libre comercio entre la Unión Europea y el Mercosur antes de fin de año.

A diferencia de las primeras medidas de shock de 2015 cuyos efectos serían retardatarios (liberación del tipo de cambio, eliminación de retenciones, pago a los *fondos buitres* y actualización tarifaria) las propuestas refundacionales de finales del '17 eran de impacto social más inmediato, por lo que las voces sindicales y de referentes sociales, así como de los partidos de izquierda y de organizaciones sociales no se hicieron esperar. El Gobierno (que contaba con el apoyo político de importantes sectores del empresariado y el espaldarazo de las urnas) respondía que la reforma laboral se haría a toda costa, “aunque los sindicatos no quieran” (Macri, como se citó en Seman, 2021, p.247). El periplo del “cambio cultural” re-comenzaría con el llamado a votar la Reforma Previsional que sugería

---

<sup>38</sup> El proyecto enviado al Congreso constaba de 145 artículos que proponían la reducción de las cargas patronales, la baja a las indemnizaciones por despido y la desestabilización de los puestos permanentes, abriendo el juego a la mayor tercerización y subcontratación como mecanismos de empleo.

la asesoría del FMI (el cuál había pasado a ser un actor influyente desde que asumió Dujovne) y a fines de noviembre el bloque de Cambiemos (con el apoyo del llamado *Peronismo Federal* compuesto por peronistas no-kirchneristas) ya había logrado media sanción en la Cámara de Senadores.<sup>39</sup>

El 8 de Diciembre de 2017, un heterogéneo arco compuesto por movimientos sociales, sindicatos, agrupaciones kirchneristas, partidos de izquierda, organismos de derechos humanos, estudiantes y docentes universitarios; coincidirían marchando para oponerse a la sanción de la Reforma en Diputados. Esta escena se repetiría (amplificada con más actores de protesta) el 14 de Diciembre cuando se convocó a la sesión oficial de la Cámara. Una serie de incidentes dentro y fuera del Congreso, sin embargo, impidieron la sesión: la oposición dentro del recinto denunció que el oficialismo falsificaba el quórum reuniendo personas que estaban inhabilitadas para votar, varios diputados y diputadas fueron retenidos en las afueras (reprimidos en algunos casos) y la Ministra de Seguridad Patricia Bullrich ordenó un operativo de vallado y blindaje de la Sala “para impedir que ingresen los manifestantes” (*Incidentes y escandalosa sesión en el Congreso, 2017*). El resultado de aquella jornada fue la represión de las fuerzas de seguridad (Gendarmería Nacional y Policía Federal) hacia los manifestantes nucleados en las afueras del recinto, dejando como secuela una decena de heridos (entre los cuales había periodistas) y más de cincuenta detenidos. Desde una moto policial pasando por arriba de un joven en el piso hasta militantes arrojando piedras a la policía; desde cientos de personas con heridas de bala de goma y gases lacrimógenos hasta las acusaciones cruzadas entre legisladores dentro del recinto, todo recorrió las pantallas de televisión del país.

Macri advirtió aquella tarde que de no sancionarse la reforma, le daría luz verde mediante un Decreto de Necesidad y Urgencia (DNU), lo que le granjeó un contrapunto mediático con Elisa Carrió la misma tarde en que su espacio no lograba reunir el quórum para sesionar. Intentó presionar recurriendo al apoyo que podrían brindarle los gobernadores peronistas que se habían sumado a la promesa del Pacto Fiscal, aunque no tuvo éxito. El resultado fue la suspensión de la sesión ante el caos social y la reprogramación para el 18 de Diciembre. La reforma sería votada afirmativamente en la sesión reprogramada en el marco de una huelga general convocada por la CGT (que contó con la convocatoria de más de 500.000 trabajadores y trabajadoras a la Plaza de los Congresos) ante una Cámara nuevamente vallada y con incidentes esta vez menores. La

---

<sup>39</sup> La jornada había contado con una marcha de rechazo por parte del sindicalismo y de movimientos sociales en las afueras del Congreso bajo la consigna: “No es reforma, es ajuste”.

noche en que se sancionó la reforma, sectores sociales que no habían sido parte de las movilizaciones al Congreso salieron a la calle a participar de la protesta e hicieron escuchar sus cacerolas. Más de 30 puntos de *cacerolazos* fueron registrados aquella noche en la ciudad de Buenos Aires (Levy, 2020, p.224). Las imágenes de la represión, sumadas a la debilidad política y el desmanejo de las jornadas, asestaron un duro e inesperado golpe a Cambiemos dos meses después de obtenida la victoria electoral de medio término. La reforma laboral, en dicho contexto, fue detenida.

Lo que interesa rescatar es la reconstrucción que el gobierno hizo de los hechos. Con Elisa Carrió y Fernando Iglesias a la cabeza, esa noche se ocupó de replicar hasta el cansancio que había frenado una “pretensión golpista” encarnada en los “mismos de siempre” (Serra, 2017). A pesar de que gran parte del peronismo sentado dentro del recinto diera su apoyo a la reforma, la diputada chaqueña retomaba el mito del peronismo cómplice y desestabilizador: “Yo vi un *déja vu* del 2001 [...] ayer volvieron con la estrategia de las piedras, pero el oficialismo firme, no violento y en silencio logró ganarle al golpismo” (Carrió, como se citó en Isabella, 2019, p.266). Los medios oficialistas difundieron hasta varios días posteriores la fotografía de militantes apedreando a la policía y la recordada imagen de un militante del partido obrero apuntando con un mortero hacia el Congreso, imponiendo la sensación del levantamiento de la barbarie militante contra la Argentina digna. La opinión dominante en algunos medios era enfatizar que el gobierno fue ingenuo en confiar en los gobernadores un paquete de reformas, omitiendo que el problema era gobernar un país que “fue conducido tanto años por un peronismo que interrumpía anticipadamente los gobiernos” (Mercado, 2017) o que este bloqueaba “el libre juego de las instituciones republicanas” mediante “minorías violentas” (Enríquez, 2017).

Sin menciones a las agrupaciones de izquierdas (las que sí habían tenido un papel predominante en la resistencia a la aprobación de la reforma), sin referencia a los segmentos sociales (sobre todo de adultos mayores) que salieron con sus cacerolas a mostrar su descontento ante la medida, el único objetivo del oficialismo era coagular simbólicamente el *eje* del mal en el kirchnerperonismo: ese dique, ese Otro que operaba tanto como condición de imposibilidad (dado que bloqueaba con palos y piedras las reformas que “asentaban” las bases sustentables de crecimiento) así como condición de posibilidad (dado que consolidaba la frontera identitaria infranqueable del nosotros cambiemita).<sup>40</sup> Un peronismo que costaba hallarlo y por momentos había que inventarlo, según aquella trama. Por más que pudiera terminar apoyando un ajuste a última hora, sus

---

<sup>40</sup> Aun hoy los dirigentes de Juntos por el Cambio siguen remitiendo a la metáfora de “las 14 toneladas de piedra” que bloquearon una reforma que “actualizaba haberes jubilatorios por encima de la inflación” (eltrece, 2021, 24m50s)

tentáculos especulaban con la derrota política del gobierno “haciéndolo quedar mal ante el mundo”. Los gobernadores aliados de hoy podían traicionar la causa del Cambio mañana y la CGT “dialoguista” de ayer podía convertirse en férrea enemiga. Una suerte de fantasma que en cualquier momento podía bloquear los “avances” de la República cambiemita, haciendo del peronismo un espectro que se devoraba al gobierno en sus profecías auto-cumplidas.

En medio del descalabro y la desprolijidad<sup>41</sup> que había ocasionado una victoria pírrica e impopular basada en la sanción de una ley defendida sin pasión, el gobierno intentó sin éxito rescatar algo de la épica del cambio y el optimismo en una cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) celebrada esos días en Buenos Aires. Enorgullecido de ser el anfitrión de las potencias mundiales como parte de su “inserción al mundo”, no pudo anunciar su ansiado acuerdo de libre comercio con la Unión Europea. El *Mundo* del cual hablaba la narrativa cambiemita parecía no coincidir, a esas alturas, con el lejano mundo de 2015: más que una libertad plena para que los emprendedores realicen sus sueños y donde los capitales “fluyeran” de un lado al otro, lo que asomaba era una guerra comercial entre EEUU y China que estimulaba un creciente proteccionismo de las economías nacionales y una suba de tasas de interés luego de la asunción de Donald Trump en Estados Unidos. El efecto era una mayor dificultad de la Argentina para continuar accediendo al mercado de capitales y una re postergación de las inversiones que prometía el gobierno. Sin victorias políticas sustanciales en el cierre de año, y ante la advertencia de un nuevo paro general por parte de las centrales gremiales, el peronismo había pasado a ser ese salvoconducto narrativo al cual imputarle todos los males de la patria.

En Febrero de 2018, Hugo Moyano y parte de la CGT volvieron a colmar la Avenida 9 de Julio en Buenos Aires para reclamar por la aparente persecución judicial que el gobierno ejercía sobre el líder camionero, fracturando una precaria posibilidad de reconstituir la sintonía entre el gobierno y el líder sindical. Durante aquellas semanas Moyano volvió a concurrir a actos opositores (los cuales se hacían cada vez más masivos y heterogéneos), compartiendo espacio con dirigentes kirchneristas a los que había criticado duramente años atrás. Un tiempo después del acto se encontraría con Cristina Kirchner y de aquel encuentro se filtró una fotografía que el propio gobierno se encargó de difundir en su nuevo afán por condensar todo el pasado entre los derivados del peronismo.

---

<sup>41</sup> Parte de esa desprolijidad la constituyó la modificación a las metas de inflación que el gobierno explicó en una conferencia de prensa convocada improvisadamente para el 28 de Diciembre. Allí elevó el número de la tasa inflacionaria esperable para 2018, fortaleciendo los rumores en torno al desmanejo de una política económica descoordinada entre el presidente del Banco Central F. Sturzenegger y el Ministro de Economía Nicolás Dujovne (Mora Alfonsín, 2018).

## La gestión enfrentada a sí misma: el acuerdo con el FMI

A comienzos de 2018 eran muy ostensibles los efectos negativos de las medidas de liberalización tomadas desde el inicio del gobierno. Los costos de los servicios se encontraban en sus niveles más altos luego de un nuevo *tarifazo*, la inflación continuaba en porcentajes elevados a pesar de la “modificación de expectativas”<sup>42</sup> y la eliminación de las retenciones había desprovisto de ingresos a las cuentas públicas en un contexto en que se multiplicaban las demandas de asistencia social. Mora Alfonsín (2018) habla de una estrategia “entrampada” del gobierno para responder a lo que la presidenta del FMI Christine Lagarde llamaba “nubarrones” de la economía mundial: desde que había asumido Donald Trump se había producido un elevación en la tasa de interés internacional que encareció el financiamiento en dólares y Estados Unidos había absorbido gran parte de los activos que habitaban en los países emergentes.

En ese marco, a fines de abril de 2018 un grupo de “inversores” (que eran básicamente los bonistas que permitían sostener la estrategia antiinflacionaria del gobierno mediante un dólar barato) emprendieron su retirada de la Argentina, desatando una disparada en el precio del dólar y por ende una corrida cambiaria, lo que ocasionó un impacto social vía elevación de las tasas inflacionarias y la consecuente caída del poder de compra del salario. Para paliar esta crisis (que Mauricio Macri y el ministro de economía Nicolás Dujovne describían como “tormentas”), el gobierno argentino anunció que recurriría al FMI en búsqueda de un crédito *stand by* por 50.000 millones de dólares. Con ello se acababa el ciclo de endeudamiento con los acreedores privados del primer bienio de gobierno, dando paso a un último período caracterizado por tres picos devaluatorios y una debacle económico-financiera mediada por la aceleración de un programa de ajuste y el reiterado ciclo de recesión económica con asesoría del *Fondo*.

Lo que interesa rescatar de este proceso no son los alarmantes números que afectaron la economía argentina desde que el gobierno anunció su llamado al FMI, sino el giro cambiaria para afrontar el escenario. Tomar dinero del organismo internacional era una contingencia ante los shocks de descapitalización que irrumpieron en Abril de 2018, pero en la trama narrativa del gobierno constituía ante todo un mensaje a “los de afuera” (*el Mundo*) para hacerles ver que Argentina continuaba siendo un país “confiable”. Según esta perspectiva, el acuerdo con el Fondo debía ser leído en la misma dirección que el acuerdo con los *holdouts*, el blanqueo de capitales o los ingresos de dólares que lograba el Ministro de Finanzas Luis Caputo: sinónimos de la “confianza” que *el Mundo* tenía en el país (de allí

---

<sup>42</sup> En 2017 la inflación fue del 27,8% anual. A pesar de las expectativas del Gobierno de llevarla a un 15% para 2018, esta terminaría por ser de un 47,6% al año siguiente y de un 53,8% en 2019, la inflación más alta desde 1991.

que, como decía Mauricio Macri, los argentinos debían “enamorzarse de Lagarde”). El acuerdo tenía la pretensión de conservar estables ciertas variables como el riesgo país o la “salida” de capitales (la cual ya existía y el mismo acuerdo con el Fondo se ocupó de garantizar ordenadamente): una fuga desmedida y abrupta de capitales minaría las pretensiones de construir un proyecto político basado en la confianza hacia la *Ceocracia*. Eso sólo podía ser efecto de la “amenaza populista”, según se desprendía del núcleo argumental de ese relato.

La desatada crisis cambiaria (furiosa hasta Noviembre de 2018) le dio un nuevo sentido histórico a la épica del Cambio, pasando a desplazarse los plazos de la “transformación” de la corta a la larga duración. En una recordada conferencia de aquella época junto al ex presidente de Chile Sebastián Piñera y el escritor Mario Vargas Llosa, Macri sostenía que “ya estamos listos para un cambio cultural” luego de haber “estado en una fiesta populista por demasiados años” (Seman, 2021, p.249). Como si la debacle financiera y el acuerdo con el Fondo hubieran inaugurado una nueva era para la promesa aspiracional de Cambiemos, con la diferencia de que ahora había que realizar un duro sacrificio y postergar los frutos del éxito para más adelante. La crisis sólo había diferido el plazo: era el tiempo en el cual la radicalidad del cambio implicaría sacrificios mayores y donde los frutos del éxito se postergarían años o décadas. María Eugenia Vidal empezaría su campaña a la reelección como gobernadora con videos donde una votante afirmaba que confiaba en ella a sabiendas de que “debía aguardar a la próxima generación” para ver su bienestar (*El video de Vidal que se viralizó*, 2019). Macri difundía comunicaciones personales que tenía con votantes que “aceptaban” el peso de los “sacrificios necesarios” que se imponían a cambio de “la verdad” (*El problema de la Argentina somos los argentinos*, 2019).

Fue allí donde el relato cambiemita ingresó en una pendiente que intentaba construir la imagen de un consenso social en torno a la “inevitabilidad” del ajuste. La metáfora de la alegría dio paso a una lógica sacrificial que duró más de un año y medio, y cuyo eje iba a contrapelo de algunas máximas duranbarbianas de la nueva política: se apelaba a que los electores confiaran en los “cimientos” del crecimiento (que iban desde las reformas de ajuste hasta las aparentes inversiones en infraestructura) postergando la felicidad del “aquí y ahora”. A contramano de la “revolución de la alegría”, se inauguraba una campaña del miedo. Miedo al “populismo”, al “pasado”, a los contra-valores de una Argentina que nos había sometido a la “mentira”, “el engaño” y la “falsa sensación de felicidad”.<sup>43</sup> El corolario

---

<sup>43</sup> En esta pendiente algunos funcionarios de Cambiemos llegaban al paroxismo de situar la antinomia entre obras que habían sido patentadas por su gestión versus imágenes urbanas que suelen llevar a la exasperación

de esa estrategia era el apoyo que líderes y organismos internacionales (FMI, Trump, Bolsonaro, Piñera... *el Mundo*) le ofrecían al gobierno en su lucha contra el populismo: una “garantía” de que el crecimiento económico y el progreso llegarían.

Durante aquellos días se evidenció con total crudeza la debilidad de algunos elementos del precario discurso cambiemita: al no haber sistematizado su relato en un corpus discursivo que le otorgue temporalidad, anclaje histórico y proyección de futuro, hizo notoria la ausencia de una tradición de discurso desde donde referenciar una salida acorde con cierta reivindicación identitaria. En el periplo de inestabilidad y recesión económica, los salvoconductos narrativos del gobierno nunca confluyeron en una fuente ideológica coherente para posicionarse frente a la crisis<sup>44</sup> (el uso explicativo de las metáforas climáticas lo evidencia). Entre lo poco que puede recogerse en esa dirección está el mencionado encuentro regional donde Mauricio Macri sostuvo el valor de la “igualdad de oportunidades” y “el poder de la educación” como base del progreso o elemento “reparador” de las desigualdades de origen (Seman, 2020. p.251): dos cartas conocidas del liberalismo que, al margen de aquella intervención, serían relegadas dentro del menú de slogans de la campaña de 2019. Como sostiene Ana Soledad Montero (2018b), la crisis hizo visible que Cambiemos había desaprovechado una oportunidad histórica: ocupar el nicho vacante del liberalismo político argentino.

Si retomamos la metáfora de Leandro Mora Alfonsín (2018), la estrategia del gobierno estaba “entrampada” pero no sólo en sus aspectos económicos. El magma de la nueva política, por ejemplo, no pudo ser un recurso frondoso a donde recurrir para explicar la debacle económica. Se volvió a recurrir al recurso de la espiritualidad *new age* convocando a un retiro espiritual de todo el Gabinete para la primavera de aquel año (una práctica que el PRO venía aplicando desde hacía 10 años) pero el único resultado fue una señal de ajuste basada en la desjerarquización de todos los Ministerios al rango de Secretarías para “solidarizarse” con el sacrificio que se le proponía a la sociedad. El gobierno hizo el intento por retomar el impulso esperanzador con la celebración de la cumbre del G-20 que se celebró en Argentina a fines de 2018, pero de allí no pudo saborear el “triumfo” que significó el anuncio de un acuerdo de libre comercio con la Unión Europea: aunque aquel éxito alimentaba a la perfección la lógica argumentativa de su relato (una medida económica que constituía un puente para que “cada argentino encuentre su

---

al ciudadano de clase media y alta: “La elección de 2019 se dirime entre el Paseo del Bajo y el Caos del Tránsito” decía el ex Ministro de Transporte Gustavo Dietrich (blues35ar, 2019).

<sup>44</sup> Una explicación plausible a esta debilidad es que las “virtudes” de la Ceocracia provienen de una educación mayoritariamente empresarial y no de una educación político-partidaria acostumbrada al debate parlamentario, lo que acentúa la vacuidad discursiva y la ausencia de una tradición política desde donde referenciarse (Galiano, 2018).

felicidad”), llegaba tarde. A esa altura los índices de pobreza, desocupación e inflación que afectaban al país hacían difícil articular imágenes románticas del (neo) liberalismo.

El acuerdo con el Fondo plasmaría una crisis en las pretensiones hegemónicas porque ante todo no podía anular la persistencia de imaginarios que había en la sociedad argentina respecto del organismo. Su memoria no estaba asociada a los momentos de prosperidad ni a soluciones de ningún tipo (por más que el Gobierno insistiera con que este era un “nuevo Fondo”). El acuerdo dio la sensación de un gobierno débil y sin rumbo que rompía progresivamente con las promesas de crecimiento y liberación de antaño: una vez firmado, Macri anunció un recorte de 30.000 millones de pesos para la obra pública y al poco tiempo propuso gravar algunas exportaciones de productos primarios (lo que le granjeó un conflicto a finales de 2018 con un actor tradicionalmente aliado como era “el campo”). Es comprensible que en tales circunstancias comenzara la merma de todas las formas de interpelación “horizontal” propias de la nueva política: era difícil apelar al entusiasmo de los votantes y “verlos cara a cara” mediante timbreos, escuchas, reuniones con los vecinos, etc.<sup>45</sup>

Existe un elemento más que caracterizó este proceso y es Paula Canelo (2019, p.94) quien ofrece una mirada interesante: como el gobierno encontraba agotada la posibilidad de ofrecer pruebas que alimenten la promesa aspiracional meritocrática, la estrategia de salida gubernamental fue enfatizar la *promesa punitiva*. Los mecanismos represivos y la “mano dura” como muestras de solución aparentemente efectiva y sencilla al problema de la inseguridad, pasaron a ser la carta central del “Cambio Cultural”. Fueron los días en que Mauricio Macri y Patricia Bultrich respaldaron y felicitaron al policía Luis Chocobar, un agente que había perseguido a un ladrón en el barrio de la Boca y terminaría por asesinarlo. Fueron los días de la resolución 956 que modificaba el protocolo de las fuerzas de seguridad otorgándoles más facilidades para el uso de armas de fuego. Fue el momento donde se extendió el universo de “los otros” potencialmente amenazantes o peligrosos (con especial ojo a los migrantes de los países vecinos) y de las compras en gran escala de pistolas *Taser* (picanas eléctricas pensadas para usar en estaciones de trenes, aeropuertos, etc). Una deriva discursiva cuyos efectos (discusiones mediáticas en torno a la deportación de inmigrantes o la gratuidad universitaria para los extranjeros) no aportaban claridad a los horizontes de la reconciliación nacional. La pretendida representación cambiemita mostraba el corazón de su precariedad: continuaba atada a seguir recogiendo imágenes del sentido común y devolverlas (en este caso alimentando

---

<sup>45</sup> Por citar un dato, sólo entre septiembre de 2018 y el mismo mes de 2019 se perdieron 138.700 puestos de trabajos registrados en el sector privado, según el Sistema Integrado Previsional Argentino (SIPA) (Levy, 2020, p.177).

pasiones negativas como el temor o la sensación de amenaza permanente).<sup>46</sup> Un *espejamiento* que además poco tenía que ver con una lógica representativa de tradición republicana.

Por último, la crisis había arrojado luz sobre otro aspecto que el candor de los picos devaluatorios impedía ver: se había fracturado la esperanza de las distintas fracciones del capital para con el guion argumentativo de Cambiemos. A excepción de los principales actores del mundo financiero (bancos e inversores), de los sectores más poderosos del mundo agro-exportador y de las grandes empresas de servicios que incrementaron ganancias vía tarifas, costaba hallar grandes ganadores entre el universo de las grandes empresas nucleadas en la UIA o en el amplio mundo de las Pymes. Las primeras vieron en el deterioro de las condiciones del mercado interno y en la caída del costo salarial una oportunidad para expandirse, pero si el proceso devaluatorio se sostenía corrían el riesgo de ver aumentada sus deudas en dólares así como disminuido el valor de sus activos. Las segundas, en su gran mayoría vinculadas al mercado interno e intensivas en mano de obra, vieron derrumbarse sus expectativas de recuperación una vez que se disparó el costo de los insumos dolarizados y crecieron sideralmente las tasas de interés.

## **La derrota**

El marco anteriormente descrito configuró la estrategia electoral del 2019 y permite entender por qué naufragaron los elementos que apelaban a una interioridad identitaria. «Populismo vs. Democracia», «Autoritarismo vs. República», «Pasado vs. Futuro» fueron los únicos tres ejes en torno a los cuales giró una campaña que finalizaría con una derrota a manos del Frente de Todos. “Resignación vs Esperanza”, “Voto heladera vs voto ético”, “Vuelta de la corrupción vs. Continuidad del Cambio”, “Impunidad vs. Justicia” y toda una batería de slogans antagonistas compusieron una estrategia cuya única finalidad fue convertir a la elección en un escrutinio vital para aquel núcleo duro de votantes que constituían el corazón de ese nosotros cambiemita. La disyuntiva estaba construida en torno a una esperanza que aunque devaluada, seguía siendo el *único* camino correcto contra la posibilidad de que retornara el peronismo con todos sus vicios. Una campaña que iba a contramano de lo que Duran Barba se proponía para sus clientes: en lugar de parecer “un candidato del futuro”, el Macri de 2019 parecía un candidato encorsetado en los tópicos centrales del antiperonismo. Identificaba la encarnación del peronismo contemporáneo como una expresión autoritaria cuyas ramificaciones (el sindicalismo, los movimientos

---

<sup>46</sup> Este desplazamiento de la agenda económica por la del securitismo, a su vez, causó una discusión entre Patricia Bulrrich y Elisa Carrió, dos pilares del proyecto político. Esta última advertía que la resolución 956 terminaría por perjudicar a los agentes de seguridad en el futuro, a quienes se les vendrían un conjunto de causas y acusaciones judiciales por el uso indebido de la fuerza (LA NACION, 2018, 11m11s).

sociales) rozaban la ilegalidad. Lo acusaba de oponerse a las estructuras constitucionales del país y de ser un movimiento influido por doctrinas fascistas y antiliberales, cuyas reformas económicas sólo habían estado al servicio de una minoría corrupta.

La similitud entre la marcha del #Sisepuede con la del #1A permite inferir que la pretensión por construir ese nosotros no pudo sortear los escollos de la debacle económico-social para enarbolar una identidad política que reivindicase elementos más allá de las banderas individualistas de "los que trabajan" y "merecen lo propio sin prebendas del Estado". En la campaña del #SiSePuede costaba hallar elementos de unanimismo que apelaran al todo nacional o contuvieran pretensiones universalistas por fuera del antipopulismo. El reservorio de mitos y tópicos que había activado la narrativa cambiemita durante su primer bienio (nueva política, revolución de la alegría, meritocracia y espiritualidad *new age*) había naufragado junto con la crisis devaluatoria, haciendo de la frontera con el Otro el único anillo identitario. Sólo un conjunto de slogans republicanos lograron sobrevivir hasta la campaña, pero sin la fuerza simbólica suficiente como para permitirnos hablar de una identidad política capaz de aspirar a totalizaciones hegemónicas.<sup>47</sup> El final de Cambiemos ratificaba la caracterización que Gerardo Aboy Carlés (2005, p.141) hiciera de los últimos ciclos políticos argentinos: llegado cierto nivel en que fracasa la posibilidad de expandir los horizontes hegemónicos, estos muestran una dependencia parasitaria respecto del fundacionalismo como único mecanismo de legitimación para obtener la supervivencia en contextos de crisis, pasando a ser un recurso de réditos decrecientes toda vez que las expectativas generadas por el trazado de la frontera antagónica no alcanza una mínima satisfacción.

---

<sup>47</sup> Parte de eso fue el vacío intento oficialista por asemejar la marcha del #Sisepuede a la histórica movilización que dio calor a la primavera democrática alfonsinista en el '83.

## Conclusiones

El presente trabajo partió de una sospecha en torno a la idea de que Mauricio Macri era un candidato exclusivamente sostenido y guiado por el antikirchnerismo durante las elecciones de 2015. Una sentencia de ese tipo olvida que Cambiemos fue durante aquellos días una coalición de derecha con pretensiones identitarias más ambiciosas que un anquilosado acartonamiento en los tópicos del antiperonismo. Si repasamos la línea histórica en el camino del triunfo electoral del año 2015 veremos que efectivamente el proyecto cambiemita partió asentado sobre una base electoral de fuerte cuño identitario (sobre todo en la zona central del país donde impera un alto sesgo antiperonista), pero su potencial fue expandiéndose con creces hasta alcanzar el 51% de los votos que le permitió ascender al poder. Situamos aquel potencial cambiemita no sólo en los slogans orientados a mermar los miedos del electorado (p. ej. la promesa de continuar con la Asignación Universal por Hijo o de no re-privatizar empresas como YPF y Aerolíneas Argentinas), sino en la carta de presentación que significaba la “nueva política”, un elemento cuyos efectos daban la apariencia de una “nueva derecha” que prometía “cerrar la grieta” y “unir a los argentinos”. El aporte que auguraba el ascenso de CEOS (esos sujetos que por su experiencia y éxito en el mundo de las grandes empresas privadas estaban en condiciones de *bajar* a la política para conducir los destinos del país) complementado con los “valores éticos” y republicanos que aportaban la UCR y la Coalición Cívica, prometía dar por tierra con la “corrupción”, el “atraso” y la “conflictividad social” propias del “populismo” heredado.

En el Capítulo I, al recorrer los ejes de la campaña electoral de 2015, señalamos que las consignas orientadas a la polarización se combinaban con promesas de suturación comunitaria, lo que permitía hablar de una *dualidad* en el inicial discurso cambiemita: la existencia de una promesa de carácter fundacionalista acompañada de una rémora de tinte hegemónico orientada a universalizar el campo de la representación social. Mientras que lo primero implicaba la construcción de una frontera dicotómica de exclusión respecto de un *otro* (el kirchnerismo), lo segundo se orientaba a la constitución de solidaridades políticas más vastas o sólidas (los elementos pasibles de apelar a una homogeneización identitaria por fuera del antipopulismo o los esquivos intentos del macrismo por construir un Cambiemos que incluyera una *pata peronista*, iban en esa dirección). Partimos de que toda hegemonía presupone la presentación de la identidad política como encarnación de la universalidad de la comunidad (Laclau, 1996, p.83; Aboy Carlés, 2001, p.12), por lo que allí se desanudó nuestro interrogante central: bajo qué condiciones era posible pensar una identidad política cambiemita pasible de aspirar a totalizaciones hegemónicas.

Fue allí que realizamos un *racconto* del período 2008-2015 (con especial ahínco en los re-posicionamientos actorales del bienio 2013-2015) que nos permitió señalar los principales ejes de antagonismo o diferenciación externa que caracterizaban la presentación de la identidad simbólica cambiante: desde la *crisis del campo* hasta la muerte del fiscal Alberto Nisman, los giros discursivos de Mauricio Macri, Elisa Carrió y Ernesto Sanz (con sus respectivos partidos), fueron acercando posiciones en torno a la polarización contra las regulaciones estatales sobre la economía que impulsaba el kirchnerismo. Oposición que alimentó el mito del “Estado populista” que asfixiaba la actividad privada y traía consigo una tendencia al autoritarismo y la corrupción. Estas fuerzas difundían la idea de que el Estado *k* con sus alianzas “peligrosas” se asemejaba cada vez más a la Venezuela chavista, acusándolo de ser un gobierno opuesto al Estado de Derecho y a la institucionalidad republicana. Una vez asumido el Gobierno (y sobre todo desde el segundo año), Cambiemos daría mayor cauce a esta pendiente argumental basada en la idea de que el peronismo y sus derivados actuales (el kirchnerismo, el sindicalismo, los movimientos sociales) son los culpables del “estancamiento” y el “fracaso” que afecta al país desde 2001. Estos ejes de antagonismo fueron desarrollados y desglosados con precisión en el Capítulo II (abordados desde una coyuntura específica como lo fue la marcha del #1A en Abril de 2017).

En el Capítulo III señalamos los elementos pasibles de apelar a una interioridad u homogeneización identitaria contenidos en aquellos valores e ideogramas que traía ante todo el PRO con sus elementos novedosos: la «nueva política», un instrumental que remitía a credenciales de nuevo partido con dirigentes transparentes y formas de interpelar o gestionar lo público bajo ideales de bondad, decencia y honestidad (realidad opuesta a las “densas” consignas tradicionales de la “vieja política” con sus banderas de justicia social, independencia económica, etc.). La *Meritocracia*, ese tan mentado ideal de sujetos emprendedores-hacedores de su propio destino. Esta imagen alimentaba la idea de que “cualquiera” podía convertirse en empresario de sí mismo y alcanzar el éxito en las sociedades postindustriales. La espiritualidad *new age*, una nueva narrativa para explicar las desigualdades sociales. La *Revolución de la Alegría*, una clave de la potencialidad identitaria que radicaba en su aspiración a la *tabula rasa* de las memorias sociales, debilitando el vínculo de los sujetos con el pasado y despolitizando la interpretación de los hechos.<sup>48</sup> Por último, el republicanismo y el (neo) liberalismo: dos elementos de índole ideológica vinculados a tradiciones de pensamiento que como imágenes, slogans o

---

<sup>48</sup> Mauricio Schuttenberg (2017b) señala como los primeros relatos edificadas por el PRO siempre se escindían de disputas, legados o tradiciones políticas que excedieran el 2001, dando lugar a una memoria de corto alcance en la conformación de su identidad.

cosmovisiones dominantes dentro del gobierno (no sin disputas e inarticulaciones), complementaban el espectro de elementos apelativos a la interioridad u homogeneización interna de la identidad simbólica cambiemita. Aportes que fueron desarrollados y desglosados en este capítulo (abordados desde relatos o frases como la recordada “indiferencia” de Mauricio Macri en torno al número de desaparecidos en la última dictadura militar).

El Capítulo IV intentó mostrar (al tomar como referencia la campaña de 2019 y las marchas del #Sisepuede) que desde finales del segundo año de gobierno fue difícil sostener la supervivencia de los elementos apelativos a la felicidad, el optimismo y la “reconciliación nacional” que impregnó los orígenes esperanzadores cambiemitas: primó por el contrario una radical frontera de exclusión respecto al kirchnerperonismo, el sindicalismo, los movimientos sociales y todo un subconjunto de símbolos (Venezuela, la corrupción, los piqueteros, etc.) condensados bajo la leyenda del “Populismo”. La campaña del #Sisepuede de 2019 evidenciaba que la búsqueda identitaria no habían dado pasos sustanciales sino que se repetían los slogans antagonistas de la marcha del #1A en 2017: el “nosotros” cambiemita sólo se componía de argentinos blancos de los grandes centros urbanos que defendían su identidad de ser ciudadanos “dignos” porque “trabajan” y “pagan sus impuestos”, en oposición a aquellos que según su juicio “no trabajan” y “viven de las prebendas del Estado”. La *Argentina Blanca* enarbolaba consignas en torno a la “cultura del trabajo”, el no-asistencialismo, el “merecimiento” a gozar y disfrutar “libremente” de las fuentes de ingreso (construido sobre imaginarios individualistas de ascenso social), repeliendo los supuestos antivalores de la herencia populista y abogando por el esfuerzo contra el “adverso destino” de tener que afrontar el lastre “populista” que “atrasaba al país desde hacía 70 años” (una forma elíptica de englobar la herencia peronista). La campaña del #Sisepuede se concentraba en retomar todos estos elementos bajo una épica re-fundacionalista, colocando la proa en la *normalización* (la necesidad de restituir un supuesto Orden corrompido o viciado), y dejando de lado todas las apelaciones de connotación universalista orientadas a la expansión de la frontera identitaria.

Para entender este desajuste entre la pretensión esperanzadora de 2015 y la estrategia defensiva de 2019, ofrecimos un análisis: luego de consumada la victoria cambiemita de medio término en 2017, el gobierno halló límites sociales a las medidas de corte neo-liberal que propulsó (reforma previsional, reforma impositiva y reforma laboral). Los efectos sociales y políticos de la fallida reforma previsional minaron el campo de la construcción argumental cambiemita: un Congreso militarizado, heridos en las afueras del recinto, legisladores gaseados y militantes políticos golpeados, dieron una imagen poco coincidente con la *Revolución de la Alegría*. Sectores sociales muy golpeados con la crisis

salieron a expresar su descontento ante lo que ya se percibía como un enfoque para nada coincidente con el “gradualismo”. En medio de la caída de la popularidad del presidente el escenario fue caldo de cultivo para que los principales cuadros del gobierno retomaran la ofensiva anti-peronista y “republicana” (una de las posibilidades incoadas por la *dualidad* originaria cambiemita). Ante la escalada de polarización de finales de 2017 el gobierno retrocedió unos pasos y la reforma laboral se dilató; en paralelo a un proceso de incipiente reconstitución de “unidad peronista”. Fue en este contexto donde se produciría el fatal desajuste entre el relato cambiemita (con sus potentes elementos apelativos a la constitución identitaria) y la contrariada realidad social producto del impacto de la crisis financiera desatada en Abril de 2018. Estallada la crisis financiera, se reinició el ciclo de devaluación-inflación-ajuste con todos sus arrastres.

Para las pretensiones hegemónicas del proyecto cambiemita, el impacto de la recurrencia al Fondo Monetario Internacional se encontraba menos en las condiciones de pago que en los efectos negativos para fundar una “nueva Argentina” y emprender el “Cambio Cultural” (dos ejes de la pretensión hegemónica). La llegada del *Fondo* fue el arribo sin atajos de un programa económico de ajuste y la caída en una recesión “sin segundo semestre”: el límite pasó a estar no sólo en la resistencia organizada de los sectores subalternos (a los que Cambiemos comenzó a culpar como diques al “avance del Cambio”) sino en las desavenencias progresivamente visibles frente a los sectores dominantes o la sensación de “caos” entre las clases medias. Se hizo notoria la imposibilidad de articular o revitalizar los potenciales aportes que contenían los elementos apelativos a una interioridad u homogeneización simbólico-identitaria en el marco de un relato de ajuste y sacrificio. Fue allí que el gobierno no pudo *desatar* su pretensión fundacionalista de la lógica del antagonismo y abandonó progresivamente las precarias posibilidades de universalismo contenidas en su promesa de construir un marco de negocios propicio a la “lluvia de inversiones”. Aunque había atisbado el relato de *un Mundo* abierto y flexible a los acuerdos de libre comercio con flujos de capitales donde estaría la Argentina del futuro y su “mundo de emprendedores”, el segundo bienio tensionó la promesa de rearticular un proyecto capitalista encabezado por Mauricio Macri.<sup>49</sup>

---

<sup>49</sup> A pesar de su mirada pro-empresarial, Cambiemos nunca aunó un discurso con capacidad de conducción y articulación para hacer coincidir a los sectores exportadores e importadores, a aquellos beneficiados por las des-regulaciones y al mundo de las Pymes, etc. Esta carencia del macrismo es lo que Tereschuk (2018, p.173) o Rodríguez (2020) enfatizan como diferencia sustancial entre el proyecto cambiemita y el menemismo. Tereschuk sostiene que Cambiemos no pudo generar una “comunidad de negocios” (basada en la peculiar y contingente sintonía entre fragmentos de la burguesía nacional y el empresariado extranjero) que si habría tenido el gobierno justicialista de los ‘90. Rodríguez, por su parte, juega con la elocuencia de un título que lleva un texto suyo para explicar tanto la deriva antagonista cambiemita como el *desaire* final de Cambiemos frente al gran empresariado: *Macri quiso ser Menem y no pudo*.

Son estos temblores los que configurarían la épica antipopulista que impregnó la campaña de 2019: luego de la crisis desatada por la fallida reforma previsional y el acuerdo con el FMI, el gobierno desestimó todas sus pretensiones de ampliación identitaria, moderación, y formas de interpelación horizontal posibles de apelar a la construcción de una nueva identidad dentro del espacio de derecha. La nueva política, el emprendedorismo, la meritocracia, la Revolución de la Alegría y la espiritualidad *new age* evidenciaron toda su precariedad para construir un nosotros desde donde aspirar a totalizaciones hegemónicas (Montero, 2018b). La nueva política (como concepción dominante para interpelar a la sociedad), retrocedió en medio de los picos devaluatorios y los conflictos con la oposición. La metáfora de la alegría se trasuntó en la del sacrificio, y aquellos elementos que apelaban a cierta tradición de discurso -como ser el (neo) “liberalismo” o el republicanismo- no fueron eficaces en medio de la crisis.

La crisis hizo visible que desde el inicio la “nueva política” había funcionado sólo como un reflejo (*espejamiento*) de lo social y no como condición de posibilidad a un liderazgo re-formulador/articulador de demandas orientado a la génesis de una identidad política. También evidenció que la meritocracia y el emprendedorismo operaban más como elementos de exclusión basados en la “hiperindividualización” que supone ascender o salvarse sólo, dejando atrás los elementos de homogeneización interna que dependen de virtudes, visiones del mundo e ideas políticas compartidas. La crisis hizo visible, a su vez, que la amalgama heterogénea de los elementos discursivos cambiemitas era infructuosa por su incorporeidad e in-conducción. La “cultura del trabajo”, por ejemplo, era una imagen apegada al inmigrante europeo que aún remitía a la persistencia de solidaridades o valores de grupo poco sintonizada con el relato del atomizado emprendedorismo desanclado de ataduras sociales propio del tiempo neo-liberal: su nervio estaba atado a una memoria colectiva que le sería un tanto cara a los elementos ideológicos del neo-liberalismo cambiemita (Natanson, 2018, p.17). De allí su fracaso como elemento de cohesión utilizado para salir al rescate de un barco que navegaba a la deriva. Un fenómeno similar ocurriría con el slogan de la *Revolución de la Alegría*: este podía ser muy útil como esperanza aglutinante dentro del fundacionalismo inicial, pero también podía convertirse en disgregante si los resultados felices no llegaban.

La lógica del *Focus Group* (el elogiado mecanismo duranbarbiano para leer los comportamientos del votante contemporáneo) y su propuesta de espejar al hombre común, no coincidían con una representación política anclada en la tradición republicana. Las “virtudes” de la Ceocracia, que provienen de una educación mayoritariamente empresarial, colisionaban con una educación político-partidaria acostumbrada al debate parlamentario. El “sinceramiento económico” y las políticas de normalización poco o nada en común tenían

con las nociones de persuasión, debate racional o consenso participativo. La batería de técnicas marketineras del macrismo poca relación hallaba con el culto al debate propio del *civis* republicano. El regeneracionismo cambiemita basado en el disciplinamiento laboral y en las leyes del mercado poco eco encontraba en alguna noción de libertad que no sea la de la no-injerencia estatal en el mercado.

La Alianza Cambiemos (ya como *Juntos por el Cambio*) finalizaba su gobierno dando una reversión rotunda a la operación discursiva con que inició su tiempo: desde una promesa “reconciliatoria” anclada en la negación de lo político como instancia conflictiva, había pasado a una retórica rotundamente politizada en torno al antagonismo contra un adversario espectralizado en la palabra “populismo”. El último tramo del relato cambiemita no coincidía con lo que su intelectual de cabecera Alejandro Rozitchner (2014) llamara una filosofía de la “positividad”. En lugar del optimismo, de la mirada en “lo que se puede” propia de una “visión del mundo que capta y siente el gran valor de la vida” para aspirar a la “felicidad” (toda ese *argot* perteneciente a la espiritualidad new age que estuvo presente en 2015), el último Cambiemos se impregnaba de retos al electorado y de consignas imbuidas de “vieja política” en base a la lucha y la sobrecarga de antagonismo. Volvía a centrar la mirada en la edificación de un enemigo, al cual recreaba constantemente para alimentar su estructura de sentido. Volvía a recordar los ejes de acusación antiperonista, e imputaba al kirchnerismo ser una expresión autoritaria y de oponerse a las estructuras constitucionales del país; de ser un movimiento fascista y antiliberal cuyas reformas sólo habían estado al servicio de la corrupción. El slogan de “Resignación vs Esperanza” con que Juntos por el Cambio cerró su campaña dinamitaba la filosofía cambiemita de la “nueva política”: el “escepticismo tanguero depresivo y melancólico” de la cultura argentina que la “rebeldía alegre del PRO” (Rozitchner, 2015, p.17) habría venido a combatir, se apoderaba sorpresivamente del corazón de su propio discurso carcomiendo todos los flancos de sus posibilidades de fundación identitaria.

El final de Cambiemos, como sostuvimos al cierre del capítulo IV, ratificaba varias líneas del diagnóstico que hiciera Gerardo Aboy Carlés (2005, p.141) para caracterizar a los últimos ciclos políticos argentinos. Llegado cierto nivel en que fracasa la posibilidad de expandir los horizontes hegemónicos, estos ciclos muestran una dependencia parasitaria respecto del fundacionalismo como único mecanismo de legitimación para obtener la supervivencia en contextos de crisis, pasando a ser un recurso de réditos decrecientes toda vez que las expectativas generadas por el trazado de la frontera antagónica no alcanzan una mínima satisfacción. El tramo final del gobierno de Mauricio Macri evidencia que una épica de *reformismo moral*, una proa de *normalización* y una campaña con tonos de *cruzada republicana*, eran elementos de revitalización posiblemente necesarios –aunque

insuficientes- para sostener la última esperanza de renacimiento ante una realidad social y económica que se mostraba demasiado distinta de aquella que debía cuadrar a las expectativas de 2015. Si las pretensiones hegemónicas o expansivas habían comenzado a hundirse desde finales de 2017, el escaso margen para la articulación sólo parecía hallarse en la dicotomización del campo político mediante la frontera kirchnerismo / anti *kirchnerperonismo*, lo que se evidenció en la campaña del #Sisepuede. Allí Cambiemos emprendía su retirada haciendo del fundacionalismo antagonista la única vertebración de su identidad política.

Hasta qué punto la fuerza hoy denominada Juntos por el Cambio podrá trascender aquella “herencia” antagonista que sobrevive desde 2019 y retomar las “lejanas” condiciones de posibilidad hegemónicas que tuvo en 2015, es una pregunta abierta. Entendemos que no hay política sin hegemonía, y la constitución de solidaridades políticas es en sí misma un producto de articulaciones, de construcción de equivalencias que son inherentes a la constitución de cualquier identidad política (A. Carlés, 2005, p.146). En este sentido, si bien es cierto que los elementos simbólicos concernientes a la interioridad u homogeneización identitaria cambiemita resultaron insuficientes o simplemente fracasaron en su posibilidad equivalencial, sería un error desatender la resistente e indócil vitalidad que aún muestran elementos de antagonismo sobre todo en identidades como la antiperonista, no siempre tenida en cuenta por el análisis local a pesar de su capacidad para ser protagonista en contextos de *grieta* como el que elegimos (Tereschuk, 2018, p. 179). La victoria legislativa cambiemita del año 2017 que se plasmó en un 42% de los votos a nivel nacional (donde 13 distritos se *pintaron de amarillo*), el posterior 41% global de los votos para la primera vuelta electoral de 2019 (independientemente del desglosamiento que podamos hacer de aquellos resultados); y el sostenido porcentaje del 41% para las elecciones legislativas de 2021 en el contexto del Covid-19, evidencia que un punto de partida de cuño identitario antiperonista y polarizador para todo proyecto de derecha puede ser insuficiente como elemento aspirante a una totalización hegemónica. Sin embargo, también muestran que estos elementos continúan siendo lo suficientemente eficaces como para sedimentar un piso desde donde emprender un proyecto político con pretensiones de encarnación comunitaria.

## Bibliografía General

- Aboy Carlés, G. (2005) Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación. *Estudios Sociales*, XV, 1er semestre, 125-150.
- Aboy Carlés, G. (Prefacio de Laclau, E.) (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Homo Sapiens.
- Alessandro, M. (2009). Clivajes sociales, estrategias de los actores y sistema de partidos: la competencia política en la Ciudad de Buenos Aires (1995-2005), en *Revista SAAP*, 3 (4). 581-614.
- América TV. (21 de octubre de 2019). *Guillermo Dietrich: "No tengo duda que iremos al balotaje"* [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=k9Ci4b2urw0>
- América TV. (4 de agosto de 2015). *Elecciones 2015: Macri responde a todo en un reportaje a fondo en Intratables* [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=3EqtJmspbns&t=41s>
- Asís, J. (2018). *La Mafia del Bien. El Tercer Gobierno Radical de Macri*. Sudamericana.
- Astarita, R., Kovacic, F., Rosso, F. y Mora Alfonsín, L. (13 de mayo de 2018). Argentina: Macri en brazos del FMI. Dossier. *Sin Permiso*. <https://www.sinpermiso.info/textos/argentina-macri-en-brazos-del-fmi-dossier>
- Barberis, P., Expósito, J. y Lo Valvo, E. (2020). Imágenes políticas: claves para una lectura del momento macrista. En Iglesias, E. y Lucca, J. (comps.), *La persistencia de la Argentina de Cambiemos* (pp. 13-28). UNR Editora.
- Benedetti, M. (14 de mayo de 2015). Los Pitucos. *Mancuspías. Blog de literatura para alumnos de bachillerato*. <https://mancuspiasliterarias.blogspot.com/2015/05/los-pitucos-de-mario-benedetti.html>

BOTELOS ROSARIO. (s.f.) *MAURICIO MACRI... "SUBÍ QUE TE LLEVO"* [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=iMR2gdJwldQ&t=846s>

Canelo, P. (2019) *¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos*. Siglo veintiuno.

Carlos Melconíán finalmente reveló porqué se fue del Banco Nación (5 de enero de 2018). *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/economia/carlos-melconian-finalmente-revelo-porque-lo-echaron-del-banco-nacion.phtml>

Castro Rojas, S. (2019). Gobernar CON y EN las redes en la Argentina de Cambiemos. En Iglesias, E. y Lucca, J. (comps), *La Argentina de Cambiemos* (pp. 103-116). UNR Editora.

Cerruti, G. (2010). *El Pibe. Negocios, intrigas y secretos de Mauricio Macri, el hombre que quiere ser Presidente*. Editorial Planeta.

Denegris, M. (22 de agosto de 2019). Macri, La Loca y el Relato del Crimen. *Panamá. No todo es política*. <https://panamarevista.com/macri-la-loca-y-el-relato-del-crimen/>

Di Marco, L. (2017). *Macri. Historia íntima y secreta de la élite argentina que llegó al poder*. Sudamericana.

Dovo, L. (2 de abril de 2017). Macri celebró el #1A: "No hubo colectivos ni choripán". *eldoce.tv*. [https://eldoce.tv/politica/mauricio-macri-celebro-el-1a-no-hubo-colectivos-ni-choripan-marcha-democracia\\_38810](https://eldoce.tv/politica/mauricio-macri-celebro-el-1a-no-hubo-colectivos-ni-choripan-marcha-democracia_38810)

DR. (s.f.). *la revolución de la alegría*. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=yLhZKRqLyHU&t=236s>

Duran Barba, J. y Nieto, S. (2017) *El Arte de Ganar. Cómo usar el ataque en campañas electorales exitosas* (5ª ed.). Editorial Debate.

Duran Barba, J. y Nieto, S. (2017). *La política en el siglo XXI. Arte, Mito o Ciencia*. Editorial Debate.

“El problema de la Argentina somos los argentinos”, el video oficialista más criticado de las redes (7 de marzo de 2019). *Tiempo Fueguino*. <https://www.tiempofueguino.com/el-problema-de-la-argentina-somos-los-argentinos-el-video-oficialista-mas-criticado-de-las-redes/>

El regreso de los caceroles (1 de abril de 2017). *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/29175-el-regreso-de-los-caceroles>

El video de Vidal que se viralizó por un incómodo detalle (25 de febrero de 2019). *El Tribuno*. <https://www.eltribuno.com/salta/nota/2019-2-25-8-52-0-el-video-de-vidal-que-se-viralizo-por-un-incomodo-detalle>

Elisa Carrio sobre el #1A: “El Gobierno no necesita de manifestaciones” (31 de marzo de 2017). *Clarín*. [https://www.clarin.com/politica/carrio-1a-gobierno-necesita-manifestaciones\\_0\\_SyETcV32e.html](https://www.clarin.com/politica/carrio-1a-gobierno-necesita-manifestaciones_0_SyETcV32e.html)

Elisa Carrio. (s.f.) *Discurso completo de Elisa Carrio en lanzamiento de campaña 09/07/15* [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=DDkK6MjxWfg&t=36s>

Eltrece (10 de Julio de 2017). *Rogelio Frigerio habla sobre la celebración del G-20 en Argentina en 2017*. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=nfHUh5TOCVE>

Eltrece (21 de noviembre de 2016). *La noche de Mirtha – Programa 19/11/16*. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=6A-9QYliD2M>

En Davos, Macri posicionó a Massa como el próximo líder del PJ (22 de enero de 2016). *La Nación*. [https://www.lanacion.com.ar/politica/en-davos-macri-posiciono-a-massa-como-el-proximo-lider-del-pj-nid1864395/#:~:text=Macri%20y%20Massa%20viajaron%20juntos%20a%20Davos%](https://www.lanacion.com.ar/politica/en-davos-macri-posiciono-a-massa-como-el-proximo-lider-del-pj-nid1864395/#:~:text=Macri%20y%20Massa%20viajaron%20juntos%20a%20Davos%20)

20Archivo, posicion%C3%B3%20como%20el%20pr%C3%B3ximo%20l%C3%ADder%20del%20Partido%20Justicialista.

Enrriquez, J. (21 de diciembre de 2017). Asedio a la democracia. *Infobae*.  
<https://www.infobae.com/opinion/2017/12/21/asedio-a-la-democracia/>

Explícito on line (30 de diciembre de 2015). *Marcos Peña anunció la derogación de la Ley de Medios por decreto*. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=spGrNC3hUiw>

Feinmann, J. P. (2012). *Peronismo. Filosofía Política de una persistencia argentina*. (3ª ed. Tomo II). Planeta.

Francisco Javier Lozano (8 de junio de 2016). *Michetti en el túnel del segundo semestre*. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=PpwHcjEcPWg>

Frigerio: "Los inversores temen que después de Macri volvamos al pasado en la Argentina" (21 de diciembre de 2016). *Política Argentina*. [https://www.politicargentina.com/notas/201612/18457-frigerio-los-inversores-temen-que-despues-de-macri-volvamos-al-pasado-en-la-argentina.html?fb\\_comment\\_id=1087550164687541\\_1087574154685142](https://www.politicargentina.com/notas/201612/18457-frigerio-los-inversores-temen-que-despues-de-macri-volvamos-al-pasado-en-la-argentina.html?fb_comment_id=1087550164687541_1087574154685142)

Galliano, A. (27 de junio de 2017). Hablemos de republicanismo. *La Vanguardia Digital*.  
<http://www.lavanguardiadigital.com.ar/index.php/2017/06/27/hablemos-de-republicanismo/>

Gerardo Aboy Carlés: "El PRO es el intento más serio de la derecha política por crear un instrumento propio" (27 de septiembre de 2018). *Ponele*. <https://www.ponele.info/debates/mini-entrevista-gerardo-aboy-carles/>

Gerardo Aboy Carlés: "Estamos en una situación sumamente volátil" (22 de septiembre de 2019). *Revista Florencia*. <https://revistaflorencia.com/gerardo-aboy-carles-paso-2019/>

Gramsci, A. (2008). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión.

Guaglianone, F. (15 de marzo 2017). Neo-hinduismo y nuevas derechas espiritualizadas. [Trabajo Final para Cátedra de Análisis Político - UNR].

Hebe de Bonafini: “Basta de ser democráticos para ser buenitos” (24 de marzo de 2017). *La Capital*. <https://www.lacapital.com.ar/informacion-gral/hebe-bonafini-basta-ser-democraticos-ser-buenitos-n1363739.html>

Héctor Alderete. (14 de Julio de 2017) *Nuevo spot de campaña de Cambiemos*. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=0OcguYEXCfQ&t=8s>

Iglesias, E. y Lucca, J. B. (Comps.) (2019) *La Argentina de Cambiemos*. UNR Editora.

Incidentes y escandalosa sesión en el Congreso detonaron cruce de denuncias entre diputados (15 de diciembre de 2017). *Ámbito*. <https://www.ambito.com/politica/incidentes-y-escandalosa-sesion-el-congreso-detonaron-cruce-denuncias-diputados-n4006725>

Isabella, L. (2019). *La historia por sus protagonistas. Frases, amenazas y definiciones gorilas 2003/2018*. Palmiro se concentra.

Jmortiz77. (20 de octubre de 2015) *J. Asís en “Animales sueltos” de A. Fantino – 19/10/15* [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=0VFUfWA40dl&t=859s>

Jmortiz77. (4 de abril de 2017). *“Animales sueltos” de A. Fantino (mesa completa HD) – 03/04/17*. [Archivo de video]. YouTube. [https://www.youtube.com/watch?v=iQSD\\_tizDHI&t=2731s](https://www.youtube.com/watch?v=iQSD_tizDHI&t=2731s)

Julio de Vido en prisión: se entregó en Comodoro Py (25 de octubre de 2017). *Infobae*. <https://www.infobae.com/politica/2017/10/25/julio-de-vido-se-entrego-en-comodoro-py-y-queda-detenido/>

La Política Online (8 de junio de 2017). *El chiste de fútbol que Macri le hizo a Merkel*. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=q387t3ezQ4w>

Laclau, E. (1985) Tesis acerca de la forma hegemónica de la política. Anexo Ruptura populista y discurso. En Labastida Martín del Campo, J. (coord.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. Siglo XXI.

Laclau, E. (1996). *Emancipación y Diferencia*. Ariel.

Laclau, E. (1998) Deconstrucción, pragmatismo y hegemonía, en Mouffe C. (Comp.) *Deconstrucción y pragmatismo*, Paidós.

Laclau, E. (2005). *La Razón Populista*. Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. y Chantal, M. (2015). *Hegemonía y Estrategia Socialista* (3ª ed.). Fondo de Cultura Económica.

Levy, G. (2020). *La caída: de la ilusión al derrumbe de Cambiemos*. Editorial Marea.

Lindner, F. (2017). *La cabeza de Macri. Cómo piensa, vive y manda el primer presidente de la no política*. Editorial Planeta.

Macri (2021). *Primer Tiempo*. Editorial Planeta.

Macri le pega a un establishment que lo ignora (20 de marzo de 2021). *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/330581-macri-le-pega-a-un-establishment-que-lo-ignora>

Macri quiso ser Menem y no pudo, una analogía con sabor a década olvidada (7 de marzo de 2020). *CONURBANO on line*. <https://www.24con.com/amp/199971-macri-quiso-ser-menem-y-no-pudo-una-analogia-con-sabor-a-decada-olvidada/>

Macri será el candidato del PJ Porteño (25 de junio de 2003). *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/sociedad/macri-sera-el-candidato-del-pj-porteno-nid506486/>

Macri: “A partir del 11 de diciembre no hay más cepo” (17 de marzo de 2015). *Infobae*. <https://www.infobae.com/2015/03/17/1716380-macri-a-partir-del-11-diciembre-no-hay-mas-cepo/>

Macri: “Espero que todo el país termine enamorado de Christine Lagarde” (25 de septiembre de 2018). *La Capital*. <https://www.lacapital.com.ar/politica/macri-espero-que-todo-el-pais-termine-enamorado-christine-lagarde-n1680248.html>

Mauricio Macri, nuevo presidente de la República Argentina: “Hoy es un día histórico, un cambio de época” (22 de noviembre de 2015). *El diario de Buenos Aires*. <https://www.eldiariodebuenosaires.com/2015/11/22/mauricio-macri-nuevo-presidente-de-la-republica-argentina-hoy-es-un-dia-historico-un-cambio-de-epoca/>

Mauricio Macri: “Voy a dar la batalla contra las mafias que están en los Sindicatos, la política, las empresas y la Justicia” (3 de Abril de 2017). *Infobae*. <https://www.infobae.com/politica/2017/04/03/mauricio-macri-voy-a-dar-la-batalla-contra-las-mafias-que-estan-en-los-sindicatos-la-politica-las-empresas-y-la-justicia/>

Mercado, S. (19 de diciembre de 2017). La verdadera razón del clima golpista. *Infobae*. <https://www.infobae.com/opinion/2017/12/19/la-verdadera-razon-del-clima-golpista/>

Montero, A. S. (2018a). Gestionar la duda. La interpelación al paradesinatario en el discurso de Cambiemos (Argentina). *Revista Mexicana de Opinión Pública*, 13 (25), 41-61. <https://DOI.10.22201/fcpys.24484911e.2018.25.61706>

Montero, A. S. (2018b) Las identidades políticas en tiempos de negatividad democrática. *Revista Riberas*. <https://riberas.uner.edu.ar/las-identidades-politicas-en-tiempos-de-negatividad-democratica/>

Mora Alfonsín, L. (10 de mayo de 2018). Es por abajo. *Panamá, no todo es política*. <https://panamarevista.com/es-por-abajo/>

Motteta, L. y Toso, J. P. (s.f.). Cambiemos. Particularidades de un fenómeno político novedoso. [Trabajo Final para Cátedra de Análisis Político - UNR]

Nállim, J. (2014). *Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos*. (1ª ed.). Capital Intelectual.

Natanson, J. (2018) *¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de una nueva derecha*. Siglo veintiuno.

Orce de Roig, M. E. (1999). “La fiesta del Monstruo” de 'Biorges': un texto diferente. *Revista de Literaturas Modernas*, (29).

Ostiguy, P. (1997) Peronismo y antiperonismo: Bases socioculturales de la identidad política en la Argentina. *Revista de Ciencias Sociales*, (6) ,133-215.  
[https://www.revistapolitikon.com.ar/wp-content/uploads/2016/09/Ostiguy-1997\\_Revista-de-Ciencias-Sociales\\_Peronismy-y-Antiperonismo-min.pdf](https://www.revistapolitikon.com.ar/wp-content/uploads/2016/09/Ostiguy-1997_Revista-de-Ciencias-Sociales_Peronismy-y-Antiperonismo-min.pdf)

Prat Gay habló de “grasa militante” y desató la polémica en Twitter (13 de enero de 2016). *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/politica/prat-gay-hablo-de-grasa-militante-y-desato-la-polemica-en-twitter-nid1861924/>

Qué es el 2x1, el polémico fallo de la Corte Suprema que favorece a ex represores y que pone de acuerdo a Macri y Kirchner en Argentina (10 de mayo de 2017). *BBC Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-39876510>

Ratifican derogación de la Ley de Medios (8 de abril de 2016). *Nodal Cultura. Noticias de América y el Caribe*. <https://www.nodalcultura.am/2016/04/derogacion-definitiva-de-la-ley-de-medios/>

Reclamos al Gobierno por la polémica quita de subsidios a los discapacitados (15 de junio de 2017). *Norte de Corrientes*. <https://www.nortecorrientes.com/119639-reclamos-al-gobierno-por-la-polemica-quita-de-subsidios-a-los-discapacitados>

Repudio a las declaraciones de Lopérfido (4 de febrero de 2016). *Red Eco Alternativo*.

<https://www.redeco.com.ar/nacional/ddhh/17946-repudio-a-las-declaraciones-de-loperfido>

Rodríguez, P. y Touzon, M. (2019). *La Grieta Desnuda. El macrismo y su época*. (2ª ed.). Capital Intelectual.

San Martín, R. (2 de octubre de 2016). ¿Qué sería hoy un “cambio cultural” en el país? *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/opinion/que-seria-hoy-un-cambio-cultural-en-el-pais-nid1942549/>

Schuttenberg, M. (2014). La oposición al kirchnerismo. Una aproximación a los posicionamientos y reconfiguraciones de la centro derecha (2003-2011). *Revista Sudamérica*, (3), 5-74.

Schuttenberg, M. (2017a). La política de la despolitización. Un análisis de la construcción del relato PRO. *Desafíos*, 29(2), 277-311. doi:<http://dx.doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.5259>

Schuttenberg, M. (2017b). La revolución de la alegría ¿Una articulación populista? Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. *Question* 1(53). 127-148

Seman, E. (14 de febrero de 2016). Las veinte verdades. *Panamá, no todo es política*. <https://panamarevista.com/las-veinte-verdades-7/>

Seman, E. (2021). *Breve historia del anti populismo. Los intentos por domesticar a la Argentina plebeya, de 1810 a Macri*. Siglo veintiuno.

Sergio [@blues35ar]. (31 de mayo de 2019). [Video]. Instagram. <https://www.instagram.com/p/ByIxBU22HLokDHdJu7f6dp19dxECSNtO5YeKNHs0/>

Sergio Bergman: “Para el verano, lo más útil que podemos hacer es rezar” (11 de octubre de 2016). *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/politica/sergio-bregman-para-el-verano-lo-mas-util-que-podemos-hacer-es-rezar.phtml>

Serra, Laura (19 de diciembre de 2017). Reforma Previsional: “Frenamos el Golpe”, dijo Elisa Carrió. *La Nación*.

Souroujon, G. (2019). El Macrismo: cuando la honestidad reemplazó al patriotismo. En Iglesias, E. y Lucca, J. (comps.), *La Argentina de Cambiemos* (pp. 23-42). UNR Editora.

Televisión Pública Noticias (12 de agosto de 2019). *Mauricio Macri en conferencia de prensa*. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=3f1G7H6mjN8>

Tereschuk, N. (2018). *La calesita argentina: la repetición de los ciclos políticos argentinos, de la relectura de Platón a los discursos de Macri*. Capital Intelectual.

Tereschuk, N. (21 de septiembre de 2018). Eduardo Basualdo: “Cambiemos es una propuesta tremendamente clasista”. *Arte política*. <https://artepolitica.com/articulos/eduardo-basualdo-cambiemos-es-una-propuesta-tremendamente-clasista/>

Todo Noticias (18 de octubre de 2017). *La desafortunada frase de Carrió sobre Maldonado: “Es como Walt Disney”*. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=t8PHysXWQro>

Torre, J. C. (2017) Los huérfanos de la política de partidos revisited. *Panamá. No todo es política*. <https://panamarevista.com/los-huerfanos-de-la-politica-de-partidos-revisited/>

Vázquez, B. (31 de Octubre de 2019). Del mejor equipo de los últimos 50 años a otra oportunidad perdida. *El Cronista*. <https://www.cronista.com/columnistas/Del-mejor-equipo-de-los-ultimos-50-anos-a-otra-oportunidad-frustrada-20191031-0058.html>

Verón E. (1987) La palabra adversativa, en *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Hachette.

Vommaro, G. (2017). *La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder*. Siglo veintiuno.

Walter PV HLVS! (7 de diciembre de 2018). *La revolución de la alegría*. [Archivo de video].

YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=n7TLn7S0ark>

## Anexo metodológico

El análisis político fue el área temática donde se inscribió la presente tesina. El objeto de estudio fue el Gobierno de Cambiemos - Presidencia de Mauricio Macri. La temporalidad seleccionada fue el período 2015-2019. El objetivo general fue analizar las condiciones de posibilidad de Cambiemos como proyecto de construcción hegemónica para el período 2015-2019, y los objetivos específicos: 1) identificar las consignas electorales de la campaña presidencial cambiemita de 2015, 2) identificar los elementos que apelaban a una construcción antagónica de la identidad simbólica cambiemita, 3) señalar los elementos simbólicos que apelaban a la construcción de una interioridad identitaria cambiemita.

El presente trabajo se abordó desde una estrategia cualitativa que tomó como prioritario el insumo de discursos, frases, imaginarios y símbolos comprometidos en el proceso estudiado. Nos servimos de fuentes primarias como discursos oficiales, entrevistas a los principales funcionarios de Cambiemos, spots de campañas electorales, testimonios y consignas de manifestantes pro-cambiemitas; todo disponible en diarios de tirada nacional o local, y sitios de soporte audiovisual como Youtube, redes sociales como Instagram, Facebook, etc. En cuanto a las fuentes secundarias, el trabajo se sirvió mayormente de ensayos contemporáneos al gobierno cambiemita, escritos periodísticos y columnas de la época (sobre todo oficialistas), noticias de diarios nacionales (principalmente de medios como *La Nación*, *Página 12*, *Perfil* e *Infobae*) pero también locales (como ser *Tiempo fueguino* o *Norte de Corrientes*). El trabajo contó con una densa recopilación de artículos de revistas digitales especializadas en temas políticos de la escena nacional (*Revista Panamá*, *Arte política* o *Revista Riberas*, por citar tres casos). Entre las fuentes secundarias, destacamos el uso de la bibliografía general sobre el tema (obras de estudio referidas al gobierno de Cambiemos y obras biográficas utilizadas a modo de consulta) como así también la bibliografía concerniente al marco teórico. Por último, es de destacarse la frondosa ayuda que proveyeron las columnas de los principales analistas políticos del país, cuyas notas semanales o mensuales fueron de mucha utilidad para situarse en el marco de las coyunturas que aquí seleccionamos.